EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII — 1º DE NOVIEMBRE DE 1904 — Nº 309

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL .....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

CUADRO DE LAURA LE ROUX

LEYENDA ORIENTAL

—

á Margarita Páez.

Para recibir honores,
según cortesanas leyes,
de encopetados señores,
de príncipes y de reyes;

en el anchuroso espacio
de una vega floreciente,
mandó construir su palacio
una princesa de oriente.

Se irguió al fin en la campaña
la soberbia construcción:
pasmo de la gente extraña,
de la propia, admiración.

Mas cuando fueron abiertas
á las voces de la fama,
puso un mendigo á las puertas
de su palacio la dama.

Y refieren los anales
que, por aquella locura,
nadie cruzó los umbrales
de la regia arquitectura;

dejando, tras la sorpresa,
el mundo con sus desvíos,
despechada á la princesa
y sus salones vacíos.

—

¿Qué es tu álbum? Un palacio
donde por rendirte honores,
buscarán, Margot, espacio
prosistas y trovadores.

Mas al hallar á sus puertas
un trovador peregrino,
con las alforjas cubiertas
por el polvo del camino,

temiendo estoy, Margarita,
que contigo nuevamente
la leyenda se repita
de la princesa de oriente.

U. A. PÉREZ.

Maracaibo—1904.

LA CIUDAD ENVENENADA

—

París es la aglomeración fúnebre por excelencia entre las grandes ciudades. El apresuramiento por vivir, la ansiedad de llegar, la sed de dinero, las mismas dificultades que se encuentran al pretender realizar ese propósito, hacen que el comerciante al menudeo se deje llevar por la impaciencia y por la tentación, primero á engañar en el peso, después en la calidad, más tarde á adulterar los artículos y por fin á retardar su descomposición ó á esconder su insuficiencia con ayuda de drogas cuyas propiedades conoce vagamente, pero cuyos efectos sobre el organismo no sabe ó no puede precisar.

La psicología del mercader es interesante. En el mundo no hay para él más que tres cosas: él, la mercadería y el cliente. Vivir es hacer que el cliente deje al llevarse la mercadería el mayor beneficio posible. A fuerza de tener que contar con el cliente, el mercader acaba por imaginar que ser cliente es una ocupación, un oficio, un estado social, como ser comerciante. En el mareo monótono de su vida, supone que quien se niega á favorecer sus intereses falta á algo estipulado, y subvierte la organización de las cosas. Juzga legítimo que el cliente dé mucho más de lo que recibe. Si así no lo hace, el mercader se «siente» robado, como esos removedores de ajedrez, ingenuos dentro de su irascibilidad, que protestan porque el adversario más hábil evita hacer la jugada conque ellos contaban para vencerle. Todo aquel que se muestra reacio, rompe, en el sentir del mercader, el pacto social. A partir de ese instante, se le declara la guerra. Y como entre dos que mal se quieren no hay armas prohibidas, comienza el extraño ejercicio de que venimos hablando. El espíritu guerrero de la Edad Media, vencido por la civilización creciente, no se ha resignado á desaparecer del mundo y, como todo poder en agonía, se ha encarnado en otra forma para hacer sobrevivir su concepción. Nuestra sociedad, donde hasta la vida de los hombres depende de la competencia, es sólo una traslación ó adaptación del alma sanguinaria de otros tiempos. Y esa vasta empresa de enervamiento nacional y de muerte colectiva que llevan sistemáticamente casi todos los traficantes del comercio al menudeo, acumula quizá más cadáveres que aquellas hecatombes francas en que se complacían nuestros antepasados. La mortalidad infantil es desconcertante. El término medio de la vida de los que logran escapar á ese peligro es cada vez más bajo. Sin embargo, Francia continúa dejándose mecer por la confianza y el descuido que la agotan. Todos los días pierde un poco de su vigor por las heridas que le han hecho los que viven de su savia. *C'est un pays devoré par le petit commerce.* Y como la marea sube, va resultando difícil que se opere una reacción eficaz en la brillante ciudad envenenada.

—

Es evidente que para nosotros que hemos llegado de afuera y hemos aprendido de golpe toda la civilización que los europeos han acumulado lentamente, resulta más fácil independizarnos y concebir cosas mejores. No estamos arraigados. Todavía no tenemos costumbres. De ahí que nos hallemos en mejores condiciones para soñar nuevos adelantos y percibir los vicios de lo existente. Si los civilizadores se han momificado, nosotros, civilizados por ellos, tenemos otra libertad de espíritu.

Esto explicaría la resistencia que declaramos á ciertas costumbres y la sonrisa conque acogemos determinadas modalidades de carácter. También es verdad que á veces se presentan casos cómicos. Nunca olvidaré el diálogo que entablé en cierto hotel de Caen con una maritornes normanda que parecía estar en todo su juicio.

—¿Puede usted traerme un vaso de leche caliente?

—Voy á preguntar, señor.

(Se oye el taconeo en la escalera. Sube el rumor confuso de una conversación en el patio. Al cabo de diez minutos, reaparece la maritornes):

—Aquí está el vaso de leche, señor. Pero es fría. No podemos calentarla.

—¿No hay fuego?

—Sí señor.

—¿Entonces?

—No es posible calentarla.

—¿Por qué?

—Porque como hace calor y la leche es de ayer, se cortaría si la ponemos al fuego. Es casi seguro. Pero así, fría, resulta excelente. Tómela usted con toda confianza.

En vano traté de hacerle comprender que el hecho de cortarse no era más que la resultante de un estado de descomposición, y que lo malo no era que se cortase, sino que estuviese en condiciones favorables para determinar ese fenómeno. Mi buena maritornes siguió confundiendo el efecto con la causa. Y al hacerlo dió prueba de ser fundamentalmente francesa. Este pueblo está tan acostumbrado á sacrificar la solidez interior al *coup d'œil*, que una cosa puede seguir siendo excelente aunque haya perdido su frescura, sus virtudes, su utilidad, aunque de agradable se haya transformado en desagradable, aunque de nutritiva se haya trocado en tóxica, con tal de que conserve inmaculado su natural aspecto exterior.

Los que esperamos vastos derrumbamientos de prejuicios que no permitan seguir andando hacia el porvenir, tenemos que asistir con dolor á esta perdurabilidad del prestigio de las apariencias.

Las cosas se corresponden en la vida de una manera curiosa. Hacer residir todo el mérito en la fachada, ya se trate de asuntos individuales ó colectivos, y posponer la razón al golpe de vista, es retrogradar hacia el pasado y volver á empezar la historia. Nuestro entusiasmo por el arte no debe llevarnos hasta preferir la mentira dorada á la verdad sobria y severa. Los acróbatas de la literatura que se pretenden fascinados por el ideal y afectan desdeñar todas las certidumbres para refugiarse en un misticismo absurdo de lo imposible y lo desconocido, son simples *poseurs* que sólo llevan en público sus trajes de astrólogos y que en cuanto se hallan en la intimidad se apresuran á vestir la cómoda y prosaica americana. De ellos provienen en parte las enfermedades colectivas y los manejos que envenenan á la ciudad. Una filosofía y una literatura se reflejan fatalmente en síntesis sobre la vida entera. La concepción de arriba se vulgariza abajo. Porque aunque es evidente que la literatura es, en principio, una resultante del espíritu que predomina en la colectividad, también es innegable que al expandirse y llenar la atmósfera ese producto del medio cobra á su vez influencia sobre el medio mismo, por cuanto resulta un conquistador de disidentes, un anulador de minorías, un unificador poderoso que difunde el pensamiento dominante y crea el alma de la época.

En este sentido ha contribuido la falsa literatura á dar á las gentes de la comarca no sé qué gusto enfermizo por la decoración y la superficie. Pocos son los que se inquietan por saber qué es lo que hay bajo el papel dorado. Les basta que sea reluciente la envoltura. Y en esa modalidad de carácter está la explicación de muchas de las anormalidades francesas. Porque lo que comprobamos en la alimentación existe en todas las otras manifestaciones de la vida. Pero aquí debemos limitarnos á la cuestión que nos ocupa.

Los que tienen la costumbre de ir todas las tardes de 6 á 7 al café á beber un poco de muerte y á saborear el ajenjo en la terraza, contemplando la ciudad lívida del atardecer, no son sólo los desilusionados que ocupan la vida en esperar el fin de ella; hay muchas gentes normales y sanas de espíritu que se dejan arrastrar por el ejemplo y se unen inconscientemente á la brumosa caravana. Lo que asombra no es que sobre diez consumidores nueve reclamen, su *Pernod sucré*, sino que las autoridades, que conocen los efectos y las consecuencias del aperitivo á la mesa consientan ese fúnebre comercio y permitan que se expenda públicamente la locura, los instintos criminales y el suicidio. De las terrazas que desbordan sobre la acera se escapa el olor particular de lo que los aficionados llaman *la verte*. Los ojos vidriosos, las caras congestionadas, y las manos temblorosas de los clientes, exhibidos así, en la mitad del arroyo, en estos crepúsculos estivales cuya claridad lánguida se prolonga hasta las nueve de la noche; esa pública incitación á la peor de las embriagueces consentida y autorizada por el acatamiento general, es una inmoralidad lamentable. Bien sabemos que en todos los países hay cafés y que en todos florece el alcoholismo. No ignoramos que los crepúsculos explican la tristeza de los hombres y les incitan á aturdirse y á olvidar. Pero disculpar individualmente á los humanos, no es disculpar á las colectividades.....Un novelista cuya obra literaria deja que desear, M. George Ohnet, ha presentado, en un libro titulado *L'empoisonneur de Paris*, la silueta de M. Pernot, el famoso fabricante de ajenjo. Si la obra es subalterna, la caricatura es exactísima. Por la primera vez me siento inclinado á defender á M. Ohnet. Cuando el «envenenador de París» intentó un proceso, hice votos porque el autor de tantos tristes novelones se alzara al fin triunfante, como un nuevo San Miguel, con el pie apoyado sobre una botella rota. Pero en la cámara obscura de los jueces siempre hay manera de aderezar un fallo conciliante. Y el proceso acabó desgraciadamente como acaban casi todos. M. Pernod siguió envenenando á sus contemporáneos con ajenjo y M. Ohnet con folletines.

El París multicor y desconcertante que todos conocemos no se inmutó por la aventura. ¡Morir! Morir es aquí una palabra que no amedrenta á nadie. Lo que las gentes quieren es gozar, disfrutar, exprimirle á la vida todo su jugo de sensaciones. ¿Quién sueña con longevidades, quién ansía perdurar? ¿De qué nos vale vivir parcialmente?, se dicen todos.

Mientras dura la juventud, mientras dominamos lo que nos rodea, mientras subsiste el hombre integral, la vida merece ser vivida. Después ¡viva la muerte! Y en estos razonamientos perniciosos se ahoga la energía nacional. ¿Quién sospecharía que en la metrópoli resplandeciente y tentadora, por cuyas calles, espesas de muchedumbre, pasan los extranjeros atónitos, entre dos hileras de vitrinas donde se ostenta cuanto puede imaginar el capricho de los hombres: quién sospecharía que en esa ciudad, nido de victorias, de donde irradia la ciencia y el arte y donde se dan cita las mejores inteligencias y las mejores energías, ronda sin tregua una muerte sutil, alimentada por el descuido y por la voluntad de los mismos habitantes? Los almacenes tachonados de luces, las *brasseries* de cuento de hadas, donde se vende ensueño al compás de la orquesta, los feéricos *music-halls* y cuanto la vista alcanza es como una antesala de cementerio.

Y en la calle solitaria, por donde regreso al amanecer, acumulando estas reflexiones, me parece ver un esqueleto vestido de Pierrot que hace piruetas bajo la luna.

MANUEL UGARTE.

LA ULTIMA TAZA DE LECHE (AL PARTIR PARA ISLANDIA), por Virginia Demont-Breton

OREMOS

—

Porque orar es pedir, mi limosnero,
Puesta en tu caridad mi confianza,
Alargo á tí: mendiga la Esperanza,
De tus próvidas manos, el viajero.

—

Cual de dádiva escasa el pordiosero,
Tan sólo de ella vive, quien no alcanza
El brillo tentador ó la pujanza
Indomable del oro ó del acero.

—

Porque orar es pedir, también implora,
Señor, conciencia y luz, junto al abismo
Que corta los caminos de la aurora,

Quien venera tu cruz sin fanatismo
Y aspira, solitario, donde llora,
A erguirse cual monarca de sí mismo.

SANTIAGO GONZÁLEZ GUINÁN.

1904.

CALEIDOSCOPIO

—

Viajando en ese mundo sutil, donde las cosas
germinan de manera fantástica y extraña,
defilan en mi mente, cual procesión huraña
de nubes, las ideas en rondas misteriosas.

Ya fingen, al capricho, mil randas luminosas,
ó alcázares é inciertos contornos de montaña;
ya la intrincada tela de una velluda araña
en cuya hurdimbre mueren las víctimas, quejosas.

De grifos y centauros ya toman el aspecto;
ó, súbito, dibujan el vago y predilecto
perfil de alguna ondina de formas intangibles.

Y al terminarse el viaje, con brusca llamarada,
despiértase y sacude la mente, fatigada,
su mundo informe y raro de sueños imposibles.

L. TORRES ABANDERO.

1902.

EL COLLAR DE VENUS

—

Cuando Venus morena para el amor nacida
abrió los ojos bellos al beso de la vida,
en cruz de amor yacente sobre la madre–perla,
sobre la concha–nácar, Céfiro fué á mecerla.

Arrobado inclinóse hacia la linda diosa,
besó desde sus ojos hasta sus pies de rosa,
por ver si á la caricia la bella sonreía,
mas cerró ella los ojos... ó soñaba ó dormía...

Céfiro, con sus dedos de pétalo de flor,
acarició la tez de la rosa de amor,
extasiado y dichoso ante tanta blancura
de azucena cuajada en nieve casta y pura;
y porque sonriera dijo á su oído quedo:
«¡te amo, diosa!»—y fué inútil el suspiro tan ledo,
pues la diosa no abrió sus sedeñas pestañas,
quizá soñando en tiernas conjunciones extrañas,
cuando surgió en la concha al beso de la luz
en el fondo del mar, y fué perla de Ormuz.

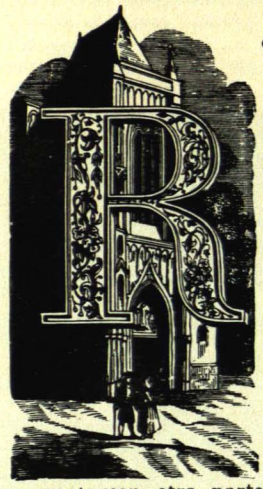
Entristecido Céfiro, abrió las alas bellas
y abanicó á la diosa arrullándola en ellas,
mas la diosa soñaba en el beso de Febo
que la hizo Venus–perla... soñaba un dios efebo...

Céfiro arrancó entonces de su ala una pluma,
y audaz y palpitante y con ternura suma
pasó el plumón, de Venus por el cuello pulposo,
una, dos y tres veces, mientras besaba ansioso
las mejillas blanquísimas en ardiente deseo;
y al sentir Anadiómena el suave cosquilleo,
plegó, abriendo los ojos, el cuello seductor,
dos hoyuelos sonrieron en su boca de flor...
y del plumón la huella dejada por el Numen
es el Collar de Venus que tú tienes, ¡oh Lumen!

RUBÉN M. CAMPOS.

ROMA

—



Roma es probablemente el lugar del mundo donde más belleza se ha acumulado, y subsiste todavía, durante veinte siglos.

Roma no ha creado nada, á no ser un espíritu de grandeza y el ordenamiento de las bellas cosas; pero los monumentos más magníficos de la tierra se han prolongado y fijado en ella con tal energía, que han dejado allí, más profundos que en cualquier otra parte, sus numerosos y más imperecederos vestigios. Cuando se pisa el suelo de Roma, se pisa la huella mutilada de la diosa que no se muestra ya á los hombres.

La naturaleza la había colocado admirablemente en el sitio más propio para que se amontonaran, como en la más noble copa que se haya abierto bajo el cielo, las joyas de los pueblos que pasaban alrededor de ella por las cumbres de la historia. El punto adonde iban á caer estas maravillas era ya el equivalente de esas mismas maravillas. El azul de su cielo es límpido y suntuoso. La obscura y profunda vegetación del norte llega hasta allí todavía y se combina con los follajes leves y más claros del mediodía. Los árboles más puros—el ciprés que se eleva como una plegaria ardiente y sombría, el amplio pino–parasol que parece el pensamiento más grave y más armonioso de la selva, la maciza encina verde que toma tan fácilmente la gracia de los pórticos,—han adquirido allí, por tradición secular, una altivez, una conciencia y una solemnidad que no tienen en ninguna otra parte.

El que los haya visto y comprendido no los olvidará nunca, y los reconocerá inmediatamente entre los árboles análogos de una tierra menos sagrada. Esos árboles han sido adorno y espectadores de incomparables cosas. Se han hecho compañeros inseparables de los acueductos aislados, de los mausoleos descoronados, de los arcos quebrados, de las columnas heroicamente rotas, que decoran una campiña majestuosa y desolada. Han tomado el estilo de los mármoles eternos, á los que cercan de silencio y de respeto. Como éstos, saben decirnos, por medio de dos ó tres líneas netas, y sin embargo misteriosas, todo lo que puede confesarnos la tristeza de una llanura que soporta sin doblarse las ruinas de su gloria. Son y se sienten romanos.

Un círculo de montañas de hombres sonoros y augustamente familiares, de cimas frecuentemente cargadas de nieves tan brillantes como los recuerdos que evocan, forma á la Ciudad que no podrá morir nunca, un horizonte definido y grandioso que la separa del mundo sin aislarla de los cielos. Y dentro del recinto casi desierto, por el centro de las plazas inanimadas donde las losas, los pórticos, multiplican el espacio y la ausencia, por todas las encrucijadas donde vela en el vacío alguna estatua herida, por entre las fuentes, los capiteles, los tritones y las ninfas, una agua dócil y luminosa, cumpliendo aún órdenes recibidas dos mil años hace, forma á la soledad inmaculada un ornamento, móvil y fresco siempre, de penachos de azul, de guirnaldas de rocío, de trofeos de cristal, de coronas de perlas. Se diría que el Tiempo no ha querido respetar, entre esos monumentos que creían poder desafiarlo, más que las horas frágiles de lo que se evapora y de lo que corre.

—

Por tanto tiempo ha residido la belleza dentro de esos muros que van desde el Janículo hasta el Esquilino, con tal persistencia ha estado aglomerándose allí, que el lugar mismo, el aire que en él se respira, el cielo que lo cubre, las curvas que lo definen, han adquirido un prodigioso poder de apropiación y de ennoblecimiento. Roma, como una especie de pira espiritual, purifica todo lo que, desde hace siglos, los errores, los caprichos, la extravagancia y la ignorancia de los hombres, no han cesado de amontonar allí. Hasta ahora ha sido imposible desfigurarla. Podría creerse que ha sido imposible ejecutar ó conservar allí una obra que se resistiera á despojarse de su fealdad ó vulgaridad original.

Todo lo que no se conforma al estilo de las siete colinas se borra y elimina poco á poco bajo la acción del genio atento que ha sentado en los horizontes, en la roca y el mármol de las alturas, los principios estéticos de la ciudad. La Edad Media, por ejemplo, y el arte de los primitivos han debido ser en ella más activos que en cualquier otra ciudad, desde que se encontraban en el corazón mismo del universo cristiano; sin embargo, sólo han dejado allí huellas poco sensibles, vergonzosas y subterráneas podría decirse; lo necesario, y nada más, para que la historia del mundo, cuyo foco era aquél, no quedara incompleta. Por el contrario, los artistas cuyo genio se hallaba en armonía natural con el que preside los destinos de la Ciudad eterna; Giulio Romano, los Carracci y otros, pero, sobre todo, Rafael y Miguel Angel, manifiestan allí una amplitud, una seguridad, una especie de satisfacción instintiva y de regocijo final, que no revelan en ninguna otra parte.

Se comprende que ellos no tenían que crear, sino que elegir y fijar apenas las formas que, afluyendo de todas partes, sin revelar aún, pero imperiosas, no esperaban más que nacer. Ellos no podían engañarse; no pintaban, en el sentido propio de la palabra, descubrían simplemente las imágenes veladas que vagaban por las salas y las arcadas de los palacios. Las relaciones entre su arte y el medio que da vida á éste son tan indispensables, que, desterradas en los museos ó iglesias de otras ciudades, sus obras parecen traducir solamente un concepto arbitrario, exageradamente fuerte y decorativo, de la vida. Por eso las fotografías ó las copias de las bóvedas de la capilla Sixtina desconciertan un poco y resultan casi inexplicables. Pero, al entrar en el Vaticano, después de haberse impregnado de la voluntad que emana de las mil ruinas de Roma, el viajero acepta como un esfuerzo magnífico pero natural, el enorme esfuerzo de Miguel Angel. La prodigiosa bóveda donde, en medio de una armoniosa y grave orgía de fuerza y de entusiasmo, se enlaza y se acumula un pueblo de gigantes, se convierte en un arco del cielo mismo, en el que se reflejan todas las escenas desenfrenadas, todas las virtudes poderosas, cuyos recuerdos se agitan todavía bajo las ruinas de ese suelo apasionado. De la misma manera, ante «el Incendio del Borgo» no se dice lo que se diría al ver el admirable fresco en el Louvre ó en la National Gallery; no se dice lo que dijo, por ejemplo, Taine: que esos grandes cuerpos desnudos no están allí como deberían estar, que las llamas que salen del edificio no los inquietan poco ni mucho, que sólo se preocupan de ofrecerse como buenos modelos y de hacer valer la curva de una cadera ó la musculatura de un muslo.

No. Si el viajero se ha dejado ganar dócilmente por las insinuaciones latentes de todo lo que lo rodea, se imagina en seguida que en esas cámaras del Vaticano, así como bajo la bóveda de la Sixtina, y aunque una y otra

MURMURACION.—Por Ricardo Brugada

impresión sean algo diferentes, está asistiendo al florecimiento tardío, pero lógico y natural, de un arte que habría podido ser el de Roma. Le parece que encuentra allí la fórmula que el genio demasiado positivo de los quirites no había tenido tiempo ú ocasión de poner en claro. Porque Roma, á pesar de sus esfuerzos, no había logrado dar de sí misma la imagen esencial que había prometido al universo. En el fondo, sólo era hermosa por los despojos de la Grecia, y el mejor de sus méritos había sido recoger y comprender ávidamente la belleza del arte griego. Y siempre que había intentado agregar algo á ese arte, lo había deformado sin adaptar la expresión de él á su vida personal. Sus pinturas y esculturas no respondían más que por una especie de acomodamiento, de reminiscencia, á las realidades de su propia existencia; y su arquitectura debía á sus proporciones colosales la parte más sólida de una originalidad incierta.

Uno se deja arrastrar al sueño de que el armonioso de Urbino y el viejo Buonarroti han reanudado, á través de todas las catástrofes, á través de todas las muertes, de todos los largos silencios aparentes de Roma, una tradición latente é interrumpida que no había dejado de evolucionar subterráneamente hasta llegar á la obra de ellos, hasta decir, por fin, al mundo lo que el Imperio no había podido decirle. Los dos son más íntimamente romanos, han representado mejor, á lo que parece, de lo que lo hizo la Roma de los Césares, el deseo inconsciente y secreto de la tierra latina. Esa Roma había errado su imagen. Seguía siendo artificialmente helénica, y la Grecia no podía suministrar á un pueblo infinitamente más vasto y muy diferente las formas que la conciencia ornamental de ese pueblo necesitaba; no podía ser más que un punto de partida seguro y magnífico; y sus estatuas y pinturas, delicadas, precisas, proporcionadas, diminutas casi, no estaban en su sitio en ese Fórum recargado de monumentos aplastadores, entre esas termas monstruosas, esos anfiteatros violentos, y bajo las enormes y suntuosas arcadas de esas basílicas superpuestas. Uno se pregunta entonces si los frescos de Miguel Angel no habrían respondido, después de mil años de espera, al llamamiento de esas arcadas vacías, y si no se puede creer que sean esos frescos la consecuencia orgánica de esas columnas y de esos mármoles imperiales. Y de la misma manera se dice uno que las bóvedas, las pechinas, los lunetos de la Villa Farnesio y «el Incendio del Borgo» ilustrarían mucho mejor que las esculturas de Fidias y de Praxíteles, mucho mejor también que las mejores pinturas de Pompeya ó de Herculano, «las Metamorfosis» de Ovidio, los poemas de Horacio y «la Eneida» de Virgilio.

Pero tal vez todo esto no es más que ilusión, obra del prestigio de ese poder de apropiación de que he hablado. Este poder es tal, que todo lo que, á primera vista, parece lo más contradictorio posible con la idea que reina en esos muros, no solamente no contradice sus pensamientos ni sus tradiciones, sino que contribuye á fijar y á revelar unos y otras. Ni siquiera el declamatorio, innombrable y enfático Bernini—inconciliable hasta el último grado con la taciturnidad y la gravedad primitivas de Roma,—ni siquiera ese Bernini, tan odioso en cualquier otra parte, deja de ser absorbido ó justificado allí por el genio de la ciudad, ni de esclarecer y comentar, demasiado tarde, ciertas faces un poco oratorias y redundantes de la grandeza romana.

MAURICE MAETERLINCK.

QUIEN VENGA DETRAS, QUE ARREE

—

Puesto que todo el mundo habla del peligro amarillo,—casi como hablan los niños del coco,—me permito hablar yo también.

No es que tenga la extravagancia,—los dioses me libren!—de hacer política internacional, á corta ni á larga distancia. Sino que el peligro amarillo pertenece á la crónica. Es, en efecto, un hecho, un hecho histórico, al que la guerra ruso-japonesa le está dando cierta apasionante actualidad. Ahora bien, la historia de mañana, como la de ayer, es materia de observación, materia de experiencia, y á este título, reclama el método analítico.

Acaso no será, pues, ni ocioso ni intempestivo estudiar esta agitada página histórica,—vuelta bruscamente de un sablazo,—como se estudiaría un problema cualquiera, en sus orígenes, su desarrollo, sus consecuencias probables, según los procedimientos clásicos de la ciencia, esto es, objetivamente, haciendo abstracción de nuestros sentimientos, de nuestros prejuicios, de nuestros hábitos espirituales, de nuestro estado de alma, y de todas esas pueriles y engañosas leyendas, cuya ignorancia, ilusión y vanidad pueblan desde hace tiempo la imaginación.

Es preciso ver las cosas como son y no como creemos que pudieran ser ó como desearíamos que fuesen. Acaso mirando al porvenir de cierta manera, á través del pasado y del presente, lleguemos á conclusiones inesperadas.

*

Sería una ceguedad negar que existe el tal peligro amarillo. No es de hoy ni de ayer que, con pruebas en la mano, lo han denunciado innumerables profetas de desdicha, sin que hayan logrado otro éxito que la desagradable convicción de predicar en desierto.

Entre ellos, debemos mencionar especialmente á un hombre extraño, casi olvidado hoy después de haber sido largo tiempo desconocido: refiérome á Miguel Bakounine. Después de haberse evadido de Siberia, el célebre agitador ruso vivió mucho tiempo en China y en el Japón y de esta permanencia forzosa entre ellos, conservó una impresión de terror de que hizo partícipe á la Europa, en 1871, en un folleto editado por cuenta de la Federación Jurásica, bajo un título un poco confuso: *La Teología política de Mazzini y la Internacional.*

En él se hallan amalgamadas consideraciones filosóficas de una alta trascendencia con toda la doctrina anarquista, y Bakounine se expresa así:

«Si el Asia no estuviese poblada sino por bestias feroces, si la Europa no estuviese amenazada sino por la invasión de algunos centenares de millones de leones y tigres hambrientos, tal peligro sería incuestionablemente muy serio, pero de ninguna manera comparable al que representa la existencia de quinientos millones de hombres más temibles aún, y cuyo exceso se derramará sobre nosotros, tarde ó temprano. Si se tratara de bestias feroces, la humanidad europea haría sin duda inauditos esfuerzos para destruirlas, aunque su número fuese dos veces mayor; pero quinientos millones de hombres ni se destruyen ni se avasallan!»

Y Bakounine concluía anunciando la total destrucción, antes de cincuenta años, del dominio ruso en todos los países del Amor, bajo el peso de una formidable invasión japonesa....

Este vehemente grito de alarma no ha aguardado cincuenta años para encontrar ecos sugestivos en los cañones de Puerto Arturo. Pero tal grito, que si fue el primero en fecha, no ha sido el último lanzado, lo ha sido en vano, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír.

*

Hoy, sin embargo, se comienza á sospechar que los alarmistas tenían tal vez razón. Los japoneses, al probar que no temen medirse con Rusia, se han encargado de abrir los ojos mejor cerrados.

Esto último parecerá quizá una petulancia, que tarde ó temprano será duramente castigada. Pero ¿hay la seguridad de ello? Lo cierto es que entre los que conocen el asunto, es imposible acordar las opiniones.

En lo único que hay acuerdo es en que, si la Europa debe ser comida, no será ciertamente en salsa japonesa, sino china. El Japón no es sino una engañifa: lo verdaderamente temible es la enorme masa china.

Ella representa una fuerza colosal, irresistible, desbordante, á la que una larga presión dentro de una caldera requemada obliga á escaparse por todas las hendeduras y derramarse á la redonda, con el poder de una inundación ó de una alta marea. Ya su expansión denodada y desordenada, apenas provocada por la fatalidad mecánica de las circunstancias, ha creado un peligro terrible en todos los países tocados por su desbordamiento caprichoso: los Estados Unidos, Australia, Java, Indo-China, el Africa del Sur. Por donde quiera que aparece la invasión de la plaga ya no queda espacio para otro ocupante, hasta el punto de que los más optimistas se preocupan y aconsejan inevitables medidas de protección. ¿Qué será el día más ó menos próximo, en que esa fuerza, organizada y canalizada, asuma la conciencia de sí misma?

En el fondo, todo el conflicto actual consiste en saber si la organización del panmongolismo, de la cual no escaparemos, se hará por medio del fermento ruso ó del fermento japonés. Pero cualquiera que sea el tipo de fermentación, el resultado será el mismo: la lepra cubrirá al mundo.

Lo peor es que, la China misma, por tanto tiempo inconsciente y amorfa, comienza á darse cuenta de que se ha creado en Tokio una vasta conspiración si no-japonesa, bajo la forma de una prodigiosa sociedad secreta, el *Tung-Ya-t' ung Wen-Houi*, Congregación de la Civilización del Este, tan temible como sabiamente constituida, tal una nueva Compañía de Jesús: su objeto es realizar el triunfo y la hegemonía de la raza amarilla. Hasta ahora, gracias á la habilidad de la política japonesa, que ha sabido borrar del alma china los recuerdos humillantes y dolorosos de la guerra de 1894, ese movimiento alarmante parece haberse operado en provecho del Japón: lo representa oficialmente el príncipe Konoyé, hermano del Mikado y Presidente de la Cámara de los Pares. Pero el chino no es hombre de escrúpulos: sabe ver venir. Según la vuelta que den los acontecimientos, se servirá del Japón ó de Rusia, hasta el día en que, bastándose á sí mismo, *fará da se.*

*

¿Cómo podremos defendernos entonces? ¿En dónde está el albur soberano que pueda salvarnos el juego?

¿En nuestra superioridad militar? A la hora presente, los amarillos están tan bien armados como los blancos, quienes desde hace cincuenta años no han dejado de venderles, lo más caro posible, los instrumentos de destrucción más perfeccionados, acompañados de las mejores instrucciones para servirse de ellos, con instructores escogidos.

Bien sé que los chinos son tan poco belicosos que consideran la profesión de las armas como oficio inferior y despreciable, y que les faltan tradiciones guerreras. Ello no prueba sino que, en número igual, una fuerza europea tiene fuertes probabilidades de triunfo sobre una fuerza china. Pero los chinos no combatirán jamás con fuerzas iguales: serán siempre diez, veinte, cincuenta contra uno, y más aún. Sin contar con que están organizados, disciplinados, comandados por jefes japoneses ó slavos, americanos ó cosmopolitas, tienen en alto grado todas las cualidades nativas de valor, resistencia, desdén por el sufrimiento y por la muerte. Sabe Dios si concluirán por tomarle afición á las batallas, y si resucitará en ellos el viejo espíritu mongol, que antes produjo perillanes como Gengis-Kan y Tamerlan!

No se hable de la superioridad de nuestra civilización. Eso no es sino una vanidad. ¿Con respecto á los Bárbaros no era acaso la civilización romana infinitamente superior á lo que es la europea con respecto á los chinos? Y ello no fue obstáculo para que Roma fuese un bocado de los Bárbaros....

Probablemente tendremos que resignarnos á volvernos chinos, así como los romanos se hicieron bárbaros. Esto acontecerá dentro de diez años ó dentro de un siglo, pero acontecerá. Es fatal, como la ley de gravitación. Habría sido necesario, para evitarlo, haber dejado al mundo amarillo cocerse lentamente en su jugo, y en lugar de ocuparse en abrir brechas en la muralla que el genio de sus amos levantó en las fronteras, rodearnos de obstáculos y esforzarnos por asegurar su aislamiento, como se circunscribe una úlcera. Hemos hecho todo lo contrario, introduciéndole sin cesar todo germen de efervescencia. No nos queda otro recurso que sufrir las consecuencias de nuestras faltas, ya que no es tiempo de repararlas.

Estamos condenados á ser chinos. Después de todo, el mal no es tan grande. Todos los que han vivido en el Extremo-Oriente refieren que el chino es un excelente chico, de trato agradable, de amplio espíritu, y tolerante como jamás lo ha sido el europeo. No nos aburriremos. No tratará de imponernos ni sus ideas, ni sus ritos, ni sus costumbres, ni sus tradiciones. No nos obligará á tejernos crinejas con el poco cabello que nos quede.

La moral china vale bien la nuestra. Algunos, principiando por mi amigo M. de Lanessan, dicen que vale más. Tampoco sufrirán los intereses comerciales, muy al contrario; y por lo que hace al progreso científico é industrial, como su evolución obedece á una ley más fuerte que la miserable voluntad humana y que los mezquinos resortes de la historia visible, ese progreso seguirá buenamente su camino. ¿Quién responde que la infusión de una nueva sangre no le comunicará una lozanía y una fecundidad inesperadas?

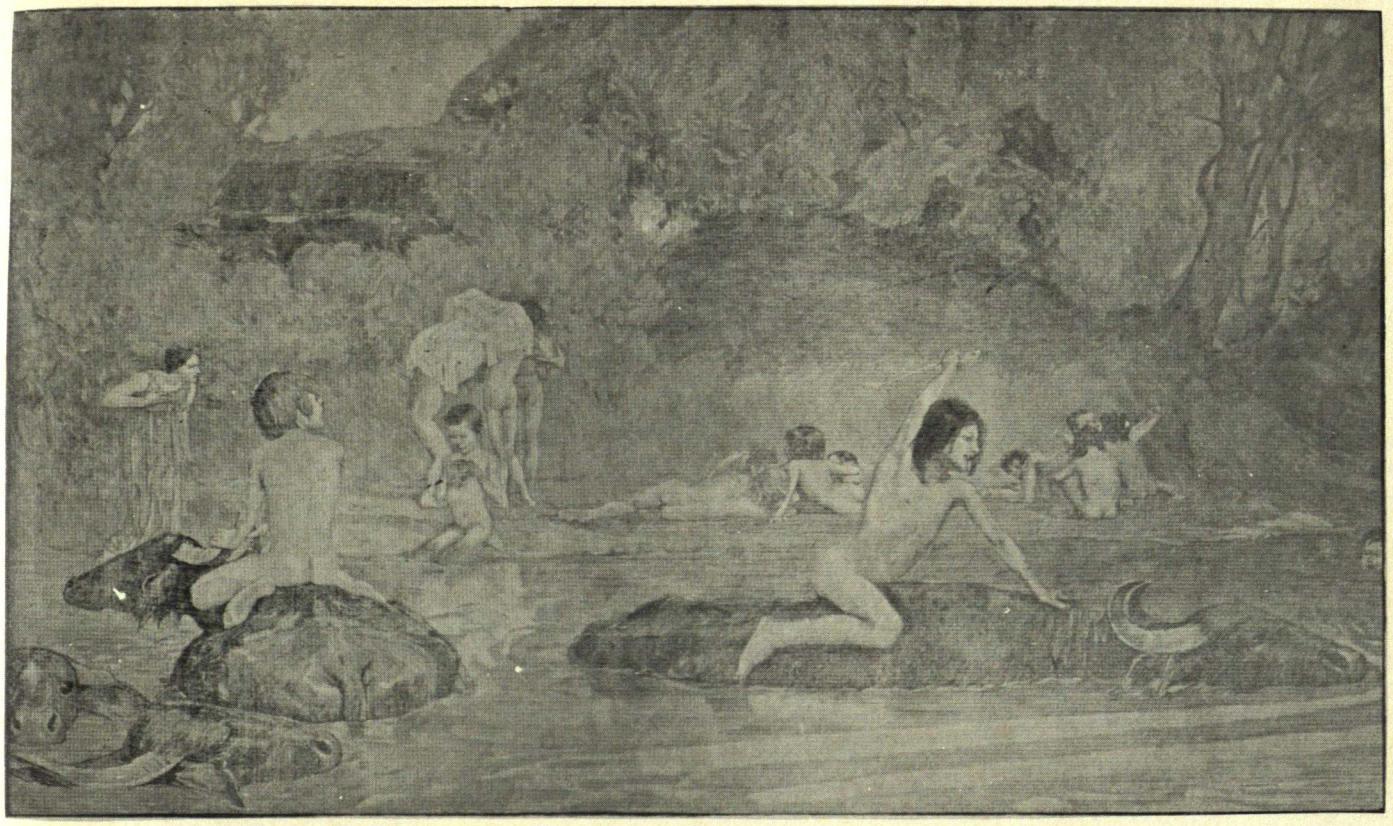
Aun es probable que nos divertiremos mucho bajo el yugo chino, porque el hombre amarillo no es enemigo de una discreta alegría y en ninguna parte *on ne fait le fête* como en Shanghaï ó en Canton.

Es evidente, además, que la Europa, aun comida, no será fácilmente digerida. Reaccionará sobre el estómago y acontecerá á los chinos lo que á los romanos, que se convirtieron inmediatamente en galo-romanos, una vez que conquistaron las Galias: se europeizarán á su vez, y de esta amalgama acabará por nacer una humanidad inédita, singularmente curiosa, cuyo estudio tentará á algún escritor como ese inimitable Wells, el Julio Verne inglés, un Julio Verne doblado de un Swift y triplicado de un Edgard Poë.

No se puede ser y haber sido. Probablemente, ni yo ni ustedes veremos esta metamorfosis; pero tengo el presentimiento de que en este asunto les están reservadas extrañas sorpresas á nuestros nietos.

Y el que venga detrás, que arree!

EMILE GAUTIER.



INVIERNO. — Cuadro de Ziegler (Sommer)

EL PERFUME DE LOS PINOS

—

Después de las *landes* y los grandes bosques de pinos que alzan sus masas obscuras á lo largo de la vía férrea, desde Burdeos hasta Bayona, se abre, al acercarse á la frontera hispana, un panorama nuevo y multicolor, lleno de pinceladas vivas, como un paisaje oriental.

Las tierras plomizas de la Gascuña, con sus cielos diluidos por donde ambulan pesadamente las nubes de este comienzo de otoño, infunden raras aprensiones, y hacen de cada alma una llanura sin sol, por donde pasan caravanas de recuerdos.

Los pinos, ensimismados y lúgubres, cortan la línea del horizonte con una raya negra que pone luto en el cielo. El carácter solemne de la comarca, la inevitable melancolía de la estación y nuestra propia tristeza, dan á todo cuanto la vista alcanza, una apariencia agonizante, como si la naturaleza fuese una mujer tísica condenada por el destino.

Entre la trabazón de los troncos desolados que se agrupan como si tiritaran, se aperciben los recortes descoloridos del horizonte y la hierba de un amarillo casi rojo.

En los claros entapizados de hojas secas, se alzan casuchas mezquinas, á cuya puerta trabajan hombres hoscos.... A medida que el tren avanza, los árboles se amontonan más y más, en grupos compactos, en falanges estrechas....

Las grandes masas obscuras parecen cubrir toda la llanura.

La lluvia fina y tenaz, como un llanto inextinguible de la naturaleza sobre su propia desgracia, cae en hilos plateados sobre el paisaje. El cielo impasible extiende su gran sábana manchada de humo. Y nuestras imaginaciones, obsesionadas por Ibsen, sueñan grandes dramas panteístas é impersonales, donde gesticulan los elementos y las cosas....

Se experimenta una sensación de soledad, un escalofrío de aislamiento, una certidumbre dolorosa de inevitables destinos.... (destinos que olvidamos en el bullicio de las grandes ciudades, pero que reaparecen con el silencio y se agrandan con la distancia, cuando corremos, arrebatados por el vértigo del vapor, á través de las tierras, de una ciudad á otra, en la pesadilla de los viajes). Y en el mareo del crepúsculo, en el desvanecimiento del atardecer, se diría que los árboles tienen miedo, y que el transeúnte es un explorador que se aventura en el país de la muerte....

Los pinos despiden un aroma que marea.

Y nada es más solemne que esta región inculta y deshabitada, que este erial francés trágico y maldito, de donde han huído las gentes....

El viajero, acurrucado en un ángulo del vagón y envuelto en el humo de su cigarro, conversa con todas las imágenes.

—Por estos campos,—dice la voz de los tiempos,—por sobre esta tierra pensativa y áspera, han pasado tántas generaciones, tántos seres contradictorios, tántos escalofríos de drama, tántos estremecimientos de amor, tánta vida y tánta muerte, que ningún árbol ignora cómo se desvanece la espuma de los siglos. Los paisajes que huyen y dasaparecen por los cristales cuadrados del vagón, son venerables testigos de cien historias. Saben por dónde pasaron las carreteras romanas que extraían, como tentáculos de pulpo, la sangre y la riqueza de los galos. Saben las batallas de españoles y franceses, las cabalgatas de acero de la Edad Media, la agonía del vasco, las bravas arremetidas de Napoleón y la vida entera de un haz de pueblos. Los años en la historia huyen unidos entre sí, como los mástiles del telégrafo en el vértigo del viaje, y sólo dejan en la memoria de las generaciones la triste monotonía de sus delirios. Pero en las cosas graban su sér interior, porque la naturaleza es contemporánea de toda la vida. Que los paisajes sean sonrientes ó adustos, apesadumbrados ó ligeros, siempre tienen, confesada ó escondida, la gravedad que les presta lo que han sufrido. Por eso es que de estas llanuras se levanta un himno á las cosas desvanecidas, una plegaria á lo que pasó. Y por eso es que caemos aquí en un letargo, que es como la noción vaga de lo que no se ha podido saber nunca....

—En estos bosques de pinos—dice la voz atávica de las supersticiones—hay atropellos y rondas de almas inquietas que la muerte desterró de las ciudades. Presta el oído á lo que murmura el viento y sabrás la misteriosa angustia de los que siguen teniendo vida sin tener forma para manifestarla. Quizá hay rostros invisibles que imploran cuando el sol declina y cae la llanura en la dolorosa postración de la noche. Quizá sienten los árboles el roce de extraños transeúntes espectrales. Y, cuando todo duerme, cuando no pasan ya las locomotoras que rompen el silencio del país de los pinos, quizá hay grandes pánicos de siluetas que huyen y se persiguen entre el laberinto de los troncos. En la soledad duerme más de un secreto.... ¿Por qué no vienes á soñar con nosotros?.... Baja en mitad del camino y deja que el tren prosiga su carrera por la lla-

nura sin límites, hacia las ciudades que arden en lejanos horizontes.....
.....

Pero él humo del cigarro y la somnolencia en que nos sume el ferrocarril, no bastan para hacernos caer en la tentación de creer en nuestros sueños.

Contra todas las asechanzas de la fantasía, está la sana visión de la realidad.

—

Al pasar por las estaciones, sólo se ven grupos de tez curtida que hablan ruidosamente bajo el distintivo uniforme de las boinas azules.

De pronto el paisaje cambia. A las llanuras ensombrecidas y tristes, suceden los paisajes de alegoría, los bellos cuadros pintorescos llenos de verdor, que se adornan en el límite con los penachos blancos de los Pirineos, donde parecen haberse refugiado las ilusiones.

Las aldeas se tornan sonrientes, los árboles pierden su adusta actitud de amenazantes enigmas, y hay arroyos azules que serpentean entre los declives, resplandecientes y caprichosos, como si buscaran amables secretos en el seno de la naturaleza.

Las montañas, con sus casitas blancas en las crestas, y sus caminos tortuosos que se enroscan y suben como espirales de cartón, alrededor de un juguete infantil, dan al fondo de la decoración un aspecto apacible de cañada suiza, donde todo está en armonía con el pequeño corazón del hombre. Hasta las nubes parecen contribuir á imponernos la noción de un mundo limitado.

El otoño es como la desgracia: pasa sobre algunas tierras sin dejar rastros. Así como hay corazones enteros que mantienen sus energías ante el mal, hay comarcas impávidas que resisten á todos los vientos y hacen flamear en medio del cansancio y el renunciamiento general, su pabellón de vida. Así son estas llanuras que se extienden al pie de los altos montes, sobre cuyas cabezas canas pone el sol coronas de oro pulido.

Nada es más bello que el panorama que se abre así que, salvada la región de las tristes arboledas, se avanza al borde del mar por terrenos pintorescos y accidentados, que se conservan llenos de verdor aun en las peores épocas del año. Collados, alturas, arroyos, lejanas poblaciones diminutas y blancas, torres coquetas, cielos de un azul claro, todo se funde y se amalgama en una visión tranquila de bienestar y de reposo. Como pastores de égloga, los campesinos suben tranquilamente por los senderos, conduciendo pequeños grupos de corderillos, que un perro ciñe y encierra, ladrando y saltando. Y parece que todo ríe en torno nuestro, como si la vida fuera una canción y el mundo un jardín.

Por eso es que mientras el tren se acerca á la frontera, atravesando puentes cortos con barandal sobre el río, y túneles grises iluminados por ampollas eléctricas, se piensa en el país del sol y de las flores, que los viajeros románticos han descrito en pinceladas alegres; en la España oriental, cruda, excesiva, sangrienta, de los cuentos de Richepin, de los versos de Hugo, y de los capítulos de Merimée; en el tradicional ensueño de la España de los cromos, donde sólo existen las gitanas, los chulos, los toreros, las majas, los amoríos por la reja, y las procesiones sepulcrales que desfilan por las calles angostas, bajo los balcones entapizados y florecidos. Pero junto á esa visión clásica, junto á ese *cliché* pintoresco que tanto ha rodado en escritos y conversaciones, aparece una España grave y solemne, una España de castillos vetustos, de almenas seculares, de campos desolados, una España de dolor y de cansancio, una España de leyenda, que tiene el prestigio de cien siglos, las glorias de un pasado, el peso de una historia, pero que parece agrietarse y caer vencida como un torreón medioeval que desbarataron los tiempos.

En realidad, hay dos Iberias. La del pasado, la de las cabalgatas de triunfo y los gestos heroicos, la que fue emperatriz y guía; y la del presente, trabajada por desmoronamientos graves, que el esfuerzo colectivo podrá quizá impedir.

Para un hispano-americano que, á pesar de las modificaciones que sufre el espíritu expatriado, á pesar de los desenvolvimientos que alejan á ese mismo espíritu del punto inicial, conserva muy vivas aún las simpatías de sangre, no deja de ser dolorosa esta evidencia. Por viajes anteriores, por lecturas, por constataciones irrefutables, sabemos que nuestra buena y vieja España, ha entrado en una éra de pesadumbre, y no venimos á buscar á ella los deslumbramientos de la actividad productora. Venimos á penetrarnos de su alma secular, á recrearnos en sus bellezas y á visitar sus fundamentos y sus ruinas, como hijos respetuosos que se descubren ante la vejez del padre....

Y al rozar la frontera, en plena sombra, con la sensación de que se acababa Francia con el día, nos sobrecogió de nuevo la idea triste de las *landes* y los pinos que habíamos atravesado horas antes. En esos grandes llanos deshabitados, las masas de árboles debían parecer á tales horas, enormes y pavorosos monstruos en acecho. De la superficie ondulante debía desprenderse como un perfume sepulcral, porque el aroma de los pinos es la muerte.... Pero tratamos de desvanecer tales visiones, pensando en la España encarnada y gualda en que vamos a entrar, y de la que hablaremos en otros capítulos.

MANUEL UGARTE.

PARA EL PINCEL DEL ARTISTA ZAMORA

—

Parte la noche en dos el rayo aleve
Y aletea el relámpago un instante
De horizonte á horizonte; el resonante
Carro del trueno se desploma. Llueve.

Llueve, y la tierra sitibunda bebe
Con ansia el lloro de la nube errante,
Mientras que el aquilón con su pujante
Soplo las selvas y la mar conmueve.

Ruge el torrente acrecentado, el río
Desbórdase y anega la llanura,
Y en medio á tanto horror, la luna, el frío

Rostro muestra en fugaz desgarradura
Como una calavera en el sombrío
Recinto de una inmensa sepultura.

JULIO FLORES.

1904.

EL RELOJ GARANTIZADO

—

Oiga usted, maestro, lo que yo necesito es un buen reloj, para imponerme de la hora ¡he!

—¿Cómo lo quiere usted, de pared, de mesa ó de bolsillo?

—Hombre ¿y cuáles son las ventajas de cada especie?

—Saltan á la vista: los de pared, por ejemplo, tienen la ventaja de que se pueden colgar en cualquier clavo; los de mesa se paran en cualquier comodín, y los de bolsillo se quedan naturalmente en el bolsillo.

—Entiendo. Me decido por uno de pared.

—¿Lo quiere usted de escape ó de pesas?

—¿Qué entendemos por esos atributos?

—El escape consiste en que el mecanismo funciona por medio de un escape; y las pesas son unas cosas pesadas que determinan el movimiento de la máquina.

—Pues bien, démelo usted de pesas, no sea que por culpa del escape se me vaya á escapar.

—¿Con péndula ó sin ella?

—Como sea mejor, maestro. No crea usted que yo me fijo en una péndula más ó menos.

—¿También lo quiere usted con campana?

—Hombre, es claro, un reloj sin campana es como una mujer sin lengua.

—¿De repetición ó no?

—Si puede repetir, que repita, maestro.

—Es que eso queda al arbitrio del comprador.

—Bueno; no me opongo á que repita. Démelo usted de repetición.

—¿Con música ó sin música?

—Sabe usted, maestro, que ya se me está calentando la cabeza. ¿Qué música es esa?

—Digo si lo quería usted armónico; porque también hay relojes armónicos que le tocan á usted cualquiera pieza al dar la hora.

—Diablos! Que me tocan á mí cualquiera pieza al dar la hora! Pues, no señor, no me cuadra la música. Yo quiero un reloj serio, que no se meta con nadie.

—¿Romano ó arábigo?

—Ignoro el contenido de la pregunta.

—Digo si le gustan á usted los números romanos ó arábigos, en la esfera.

—En siendo grandes, de manera que yo los pueda ver sin anteojos, lo demás me importa un rábano.

—Prefiere usted la esfera plana, cóncava ó convexa?

—¡Otra te pego! Yo lo que quiero es un reloj barato y bueno, hombre, aun cuando sea cóncavo!

—¿Mate, bruñido ó esmaltado?

—¡Mate! Usted es el que me está matando con cuchillo de palo, relojero bendito! Qué me viene usted á mí con chilindrinas enrevesadas. Yo soy un hombre honrado, por mar y por tierra.

—¿Le gusta á usted con despertador ó sin él?

—¡Eso es otra cosa! Venga uno que me despierte.

—¿Con calendario?

—¡Con todo de una vez, y acabemos!

—¡Aquí está!

—¿Cuánto vale?

—¡Oh! este es un reloj muy fino. Acero puro en la máquina, manecillas de aluminio, pesas de hierro colado, péndula enchapada, caja de nogal esculpida.

VENECIA: El Palacio Ducal

—¿Y cuánto vale?

—Incrustaciones de nácar, coronación ornamentada, números en relieve, respaldo de cedro de Líbano.

—¿Y cuánto vale?

—Por ser á usted, se lo daremos en cincuenta sucres.

—Doy veinticinco.

—No se puede, amigo mío. Lo último sería cuarenta y nueve cincuenta. Usted debe considerar que los derechos fiscales han subido á las nubes; el aguardiente paga hoy una barbaridad, los fósforos otra barbaridad.

—¡Está bien! Lo que deseo es que salga bueno.

—¡Oh! En cuanto á eso puede usted llevarlo con entera confianza. Es un reloj garantizado.

—¿Verdad?

—¡Ah! Cuando yo se lo digo á usted!

—Es que yo temo que se pare.

—Dándole cuerda no se para. Llévele usted!

—Bueno, maestro. Aquí tiene. Cinco y cinco, diez y diez, veinte, y veinte, cuarenta, y cinco, cuarenta y cinco, y cuatro, cuarenta y nueve sucres, y cinco reales, son cincuenta centavos ¿no es eso?

—Exacto.

—Adios, maestro!

—Adios, amigo!

* * *

—Sabe usted, maestro, que el reloj no sirvió para nada.

—¿Por qué?

—Unas veces se atrasa, otras se adelanta, otras se para.

—Pero hombre, si así son todos los relojes.

—No me dijo usted que era excelente y garantizado y qué sé yo!

—Pues figúrese usted como serán los malos! Los relojes, amigo, son como los programas políticos: salen garantizados de la relojería y luego se alteran cuando se les empieza á usar.

—¡Bomba! ¿Y yo qué hago ahora?

—Deshágase de él y compre otro.

—¡¡Otro!! Vaya usted, amigo, á freir á su abuela.

JOSÉ A. CAMPOS.

Rosario de Santa Fe.

EL NIDO

—

Mi corazón fue un nido, donde un ave
—la esperanza—trinaba sus canciones;
donde nacieron á su arrullo suave
las hijas de su amor: ¡las ilusiones!

Dejó ya el ave para siempre el nido
y sus hijas también, para mi daño;
hoy, en mi corazón envejecido
una serpiente anida: ¡el desengaño!

JOSÉ CIBILS.

NOCHES DE ORO

I

¡VENCIDA!

La noche estaba pálida cual una
pálida virgen; el dormido cielo
avivaba la llama de mi anhelo
con su diafanidad tan oportuna.

Apareciste al fin bajo tu bruna
cabellera sedosa; el desconsuelo
se copiaba en tu rostro, y en su velo
de blancas fimbrias te envolvió la luna.

De tu jardín la soledad tranquila
se interrumpió con el crujir del raso
de tu vestido perfumado y lila.

Y mientras contemplé en tus negros ojos
las sombras indecisas del Ocaso,
los blancos lirios se tornaban rojos.....

II

CRUCIFIJO

De rojas flores coroné tu frente,
mientras la tarde con su tinte rosa
se alejaba como una mariposa
hacia las extensiones del Poniente.

Embriagado de amor con el ardiente
perfume de tu carne voluptuosa,
sentí en mi alma arder una armoniosa
ilusión que vibraba levemente.....

Bajo las densas brumas de tu hastío
cautivóme la albura de tu seno
mientras te contemplé triste y sombrío.....

Y entre la nieve que en tu pecho canta
quedó mi amor cual otro Nazareno
sobre la cruz que cuelga en tu garganta.

JULIO C. ARCE.

LA CUESTIÓN LATINO-AMERICANA

POR

RICARDO TIRADO MACÍAS

[Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Bogotá. Ex-Redactor de la *Revista Gris*, *El Pabellón Americano*, *El Autonomista*, de Bogotá. Cónsul General de Colombia en los Estados Unidos de Venezuela, etc., etc., etc.]

I

Es la inconstancia la peor de nuestras herencias. Nosotros no arrimamos el hombro á empresas grandes sino mientras duran los espasmos pasionales de nuestro temperamento tropical, enfermizo y complicado. Quizá no es exagerado afirmar que somos—por atavismo irremediable—víctimas de una parálisis agitante no descrita aún por los patólogos de la Sociología. Así como el mariposeo de las inteligencias es el de las voluntades, en estas latitudes apenas desbrozadas para las labores de la mente. De nuestra firmeza de volición puede decirse evangélicamente que hoy es y mañana no parece. Es este uno de los fardos de la estirpe, y no hay que pensar por ahora en libertarnos de su peso. La obra magna de formar entre nosotros la conciencia de querer una misma cosa en no interrumpida serie de días, hasta lograr determinado fin, implicaría trabajos seculares de todo género en los campos áridos de una ciencia que apenas se atreve á balbucir sus postulados.

Para que no nos atormenten estas verdades dolorosas, vivimos buscando, en vano, manera de reforzar con los argumentos de los hechos, las tesis contrarias. Por dar idea de que sí cultivamos aquella virtud de los varones fuertes que no retroceden ante los peligros ni se amilanan á los golpes de la suerte adversa, apelamos á citar la legendaria empresa de la emancipación de nuestros países. Ya por fortuna va pasando el respeto religioso conque durante medio siglo hemos mirado hacia aquella época, hacia los hombres de ella, y se puede decir que la independencia es obra de esfuerzos muy diversos, hijos en su mayor parte, de esa morbosa agitación que llevamos con nosotros mismos como pueblos embrionarios. En nada se amenguan con decirlo así los méritos de los libertadores. Bien al contrario, suben de punto en la consideración y respeto de las generaciones. El mérito mayor de aquellos titanes fue sin duda el haber sacado victoriosa de las peripecias inauditas de la guerra, una causa verdaderamente impopular. Y después, nada hemos hecho digno de nuestros antepasados.

Precisamente porque el mal de que vamos hablando no llegue á tocar en su labor benéfica á la Sociedad iniciadora aquí de la liga Latino-Americana, creemos conveniente poner de manifiesto cuan débiles somos de voluntad en tratándose de esta clase de obras, cuya realización apenas se divisa, informe, mucho más allá de los horizontes. Nacen y crecen como espuma entre nosotros, agrupaciones semejantes, cada vez que la garra de los poderosos nos despierta del sueño en que vegetamos. Como espuma se desvanecen también apenas pasan los brotes epilépticos de nuestros organismos minados por taras corrosivas de las cuales parece que no nos hemos de emancipar jamás. A cada golpe asestado alevosamente á nuestras incipientes nacionalidades, volamos á proclamar como necesidad suprema y eficaz medio de defensa, la unión bajo la bandera del americanismo. Hablamos y escribimos, y del olvido ignominioso sacamos á nuestras señoras la Raza, la Fraternidad, la Religión, y como magas anunciadoras de un futuro dichoso y cercano, en alas del ditirambo las despachamos á correr por el Continente, peregrinas solitarias y casi siempre mudas. Nunca trajeron nada de sus viajes largos, á no ser hueca palabrería. Valiera más que hubieran sido portadoras de la Desesperanza.

Porque tal vez es más odioso este defecto que el otro acabado de mencionar. Nos han hecho más daño los retóricos que los seudo libertadores. Nuestros infortunios se cubren con oropeles desprestigiados de antítesis altisonantes, y de metáforas arruinadas, con beneplácito—casi siempre desgraciadamente—del pueblo sencillo que trabaja, que sufre y se desangra, ebrio de palabras sin vida ni sentido. Guiados sin duda por acendrado amor á la tierra nativa, algunos de nuestros antepasados se empeñaron en pintarla con colores paradisiacos. De sus riquezas naturales hablaban por modo tal, que aún perdura la alucinación de propios y de extraños, apesar de que ni en eso podemos competir con muchas, hasta hace poco, consideradas como tierras ingratas. Hubiéramos más bien vivido apegados á la serranía infranqueable ó á la llanura palúdica, convencidos de que en el reparto del planeta no habíamos llevado la mejor parte, y de seguro que de ello habríamos sacado más ventajas.

La fantasía castiza, que lejos de morigerar, aumenta prodigiosamente el vuelo, en lo de creer que otros pueblos envidian nuestros bosques y punas mortíferos, nuestras inaccesibles crestas, nuestras minas escondidas, ha contribuido por manera portentosa á que acabemos por considerarnos antropocéntricos. Lastimosos errores aprendidos con el silabeo en los bancos de las escuelas, y aún no corregidos. Por ventura parece que la generación que sube asiste al entierro de la Retórica. Escucha, con el tercer oído, la palabra del raro justador de sus devociones, que en el Arte Poética novísima le aconseja : «*Prend l'éloquence et torne lui son cou.*»

Por eso las labores de la Sociedad Liga Latino-Americana, no estarán contaminadas del mal que nos aquejaba hasta hace poco.

II

Tratemos de ver si en el estado actual de las naciones Ibero-Americanas es posible la Confederación de todas ellas.

Para llevar á cabo ese pensamiento que algunos consideran fácilmente realizable, hay factores de mucho valor, sin duda. Somos muy cerca de setenta millones de hombres, esparcidos más ó menos densamente en el Continente, con el mismo hablar, con las mismas costumbres, con las mismas creencias, y constituimos, modificados por el clima uniforme de Sur-América, el ambiente y las herencias semejantes, si no una raza—porque parece que no existen las razas—sí al menos un tipo, una familia de peculiaridades esenciales. A todo ello agréguese la similitud, casi la identidad de instituciones políticas y sociales, la hospitalidad ingénita y la natural tendencia de los débiles que los impele al acercamiento, para la defensa. Una tradición de vínculos de sangre vertida por la emancipación, tan generosamente que para ofrendarla jamás preguntaron nuestros antepasados en dónde terminaban las fronteras. Un cruce constante de nuestros factores étnicos, y, en fin, una vida de aspiraciones iguales hacia la Libertad y la Justicia, hacia el bienestar individual y colectivo.

Somos, verdaderamente, caso único en la Historia. Y sin embargo de todo esto, que no es poco cuando se trata del fenómeno natural, en la vida de los pueblos, de la conversión á los centros para constituir entidades respetables y unidades de combate en la lucha por la existencia, entre estos países suramericanos hay distancias astrales en el mundo de la moral y la política. Decididamente, no hemos tenido el dón de la sociabilidad. Nos ignoramos de manera lastimosa. De Asia, de Africa y Oceanía sabemos más los suramericanos que de Sur América. No hace mucho, hablándonos de Colombia un joven amigo nuestro, educado en Europa, trataba de explicar por qué se habían salvado de la bancarrota los Departamentos del Sur de nuestro país, como Cundinamarca, y el Estado Federal de San Martín, por estar allí la capital de la República.

De Chile, de Argentina, de Paraguay, hablamos como de países quiméricos. De cuando en cuando, y para asombro de nuestras ignorancias, nos viene, como mensajero de ocultos sentimientos fraternales, un libro, esfuerzo de arte ó de ciencia, que traspasa las barreras desconocidas que nos separan de hermanos cuyas caras no hemos visto jamás. Pero nada sabemos del comercio, de las industrias, de las crisis y de las aspiraciones de esos apartados pueblos, como nosotros comprometidos á triunfar ó á perecer en la demanda. Frecuentemente las noticias de ellos nos las trasmiten los europeos, para mayor tristeza.

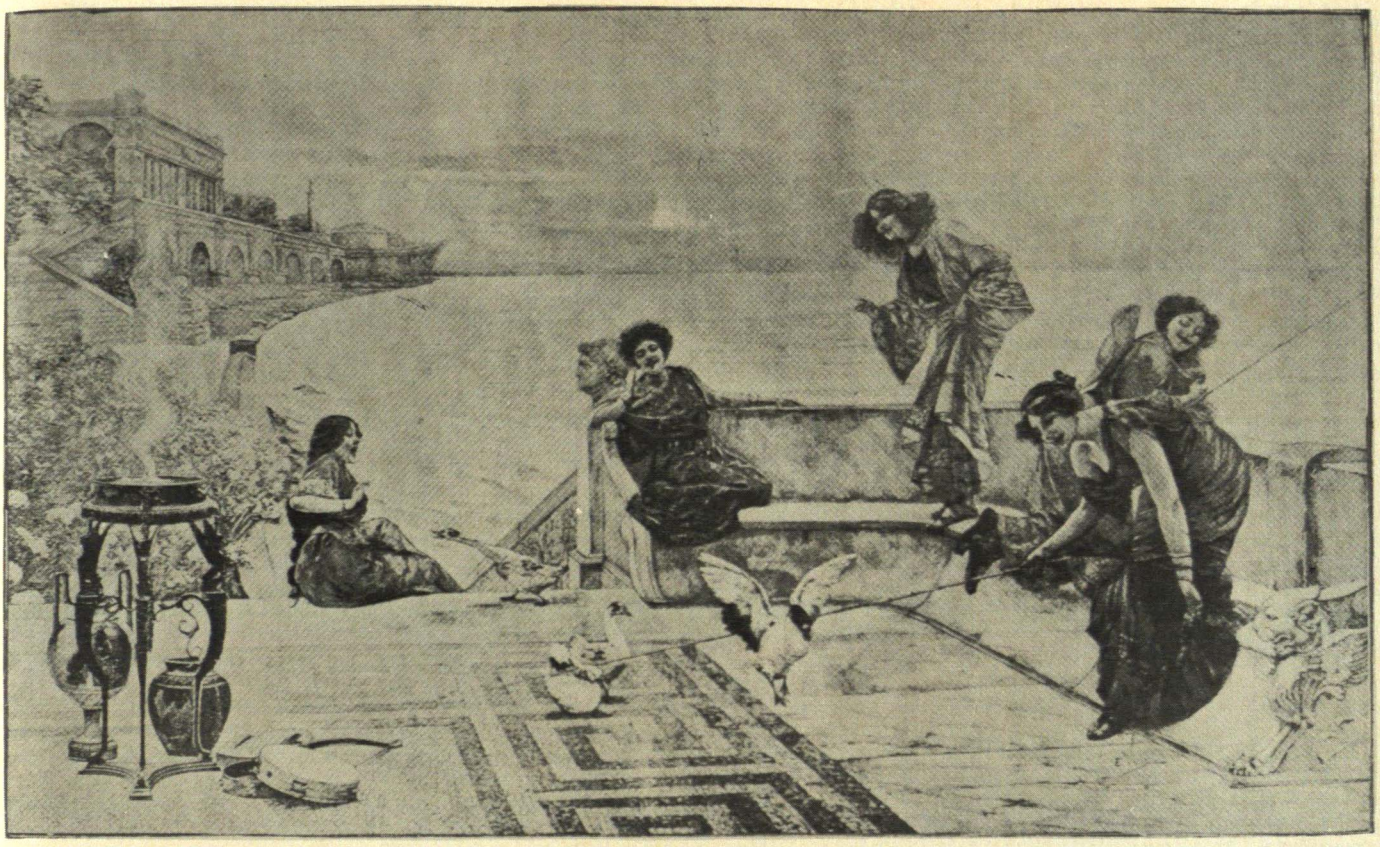
El espíritu del regionalismo, que lo empequeñece todo, arraigado en nuestras almas como liquen indestructible, contribuye á mantener los abismos que median entre nuestras Naciones. La obra de la política tiene órbita demasiado circunscrita para que podamos elevarnos á consideraciones de orden superior fuera de los lindes en que nos estamos destruyendo hace ochenta años. Y hay—es doloroso decirlo—resentimientos que no es fácil olvidar, heridas no curadas aún por el decurso de los tiempos, pues no ya la guerra civil, sino la de nación á nación ha paseado sus carros por Hispano América, sin que á evitarlo hayan sido parte las más altas consideraciones de fraternal intervención.

Por la misma naturaleza de las cosas, tal como se presentan hoy á la mente de los hombres públicos, ninguna de estas nacionalidades cedería de lo suyo para que otra adquiriese la hegemonía en la soñada Confederación, si es que se piensa en que el fenómeno se efectúe conforme á los principios históricos. Porque falta la Potencia que ejerza, como si dijéramos, el oficio del imán, atrayendo hacia sí á los otros cuerpos sociales, de modo irresistible, por lo fatal y duradero. Todo otro proceder, fuera de las leyes sociológicas, no daría sino efímeros resultados.

No es posible pensar seriamente en sabia política exterior sino cuando están satisfechas, aunque sea parcialmente, las aspiraciones interiores. Y todos nosotros estamos resolviendo todavía gravísimos problemas constitucionales, sin que nos haya sido dado delinear siquiera nuestra fisonomía nacional, en materia de instituciones. Palos de ciego venimos dando desde que surgimos, por obra de las armas, á la vida independiente. No hemos podido ni siquiera darnos cuenta exacta de los peligros que nos amenazan más allá del reducido círculo de nuestras fronteras respectivas.

Creemos que de lo expuesto no más se deduce fácilmente que la Confederación Suramericana hoy por hoy, por más que sea un anhelo de muchos generosos entendimientos superiores, no es posible, apesar de que el peligro aumenta con alarmantes caracteres, y amenaza la vida misma de estas Repúblicas como entidades independientes.

Queda abierto el camino, según parece, á ciertas uniones, bajo forma confederada, de aquellos de nuestros países que por especialísimas circunstancias pudieran quizás vencer los inconvenientes de que acabamos de hablar, siquiera en parte, para llegar de esa manera á oponer resistencias eficaces, á la invasión que llega, de otros elementos más aptos para la vida. Dícese que en ello se ocupan, por ejemplo, las Repúblicas del Plata. Y nosotros hemos visto recientemente cómo las pequeñas



LOS GANSOS SABIOS

de Centro América están buscando, con el loable fin de conseguir paz interna, cierto provechoso acercamiento que empieza á dar resultados prácticos para ellas.

Eso mismo tiene dificultades de muy serio carácter, pero, por el momento, si llegara á realizarse, no sólo sería bastante á presentar ante el mundo nacionalidades fuertes, sino que prepararía, por decirlo así, el advenimiento de la Gran Confederación Americana.

III

Veamos ahora qué especie de ligas podemos formar para hacer frente á los peligros actuales, y á los de un porvenir no muy remoto.

Las Potencias de Europa han tenido en todo tiempo pretensiones perversas sobre los Estados débiles de este Continente. En són de conquista no se han atrevido á llegar á nuestras playas, después de que aseguramos la independencia de la corona de España, sino muy raras veces. Empeñadas ellas en resolver delicadas cuestiones entre ellas mismas, y abrumadas con el sostenimiento de marinas y ejércitos colosales, sostenedores de la paz continental, y no bien quistas con sus colonias apartadas, apenas les ha quedado respiro para volver sus ojos hacia nosotros, siempre con avidez. La fementida doctrina de Monroe, en virtud de la cual declararon Estados Unidos que ellos se opondrían á que potencia alguna europea adquiriera territorios en América por fuerza de conquista ó impusiera formas monárquicas de gobierno de este lado del Atlántico, mantuvo á raya los sueños de Europa aventurera.

Y sin embargo, son muchos los casos que podemos citar, en los cuales las Potencias han hecho gala de su poderío para humillarnos con fútiles pretextos.

Recientes acontecimientos dolorosos nos relevan de formar la lista larguísima de agravios que hemos recibido de los Fuertes.

Si el equilibrio de Europa lo hubiera permitido, habríamos visto cómo para arrojar á nuestros suelos su población de exceso y sus productos sin consumo, aquellas carcomidas nacionalidades se hubieran disputado la primacía en Sur América, *manu militari*. Pero ellas mismas, en su rapacidad, se cerraron las vías de los hechos. Apesar de todo, cuando sus trapacerías les han dado vagar, siquiera escaso, por acá las hemos visto, con sus escuadras altaneras, enseñándonos cómo el credo que de una de ellas aprendimos, Libertad, Igualdad, Fraternidad, está hace mucho tiempo sustituído por este: Artillería, Caballería, Infantería.

Y de la que se llamaba nuestra hermana mayor, la hija de Washington, son tan recientes los atentados contra la soberanía de estas Repúblicas, que ellos no más parecen haber desdormido los sentimientos de todas, y preparádolas para vivir en adelante,—ojo avisor—buscando la defensa del hogar común. El último de esos atentados es de tal magnitud, que más que otro ninguno nos ha hecho comprender, en nuestra ingenuidad de creyentes en el Derecho, que estamos en presencia del más serio problema de la integridad de nuestra raza. Así lo comprendemos, y sin embargo, el ruido de las armas apenas ha turbado nuestro sueño indolente. Parece que estuviéramos resignados á morir tendiendo el cuello mansamente á la bota ferrada de los agresivos dominadores.

En su mensaje de primero de abril de 1896 dijo el Presidente de México, General Porfirio Díaz:

«Cada una de estas Repúblicas (las hispanoamericanas) debería proclamar, por medio de una declaración como la del Presidente Monroe, que cualquier ataque de parte de una potencia extranjera con el fin de cercenar el territorio ó la independencia, ó de alterar las instituciones de alguna de las Repúblicas de América sería considerado por el país que hace la declaración como un ataque contra él mismo, siempre que la República directamente atacada ó amenazada en tal forma se hubiera asegurado de antemano, en oportunidad, la ayuda de las demás naciones. De este modo, la doctrina que ahora se designa con el nombre de Monroe, vendría á ser la doctrina de América en el más amplio sentido de la palabra; y, aunque hubiera tenido su origen en los Estados Unidos, pertenecería al derecho internacional del continente.»

Este pensamiento del General Díaz merece en las actuales circunstancias seria meditación, de parte de todos los Gobiernos suramericanos.

Para no perecer, es necesaria la unión. Mas no podemos disputar por la fuerza á nuestros enemigos las posiciones que van tomando en nuestras zonas. Somos demasiado débiles para pretender, unidos y todo, empeñarnos con el Coloso en lides guerreras. Nuestras ligas contra él, contra los otros, deben más bien encaminarse á dañarlos en lo que tienen más sensible, sus mercados.

Llegáramos á declarar solemnemente que el honor de las Naciones hispano-americanas es solidario, como lo insinúa el Presidente Díaz; nos comprometiéramos bajo la fe solemne de nuestros más caros intereses y principios, en virtud de esa declaración, á notificar á las Potencias que estamos firmemente resueltos todos los suramericanos á no consumir producto alguno de la Nación que en cualquier forma atente contra el honor ó la soberanía ó independencia de cualquiera de estas Repúblicas; selláramos ese pacto con la cruz de nuestras espadas; y dando así prueba inequívoca de cuánto podemos, en nuestra debilidad, no más que con la omisión de un hecho, nos levantáramos en guarda de nuestra propia dignidad ultrajada; diéramos esa prueba de verdadera fraternidad, y de seguro que ella sola espantaría más que todas las escuadras que con

el oro de todas nuestras minas pudiéramos echar al mar, en un instante dado, como surgidas de la nada.

Esto que parece tan fácil, es para nosotros, por nuestra índole y manera de sentir, poco menos que irrealizable. ¿Cuándo nos resignaríamos por acá á no guisar con manteca americana ó á no rociar con vinos del Rhin nuestros manjares sencillos, porque anduvieran por aguas del Perú, pongamos por caso, unos acorazados del Tío Sam ó del Kaiser, con gesto amenazante?

Estos males están en nuestra sangre, y parecen incorregibles.

Una obra de aliento, han creído muchos, como la construcción de un Gran Ferrocarril Continental, en el cual estuvieran directamente interesados todos los Estados Americanos, de manera que la Empresa tuviera en los pueblos mismos hondas raíces, sería, de seguro, vínculo poderoso á unir en un solo haz las aspiraciones de nuestras Repúblicas, por una parte; y por otra, es claro que con ello arrebataríamos á quienes han pretendido aquella obra, todas las ventajas que de su realización pueden seguirse para el logro de nuestros fines políticos.

Muchas veces, antes de la concesión francesa del Canal de Panamá, y después, se trató de que nuestras Repúblicas unidas llevaran á cabo la apertura del Istmo, y disfrutaran así de los inmensos beneficios que con ello iban á reportar, no sólo los que tomaran parte en la ejecución de la obra, sino la Humanidad entera. Por circunstancias que no hay para qué rememorar fracasó ese pensamiento. No vemos, pasada definitivamente para nosotros la hora de haber hecho el Canal propio, una Empresa que pudiera, como aquélla, atraer poderosamente las simpatías de los pueblos.

Se ha hablado de una vasta red de canales que partiendo de las conocidas del Orinoco, el Río Negro, El Casiquiari y el Amazonas, termine en la posible de los ríos Madeira, tributario de éste; el Mamoré y el Pilcomayo afluentes del Plata, el Tapojos y el Paraguay, el Paraná y el San Francisco, de modo que abrazara todo el interior del Continente, y permitiera la navegación en buques de vapor, por todo él.

Como ejemplo de las grandes facilidades de estas comunicaciones, supongamos ya terminado el Ferrocarril Intercontinental—dice el General Rafael Reyes, en una Memoria de sus Exploraciones, dirigida á la Segunda Conferencia Pan Americana reunida en México—y que un viajero que sale de Nueva York, atraviesa los Estados Unidos, México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y llega á la Argentina. En Buenos Aires se embarca en el río de la Plata ó Paraná, y sube éste después de atravesar el Paraguay, para buscar la comunicación con el río Tocantins á través de la serranía de la Esclavona; se embarca en el Tocantins, baja por éste al Amazonas; busca el río Trombetas, por él visita las Guayanas; busca los ríos Madera y Purús, por ellos visita á Bolivia; busca el Yavarí, el Yuruá, el Huallaga y el Marona, y por ellos visita el Perú. Por el Tigre, el Pastaza y el río Napo visita el Ecuador; por el Caquetá y el Putumayo á Colombia; y á Venezuela por el río Negro, y subiendo éste hasta encontrar el Casiquiari que lo comunica con el Orinoco, pasa á éste, busca su afluente el Meta, lo sube en vapor hasta Cabuyaro, á 60 millas de Bogotá, y volviendo al Amazonas por la misma ruta, llega á la ciudad de Iquitos, y toma allí el vapor trasatlántico que sin trasbordo lo llevará al puerto de Liverpool. No es una hipérbole llamar al Amazonas el Mediterráneo Americano, pues que en sus aguas navegan vapores trasatlánticos por tres mil millas y vapores de río por doce mil.

Esta sería la manera más eficaz de unir nuestros países. Pero el solo enunciado de la obra colosal hace ver que no es para nosotros la realización de tamaño pensamiento.

Tampoco han llegado á término feliz las tentativas de muchos gobernantes sudamericanos para lograr la ambicionada liga, por medio de Pactos ó Convenios. Efímeros fueron siempre esos tanteos. Sabido es que no tuvimos en nuestras cancillerías una norma permanente de política americana. Todo plan generoso en ese sentido se pierde en el vacío. Porque es preciso saber que esta no es obra de diplomacia de la que logra triunfos por sorpresas. Ancha base popular ha de tener, para subsistir, la liga de estas naciones. Ella no se hará con protocolos pactados en secreto. Tiene que nacer á pleno sol, bajo el cielo abierto.

Quizá por no haber hallado hasta ahora una fórmula para condensar el pensamiento, fracasaron todos los Congresos reunidos con el fin de tratar lo relativo á la Unión ó Confederación de estos países. Ya en 1826 decía el Libertador refiriéndose al Congreso de Panamá: «Su poder será una sombra, y sus decisiones meros consejos.» Suerte igual corrieron los de Lima en 1847 y 1864. No se ha encontrado hasta el presente la manera de obtener la Unión, conservando incólume la autonomía de cada Estado.

No somos de los que lo esperan todo de la periódica reunión de estos Congresos. Pero es de justicia reconocer que todos ellos han dejado algo en favor del objetivo principal de sus sesiones. Para no ir muy lejos, nos bastará citar el resumen de las labores de la segunda Conferencia Pan-Americana, reunida en México en 1901; del Congreso Social y Económico Hispano-Americano reunido en 1900, y el del Congreso Latino-Americano reunido en Montevideo en 1901.

Hé aquí los puntos sobre los cuales versan las Recomendaciones, Resoluciones, Convenios y Tratados aprobados por la citada Conferencia Pan-Americana de México:

Banco Pan-Americano, Ferrocarril Pan-Americano, Congreso Aduanero, Fuentes de producción y estadística, canje de publicaciones oficiales, científicas, literarias é industriales, Protección de las obras literarias y artísticas, Formación de los Códigos de Derecho Internacional, público y privado en América, Patentes de invención, dibujos y modelos industriales y marcas de comercio y de fábrica, Extradición y protección contra el anarquismo, Ejercicio de profesiones liberales, creación de una Comisión Arqueológica Internacional, Medidas para facilitar el comercio internacional, Reorganización de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, Policía Sanitaria, Museo Comercial de Filadelfia, Futuras Conferencias Internacionales Americanas, Reunión de un Congreso encargado de estudiar la producción y el consumo del Café, Reglamento por decisión arbitral de las reclamaciones por daños y perjuicios pecuniarios, Arbitraje obligatorio, Adhesión á las Convenciones de la Haya, Proposición para que los Gobiernos de las Repúblicas Americanas suscriban 210.000 francos, para la edición completa del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, por don Rufino J. Cuervo, y Reunión de un Congreso Geográfico en Río Janeiro.

El 10 de noviembre de 1900 se reunió en Madrid el Congreso Social y Económico Pan-Americano, dividido en once Secciones que se ocuparon de las siguientes materias: Arbitraje, Jurisprudencia y Legislación, Economía Pública, Ciencias, Letras y Artes, Enseñanza, Relaciones Comerciales, Trasportes, Correos y Telégrafos, Exposiciones permanentes, Relaciones Bancarias y Bursátiles, Prensa. Sobre todas y cada una de estas materias el Congreso aprobó conclusiones de trascendental importancia. Hé aquí las Conclusiones aprobadas sobre Arbitraje:

«I. Sirviendo la causa de la humanidad, y el interés general de la civilización, el Congreso protesta contra toda política y toda tendencia á resolver los conflictos internacionales por otros medios que los pacíficos y jurídicos.

Y declara que fervorosamente simpatiza con todos los esfuerzos que en Europa y América se hacen por publicistas, profesores, Asociaciones y Gobiernos, para llegar al establecimiento definitivo de tribunales de Arbitraje, á los cuales se sometan por completo todas las cuestiones que existan ó puedan existir entre las Naciones.

II. Por los mismos motivos, y además por intereses de raza y familia, (que no obstan á la superior, franca y eficaz comunicación de todos los pueblos del mundo), por razones históricas bien notorias, y por la especialidad de las actuales relaciones de España y la América Latina, efecto principalmente de la inmigración constante de Españoles en las Repúblicas Ibero-Americanas, el Congreso proclama la urgencia de constituir, por la acción de los Gobiernos, un Tribunal de Arbitraje Hispano-Americano al cual hayan de ser sometidas así, las cuestiones todas que surjan entre los Estados que tienen representación en este Congreso, como la recta interpretación de los Tratados existentes entre los mismos.

V. El Congreso estima que es conveniente garantizar la eficacia de los fallos del Tribunal permanente y obligatorio de Arbitraje, por medio de una sanción positiva, además del compromiso de honor contraído por todas las Naciones que al Tribunal sometan sus diferencias.

VII. El Congreso afirma que, tanto para determinar á los Gobiernos á establecer el Tribunal de Arbitraje, como para que éste se robustezca y ensanche, es indispensable que las clases directoras de las Sociedades Ibero-Americanas, realicen un vigoroso y perseverante esfuerzo para dar gran viveza á la idea fundamental de la paz, que es el supuesto del Arbitraje, y hacer más íntimo el trato de los pueblos Hispano-Americanos y el Español.

Para esto el Congreso recomienda: primero, la constitución de Sociedades libres, propagandistas de la paz, como las que hoy existen en el resto de Europa y en la América del Norte; segundo, la creación en los diferentes Estados de la América Latina y en España, de círculos científicos dedicados al estudio de las cuestiones internacionales de nuestra época y á la difusión y propaganda de los principios y tendencias del Derecho internacional contemporáneo, al modo recomendado por el *Instituto de Derecho Internacional* en el artículo 9º de sus estatutos de 1873, revisados en Oxford en 1880; tercero, la constitución de la *Sociedad de cultura general y educación popular* recomendada por el Congreso Pedagógico Ibero-Americano de Madrid de 1892, y que ha de dedicar especial atención á la popularización de la historia y geografía de América, Portugal y España, y el conocimiento de las personalidades más salientes y de los problemas más importantes de aquellos países; y cuarto, la excitación á los Parlamentos de los Estados Español é Hispano-Americano para que realicen el propósito común de consignar en sus leyes respectivas el establecimiento del Tribunal de Arbitraje en la forma y con el alcance expresados en estas Conclusiones.

Aconsejó el establecimiento de *docks* en esta forma:

I. Para formalizar las relaciones comerciales entre los Estados Ibero-Americanos y la Península, conviene que el Estado establezca sin gravamen ni anticipo alguno del comercio, almacenes de depósito de mercancías ó *docks*, con las

LA VUELTA DE LA ROMERIA. — Por Ignacio Díaz Olano

garantías consignadas en el Artículo 3º de las vigentes ordenanzas de Aduanas y bajo la inspección y salvaguardia de éstas.

II. Los puertos de España que reunen más ventajas para la creación de docks son: Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz, Sevilla, Santander, Bilbao, Coruña y Vigo.

III. En la misma forma y condiciones, convendría establecer depósitos de mercancías en México, puertos de Veracruz y Maratan; Venezuela, puerto de La Guaira; Ecuador, puerto de Guayaquil; Perú, puerto de El Callao; Chile, puerto de Valparaíso; Argentina, puerto de Buenos Aires; Uruguay, puerto de Montevideo; Brasil, puerto de Río Janeiro; Colombia, puertos de Sabanilla y Barranquilla; Santo Domingo, puerto Plata.

IV. Las mercancías depositadas en estos Docks, tanto en España como en los Estados Ibero-Americanos, deben declararse exentas de toda clase de impuestos ó gravámenes durante un año. Cumplido este plazo, satisfarán derechos de almacenaje, proporcionales por meses.

VI. Las mercancías depositadas en los Docks que por cualquier causa tengan que reexpedirse al punto de su origen, conviene disfruten de una bonificación del 50% en el flete de vuelta, para lo cual deberá llegarse á un acuerdo con las Compañías navieras Nacionales é Ibero-Americanas.

VIII. Para que estos depósitos de mercancías, y en general todas las relaciones mercantiles, puedan arraigarse en nuestros puertos, es indispensable simplificar los trámites necesarios para las operaciones de carga y descarga, reduciendo de modo considerable sus actuales gastos, en proporción á los de la América latina, más beneficiosos para el comercio.

En cuanto á sistema monetario dijo:

«El Congreso consigna el deseo de que entre las naciones representadas en él, se llegue á una inteligencia como la que existe en Europa, inteligencia ó convenio que se designaría con el título de *Unión monetaria Latina*, para la adopción de una moneda común de circulación legal en los países de la América latina y España.»

Tan alta idea despertaron estas y otras conclusiones aprobadas con el concurso de la representación del nuevo mundo en el Congreso de Madrid, y los progresos del Derecho Internacional en estos Estados, que le arrancaron al señor de Labra, en su discurso sobre las relaciones entre los pueblos de Europa, y especialmente de España, con las Repúblicas Hispano-Americanas los siguientes conceptos:

«El otro colaborador de esta obra propagandista, es el americano del Sur, sois vosotros, los representantes de esa América libre é independiente, que á partir de las propuestas de Simón Bolívar y después de los votos de los Congresos de 1826 y de 1848, aparece como el país donde no sólo se cultiva la ciencia del Derecho Internacional con una generalidad, una perseverancia y un sentido superior tal vez al resto del mundo (porque allí las cuestiones internacionales han logrado frecuentemente el carácter de cuestiones de política palpitante), sino también, porque no existe región ni país en el mundo contemporáneo donde se hayan traducido, de igual modo, en hechos precisos, tratados diplomáticos y fórmulas de derecho positivo, los debates y recomendaciones de los pensadores y tratadistas más adelantados en la ciencia del derecho público.

Así cuando allá en 1873 Mancini propuso á la Cámara italiana que se iniciara prácticamente un gran progreso jurídico, aceptando la cláusula compromisoria de arbitraje en los tratados internacionales de Italia, pudo levantarse un sud-americano diciendo que ese principio ya se había afirmado en América meridional hacia 1818 y 1820, en los primeros tratados de aquel vasto país. Y cuando en 1875, en la Conferencia Interparlamentaria de París se afirmó por primera vez la doctrina del arbitramento permanente con tribunal característico y definitivo, los mismos americanos pudieron decir que aquellas eran resoluciones adoptadas mucho tiempo atrás por los Congresos de Panamá y de Lima.»

IV

Queda por examinar, en presencia de esta desconsoladora situación en que hallamos á la América Hispana para emprender la obra de su propia defensa, cual debería ser la actitud de gobiernos y pueblos siquiera para prepararla acertadamente. Bien triste es declarar que al cabo de un siglo de tormentosa vida independiente, no tenemos sino un vínculo de unión: la lengua. Todos los demás se relajaron si es que existieron alguna vez. En los albores de la guerra de Independencia, con rudimentarios medios de comunicación, existía entre los hombres representativos de Venezuela, Nueva Granada y el Perú, constante y provechoso cambio de ideas sobre temas trascendentales de política internacional. Hoy apenas da señales de vida ese comercio provechoso. Se dirá que para entonces estaba conmovido el Continente con el pensamiento de emancipación, que bullía en cerebros directores y agitaba las masas con desconocidos impulsos. Pero no es comparable el fenómeno del peligro que hoy estamos corriendo como entidades internacionales

y como representantes de una raza, con aquel sentimiento que guió á nuestros antepasados en la empresa de independencia de estas Colonias de la corona de España. Hoy nos amenazan extraños elementos poderosos. Ayer luchábamos Españoles sur–americanos con Españoles peninsulares, por alcanzar vida propia para las colonias, y no más. Ahora toca á nuestras puertas la Roma del Continente, con sus picas de acero, con sus picas de oro. Y no se ve aquel generoso bullir de altas ideas que preparó la independencia, ni se sienten las labores subterráneas que preceden á la reunión de los pueblos agitados por la contemplación de desmembraciones dolorosas. Piensa uno á veces que de veras naufragó hace mucho la raza, y que no somos, después de la tormenta, sino insepultos cadáveres flotantes en el mar pérfido que se tragó las naves españolas. Es explicable ese fenómeno. Hizo grandes cosas España. Un día fué tan fuerte como Roma. Un error político—haber cambiado su prolongación en Africa por su prolongación en América—la trajo al fin á un crepúsculo por más que brillante—anunciador de noche larga. No en vano los campos de su escudo están poblados de leones. Hizo cosas muy grandes. Ahora parece que recorre en silencio su pasado, pisada por pisada, en busca de un resurgimiento. Nosotros, que como últimos descendientes de ella también hemos rumiado esas grandezas, debemos apercibirnos para entrar en el camino por donde van los pueblos á convertirse en fuertes y por eso respetables. La obra será larga. Por lo mismo debemos ya poner manos á ella. Pueblos y gobiernos deben obrar conjuntamente. Hé aquí algunos de los medios de labor:

Hay causas poderosas, que no se ocultan á nadie, para esperar fundadamente benéficos resultados de la reunión de un Congreso Hispano–Americano. Sería decididamente secundado el gobierno que invitara para reunirlo. Conforme á la Resolución XIX de la Conferencia Internacional Americana, debe verificarse otra parecida en el año entrante.

El aumento de los representantes Diplomáticos y Consulares de los Estados hispano–americanos entre sí de manera que en cada Capital puedan reunirse con cargos oficiales individuos de las diversas nacionalidades americanas, aptos para la propaganda y el estudio, trabajadores é incansables, de fina observación y del más amplio criterio.

Fundación—por estos mismos representantes—en las diversas capitales de América, de oficinas de información sobre todo lo concerniente á cada país, con especialidad sobre todo aquello que pueda interesar á los mismos sur–americanos, con el objeto de procurar entre ellos relaciones industriales y comerciales.

Creación de Bibliotecas Americanas en todas las capitales, de manera que á todas ellas se envíen por los autores ó editores, las obras hispano–americanas, para lo cual los gobiernos deben convenir en la libre circulación de los libros destinados á ese objeto.

Formación de Asociaciones de la prensa hispano–americana, y si posible fuera, la reunión de un congreso de periodistas, para solicitar de los gobiernos la adopción de todas las medidas que conduzcan á establecer las más constantes y provechosas relaciones que ellos están llamados á cultivar y desarrollar.

Convenios telegráficos, cablegráficos y postales, en cuya virtud se hagan en América más baratas y fáciles las comunicaciones.

Creación ó fundación de Revistas costeadas por los respectivos Gobiernos, y destinadas en cada capital á la propaganda de la causa americana.

Envío frecuente de jóvenes de una á otra Nación, protegidos por los Gobiernos, ya destinados á las Universidades, á los Institutos, al Ejército, á la Marina, á las Escuelas de Agricultura, Minas, Ingeniería, etc.

Unificación de la Legislación en cuanto sea posible, sobre extranjería, respecto á los sur–americanos, y en los términos más liberales, sobre Aduanas, marcas de comercio, ejercicio de profesiones, etc., etc.

Creación de Museos comerciales americanos.

Propaganda en favor de los viajes de los sur–americanos distinguidos, por los países de América, especialmente de los escritores y estadistas.

En una palabra: laborar para cumplir con los hombres de nuestra raza el precepto Apostólico: *Aperire terras gentibus.*

Y no querer que se haga todo de una vez. Trabajar por cuantos medios encontremos, en sentido de que los pueblos y Gobiernos se acerquen unos á otros, con voluntad firme y levantados ideales. Si hay obstáculos en el camino, es menester tratar de removerlos. Olvido generoso de todo lo pasado, allí en donde no hubiera reinado paz familiar. Olvido de todas las ofensas, de todos los desvíos, y la más firme reconciliación de los hermanos, en presencia del hogar común amenazado.

POEMAS TRUNCOS

—

En su balcón los tiestos florecían.
Bien lo recuerdo. Eran claveles rojos.
Yo pasaba. Y oculta, me veían
tras las cortinas sus obscuros ojos.

—

¡Cuántas veces, allá en la callejuela,
oculto en los sarmientos de unas parras,
quise mirarla. Y sólo ví la abuela
con sus verdes y enormes antiparras.

—

Y en la mente bordando sueños vanos,
en una noche azul de primavera,
¡cuántas veces soñé besar sus manos,
y destrenzar su negra cabellera.

—

Y rondando la casa noche y día,
atisbaba los largos corredores . . .
Y sólo por la tarde la veía,
cuando regaba en el balcón, las flores.

—

Era un idilio en flor. Yo perfumaba
los años de mi dulce adolescencia,
con el primer aroma que volaba
del vaso juvenil de mi existencia.

—

Y siempre silenciosa y pensativa,
cuando pasaba yo por la calleja,
una mirada rápida y furtiva
me enviaba entre las flores de la reja.

—

Hacia sus labios pálidos y tersos,
románticos y lívidos corales,
volaron todos mis primeros versos,
como al maizal de oro los turpiales.

—

Siempre tímidos fueron mis amores.
Siempre la ví lejana y misteriosa.
La amaba cual la tierra ama las flores,
como el terrón obscuro ama la rosa.

—

¿Estás muerta? ¿Estás viva? ¿Qué misterio
cayó, como una sombra, en nuestra vida?
¿Moras en el rincón de un cementerio
bajo una cruz, en polvo convertida?

—

Y siempre muda, lánguida, discreta,
al yo cruzar la calle la veía . . .
Para ella, alguna vez, fuí yo poeta;
y ella fue para mí la poesía.

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

ÓPIMAS MIESES

—

La tierra herida parece gemir bajo la ancha hoja victoriosa que se hunde en su entraña. El arado se abre camino haciendo á un lado la maleza segada el día antes. En lo alto del carro de hierro va el conductor.

Atrás, siguiendo el surco, la mano ágil del sembrador arroja la semilla como una lluvia de oro. Se abre la mano y el grano de trigo cae para ser cubierto después por el humus fecundante.

Hay mucha luz en el aire. La atmósfera tiene una transparencia de cristal de roca. En los ojos de los labradores hay triunfo y alborozo. Cruzan cantando el himno de la vida bajo la gran gloria del sol. Son los altivos conquistadores, los soberbios heraldos del porvenir, que á su paso van dejando incubado el desierto.

La naturaleza habla entonces al alma del hombre. Hay cantos de esperanzas y de júbilos, que parecen descender de lo alto envueltos en ondas musicales de misterio; y el semblante de los trabajadores se ilumina adquiriendo tintes de aurora. Tienen la visión de la cosecha.

Ante sus miradas surge el campo florecido, la espiga abundante, fecundada por los rayos del gran luminoso que les dora la frente llenándoles el alma de calor y fuerzas nuevas.

Por eso la alegría les reboza en el rostro. El músculo enérgico y la paz interior revelada en sus fisonomías dicen que el cuerpo está sano y el alma contenta.

¡Eso es vida! Así puede desafiarse el porvenir sin temores y sin debilidades. No pueden tenerlas, ellos, los bravos y serenos luchadores que á su paso van dejando incubado el desierto. No pueden tenerlas los que aman la vida por la vida misma, por los encantos que ella tiene en sí, y que la tierra, buena y generosa madre, les ofrece devolviéndoles el germen hecho planta vigorosa en su vientre proficuo.

Llevan sol en el alma y por eso la amargura no nubla nunca las frentes de esos bravos y serenos luchadores, de anchos pechos y mirada libre, cuyas existencias se desenvuelven arrulladas por los cantos de la grande y fuerte, bella y sabia, amante y siempre joven y robusta Diosa.

La alegría tiene vida germinativa en sus corazones, donde se abre como en las ramas la flor.

La esperanza es, para ellos, la brega del día. Ella constituye el futuro.

El fruto de mañana podrá ser arrebatado por el torbellino. ¡Qué importa! ¡Quién piensa en eso! La semilla ha sido arrojada y el árbol, lozano y fuerte, volverá á erguirse desafiando las iras del cielo. La simiente no sucumbe, la raíz queda en tierra y el retoño suele brotar con más empuje, con más poderosa fuerza de expansión.

Eso puede leerse en los semblantes de los trabajadores que abren el surco y arrojan el grano de trigo como lluvia de oro sobre el tajo anhelante hecho en la tierra virgen.

ALBERTO GHIRALDO.

ANTHE.. — Por C. Zewy

EL ENCAJE

—

I

—¿Es verdad, mi señor, que la «Santa Ursula» se ha perdido completamente?

Maese Nicolás Fugger, conde de la Hanse, levantó la cabeza sobre su pupitre, en el que estaba extendido un ancho pergamino cubierto de cifras, y, acariciándose el labio inferior con la larga pluma de ganso, miró con fijeza á la importuna.

Era ella una mujer alta y esbelta, envuelta toda en el negro manto de las hijas de Flandes.

Era rubia, lo que se adivinaba por unos rizos rebeldes que se asomaban por el estrecho capuchón, y en la opaca palidez de su rostro, resplandecían dos ojazos inquietos, azules y profundos como el agua muerta de los canales de su país.

—¿Para qué quieres tú saberlo? ¿Qué te importa?

—¡Oh, mi señor, dígamelo usted por piedad.....!

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de súplica tan desesperada, que el viejo armador de Brujas se sintió conmovido hasta el fondo del alma.....

—¿Quién te lo dijo? preguntó con suavidad estudiada.

--Ha corrido la voz por la ciudad.....Unos hombres de Damme lo afirmaban delante del mercado, en la playa de los picapedreros.. ...y yo pensé venir aquí, para saber la verdad..... Dígamela usted, mi señor.....Dígame usted si es verdad lo que se dice!

—¿Hay, acaso, algún pariente tuyo entre los tripulantes?

—¡Gilliodts Hapken es mi novio!

—¡Ah! ¡pobre hija!

Maese Fugger se levantó y sostuvo entre sus brazos á la pobre joven, maldiciendo en su interior la conmiseración inoportuna que le había hecho descubrir la verdad.

Ahora, había que remediar el mal que acababa de hacer.

—Es verdad: La «Santa Ursula» debía hallarse en el puerto desde hace quince días..... Pero nada prueba que se haya perdido..... Una tormenta puede haberla alejado de ruta.....¿Qué son quince días de demora en un viaje de cuatro meses?.....¿Y por qué los hombres de Damme andan propagando por la ciudad una noticia falsa? ¡Les haré callar yo, por Dios! .... ¡Nadie tiene derecho de suponer que la «Santa Ursula» no deba volver más!

La joven se reanimó.

Escuchaba ansiosa, fijando en la cara del armador una mirada penetrante, como para leer en el fondo de su alma.

Pero maese Fugger quería acortar el coloquio. Volvió á su escritorio, sacó de un cajón unas monedas de oro, y las ofreció á la niña, diciéndole:

—Toma, mi hija .....¡Animo!

Rechazó ella la ofrenda.

—Gracias, dijo; no necesito nada .....Le agradeceré mucho cualquier noticia, mi señor, cuando usted la tenga.....

Y dijo su nombre, que maese Fugger apuntó en uno de sus pergaminos.

—Bárbara Winkel.....calle de los Curtidores, cerca de la playa del Rosario.

Luego, bajando sobre su frente el capuchón, se inclinó y salió.

II

Caminó ella en dirección al canal que corría á lo largo de los baluartes de la ciudad.

Era el crepúsculo de un pálido día de otoño. Blancos vapores flotaban, como velos impalpables, sobre la ciudad.....Por entre las torrecillas del suntuoso palacio de Nicolás Fugger, por encima de las chimeneas agudas de las casas, el campanario erguíase en el cielo gris, y, entre los vapores diáfanos, parecía verlo como en un ensueño.....

En la playa, se agolpaba la muchedumbre atareada de los mercaderes y marinos, y, por los canales, se cruzaban pintorescas embarcaciones de todos los países: barcos de Gante, galeones españoles, carabelas genovesas, galeras portuguesas, y hasta tartanas sirias y barbarescas.

Bárbara Winkel adelantaba, inconsciente, en medio de la muchedumbre apresurada. Tropezaba, de vez en cuando, en los cabos de los buques; peones cargados de mercancías la empujaban; algún marino, animado por el vino, le dirigía la palabra, riendo á carcajadas.

Caminaba ella, sin ver nada, sin oir nada. Sólo sentía, en su corazón agitado, el fúnebre eco de la piadosa exclamación que maese Fugger había dejado escapar.

Al llegar al puerto, se detuvo un momento; se sentó sobre un viejo cañón enterrado, al que estaban atadas algunas cuerdas de embarcaciones, y, dejando vagar, lejos por el mar, su triste mirada, pensó.....

Pensó, y muchos recuerdos se asomaron á su mente.....

¡Era aquel el lugar donde, ocho meses antes, Gilliodts la había besado por última vez... era aquel el lugar donde ella había intentado inútilmente, con un último esfuerzo, impedirle salir..... fué allí donde, mientras la «Santa Ursula» zarpaba, había oído el último saludo de Gilliodts!.....¡El saludo del marino erguido en la popa de su nave, el saludo que revelaba la más dulce esperanza, no era, pues, sino un extremo adiós!

Huérfanos ambos, Bárbara Winkel y Gilliodts Hapken, se amaron desde su infancia. ¡Eran, el uno para el otro, toda su familia!...

En aquella ciudad de Brujas, donde se acumulaban las riquezas del mundo entero, el que no fuese mercader, no podía ser sino marino.....

Gilliodts había preferido la libre vida del mar, á la angustiosa del comercio, y ya desde ocho años, viajaba para los Fugger, en una de las innumerables naves que llevaban á través del Océano el glorioso nombre de Flandes, tierra opulenta y laboriosa.

En la niebla del Norte, bajo el luminoso cielo de Oriente, por doquier lo había seguido la imagen de la adorada, y el pensamiento de la futura felicidad.

El año anterior, de vuelta de un largo viaje, Gilliodts había recibido de maese Fugger el «comando de la Santa Ursula,» robusta galera que debía ir á los puertos de Levante, para cambiar los productos de la industria flamenca, por pieles de Marruecos y Túnez, por especias de Egipto y Palestina, por telas de oro de Siria... ..

Y aunque la novia, agitada por tristes presentimientos, había hecho lo posible para impedírselo, Gilliodts había partido.

—Será éste mi último viaje, dijo. Te traeré cosas maravillosas: alhajas de oro y gruesas perlas, sedas y brocados soberbios; pues quiero que seas la más bella entre las novias.

Fué, pues, su último viaje.....¡el del que no se vuelve!

III

Bárbara Winkel había vuelto á la playa del Rosario.

Anochecía, y por el aire brumoso, las pequeñas campanas de la iglesia difundían un sonido lento, débil.....

Es la hora en que callan los ruidos de la ciudad.....la hora en que los mercados quedan desiertos, y todos, mercaderes y obreros, vuelven á sus hogares, donde las esposas y los hijos los esperan.

Bárbara piensa que ella no conocerá nunca los dulces gozos de la familia.....¡Ella es sola, y sola quedará para siempre!

Un único y frágil recuerdo le queda de su novio: una alga seca, una alga hermosísima que parece obra de un pacientísimo artífice, que él había recogido en la playa de un país lejano.....

La recibió hace dos meses, junto con la última carta de Gilliodts; se la trajo un marino que volvía de Oriente.....

Desde entonces la mira, la admira, la acaricia todos los días, en el blanco pergamino sobre el cual la ha extendido.

Mientras trabaja, á la luz del pequeño candil de cobre, el alga está allí, delante de ella; y le parece sentir un alivio mirando su color delicado y las innumerales y finas ramificaciones sinuosas.

No por eso deja de correr su aguja sobre la pesada tela de seda que tiene en su regazo .....

Pues es ella la costurera de más renombre de la ciudad, y sus blancas manos saben cubrir con maravillosos bordados los ricos trajes, gracias á los cuales, las mujeres de los buenos burgueses de Brujas parecen otras tantas reinas.

A veces se rompe el hilo entre sus dedos.... La tela abandonada cae al suelo, mientras el pensamiento vaga triste por países ignorados, hacia playas que el mar ha cubierto de cadáveres.....Entonces, la pequeña estancia se llena de suspiros y sollozos, y sobre el alga seca caen, á veces, amargas lágrimas, á veces, tiernos besos.....

IV

Transcurrieron días.....transcurrieron largas semanas.....

Nadie dudaba de que la «Santa Ursuia» se hubiera perdido!.. ...Maese Fugger había ya abandonado toda esperanza de volver á ver su hermosa galera, y Bárbara Winkel quedaba encerrada en su tristeza, ni quería más consuelo que mirar continuamente el último recuerdo de su amado. Pero ¡hasta aquel recuerdo iba á faltarle!

La fragilísima planta, tantas y tantas veces bañada en lágrimas, iba desmenuzándose poco á poco, bajo las caricias de sus labios, y sus delicadas fibras no habían tardado en convertirse en polvo!

Tuvo, entonces, la desconsolada, una suave inspiración, para conservar el precioso recuerdo.. ...

Pensó primero fijar las finas ramas sobre una tela, con el hilo de su aguja.....Luego, pensó copiar las formas vaporosas en los bordados conque cubría los trajes de las ricas burguesas de Brujas.

Poco á poco, la moda impuso el triunfo de aquel nuevo adorno.....

Doña Isabel de Portugal, esposa del excelentísimo y muy temido duque Felipe el Bueno, quiso tenerlo en sus trajes de gala, y toda la corte de Brujas siguió su ejemplo. Pero reproducir con un solo hilo las delgadas ramificaciones del alga, era trabajo largo y difícil. Bárbara Winkel, para proceder con más rapidez, pensó servirse de un cojín y de muchos hilos atados á pequeños husos de madera.

El resultado fué maravilloso.

La boga del «punto de Brujas» no tardó en trasponer los canales de la antigua ciudad flamenca, y llegar hasta países muy lejanos.....

Bárbara Winkel tuvo que rodearse de muchas discípulas que aprendieron de ella el manejo de los pequeños husos, los que muy pronto llenaron su casa, antes triste y silenciosa, con el alegre ruido y la vida del trabajo.

La obra inventada por su corazón, fué para ella alivio y consuelo.....

Fué así, de un dolor humano, como nació el arte divino del encaje.....

G. DE FAMARS.

CORO: Iglesia "San Gabriel". — Fotografía de Avril

EL LIBRO DE ACTUALIDAD

—

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

—

Desprendemos un capítulo de este nuevo libro. Hemos creído interesante unir al enérgico trabajo dirigido por Tolstoï contra la guerra, el trabajo en pro de la misma, presentado por Dostoïewski en su última obra: El Diario de un Escritor.

De este modo, nuestros lectores podrán pesar y comparar las opiniones,—contradictorias entre sí,—de estos dos grandes talentos, que se comparten la opinión pública de su país.

—

1.—EN CONTRA DE LA GUERRA

La obra horrible, la obra inicua, prosigue su camino. Continúa la violación, el pillaje, el asesinato, la violencia en todas sus formas; y sobre todo, continúa desnaturalizándose y haciéndose deforme, la doctrina religiosa, sea cristiana, sea búddhica.

El tsar,—el más responsable de todos,—continúa pasando revista á las tropas; continúa agradeciendo vanidades, recompensando, estimulando ineptitudes, y finalmente promulga el úkase, en el que se convocan las reservas.

Por su parte, y á la vez, sus fieles vasallos continúan deponiendo á los pies del «monarca venerado», sus bienes y su existencia, bien que en realidad, esto no sea más que en palabras. Porque en el hecho y en el fondo, no tienen otro propósito que distinguirse y hacerse los notables, al arrancar á los hombres de su trabajo, enviarlos al matadero y hacer huérfanas una porción de familias.

Y cuanto más mala es y peor va la situación de los Rusos, más se esfuerzan en mentir, sin átomo de vergüenza y pudor,—esos diaristas adocenados que transforman las derrotas en victorias, seguros como lo están de que no serán desmentidos; y sigue, y continúa el *humbug* en ese sentido, porque con tales medios se aumenta, en mucho, la venta de sus periódicos. Sabido es que cuanto más trabajo y dinero exige la guerra, tanto más se enriquecen las autoridades y esa multitud de acaparadores de negocios, como que nadie ignora que no puede haber denuncia posible, siendo cada uno, y todos, á la vez, cómplices en el pillaje, y copartícipes de él.

Los militares, instruidos en el arte de matar, gozan, y hacen de tan horrible situación, motivo de alegrías y satisfacciones personales.

El sacerdote cristiano se dirige á los hombres y los invita á cometer el más grande de los crímenes; y blasfema de Dios cuando, no sólo le pide preste su auxilio á la guerra, sino que en lugar de condenarlo, justifica y glorifica á aquél de sus correligionarios, que, con la cruz en las manos, ha lanzado á sus semejantes á la matanza, allá, sobre el punto mismo de las operaciones criminales.

Y no hay para qué engañarse, y suponer que en el Japón se proceda de diferente manera. Al contrario, en razón de sus victorias, los Nippones se precipitan con más ardimiento contra el enemigo, y se consideran felices en toda ocasión en que pueden cometer cuanto de más vil se hace en Europa.

El mikado no deja de pasar también sus revistas, promete sus recompensas y estimula las masas. Los generales realizan maravillas, imaginándose, que, habiendo aprendido el arte de matar, se han hecho seres civilizados. Pero el pobre pueblo trabajador, gime lo mismo aquí que allá, y aquí como allá se ve arrancado brutalmente á sus trabajos útiles, á la familia, cara.

En el Japón como en Rusia, los *plumarios* rivalizan forjando mentiras, y se complacen en la gruesa tirada de sus periódicos. Allá, como aquí,—pues do-

quiera se eleva el asesinato á la categoría de una acción brillante, todos los vicios deben florecer,—las autoridades y los agiotistas adquieren ilícita y muy indignamente dinero; y por último, los teólogos, que no tienen nada que envidiar á los Europeos en las supercherías hacia sus semejantes,—así como los militares en el arte de armarse,—desfiguran la alta doctrina bouddhica al tolerar, y hasta justificar, si se quiere, el asesinato, que Bouddha expresamente condenó.

El sabio bouddhico Soyen Shaku, que dirige ochocientos conventos, explica tal inconsecuencia, de este modo: Si bien es cierto que Bouddha ha prohibido el asesinato, también es que dijo: Que no estaría tranquilo mientras todos los seres vivos no se confundieran en un solo corazón amante y eterno. Hé ahí por qué, á fin de coordinar todas las cosas que están discordantes, es menester guerrear y matar.

Podría desde luego creerse, que ni la doctrina cristiana, ni la doctrina búddhica sobre la unidad del origen del espíritu humano, sobre la fraternidad, el amor, la compasión, la inviolabilidad de la existencia humana no han brillado nunca, jamás, puesto que rusos y japoneses, —no obstante estar iluminados por la luz de la verdad,—se desgarran entre sí como fieras bravías, y aún, peor que fieras, animados del único deseo de destruir el mayor número de vidas que fuere posible.

Millares y millares de desgraciados gimen, se tuercen y retuercen en medio de sufrimientos indecibles, (como se ve en las demografías hospitalarias); y mueren, preguntándose con estupor, por qué son víctimas, ellos, de esa obra horrible y maldita; á la vez que por centenas de millares, otras víctimas se pudren sobre la tierra, ó las barre y las sepulta el Océano, sin que hagamos cuenta que más numerosos son aún los padres, madres, las mujeres y los hijos que lloran, sin reparación, la pérdida de su sostén y de su amor.

Y esto, tan atroz, tan espantoso, no es todavía bastante: se preparan nuevas *carnicerías* y se ordenan nuevas víctimas, pues la principal preocupación de los jefes es la de que no falte la carne de cañón; y como esta preocupación ó cuidado, es tan constante de parte de los japoneses como de la de los rusos, todos los días se *despachan* como tres mil hombres para el teatro de la guerra. Lanzan y echan al río las *langostas*, incesantemente, para que los cuerpos en formación que van en pos de aquéllas, puedan pasar cómodamente sobre los cadáveres de los que forman el puente.

¿Cuándo, señor, terminará tal estado de cosas? ¿Cuándo llegará el día en que los hombres reflexionen, y digan á los que los engañan y sacrifican:

—Pero id vosotros, tsares y mikados crueles; ministros, obispos, sacerdotes, generales, periodistas, traficantes de toda especie, id vosotros, personalmente, á la lluvia de balas y obuses. Nosotros no queremos ser más tiempo, las víctimas elegidas para los trabajos y la muerte. No iremos más al martirio, al sacrificio, y os pedimos nos dejéis labrar nuestras tierras, y fabricar y construir en paz y tranquilidad. ¡Parásitos! nutrios y alimentaos por vuestros propios medios y esfuerzos.

¡Y qué natural y oportuno sería decirlo hoy, cuando sollozos sin número y lágrimas á torrentes brotan á millares entre madres, mujeres é hijos á quienes se les arrebata su apoyo, que constituye lo que se llama la reserva! Puesto que esos hombres,—la mayoría de los reservistas, —saben leer, no deben, ni pueden ignorar lo que es el Extremo-Oriente. Ellos saben que esta guerra se ha hecho, no para obtener una ventaja cualquiera necesaria al pueblo ruso, sino para adquirir territorios extranjeros, «tomados en arrendamiento» como ellos dicen, pero territorios en que convenía echar un ferrocarril, y arreglar el negocio con los agiotistas.

Esos hombres saben, ó pueden saber, que los degollarán, como se degüella á los carneros en el matadero, porque están los Japoneses provistos de elementos de destrucción más perfeccionados que los nuestros; porque estas mismas autoridades rusas que saben enviar á la muerte, no han sabido pensar á tiempo para armarse con los mismos aparatos destructores.

Y sabiéndolo, muy natural y profundamente justo sería decir:

—Id vosotros que habéis principiado esta guerra; id vosotros todos, á quienes es necesaria y que la encontráis muy precisa, id, ante las balas y las minas japonesas. Por lo que á nosotros respecta no iremos; porque no sólo no tenemos necesidad ni precisión de la guerra, sino que no podemos ni comprender á quién puede ser útil.

Pero, nada dicen, nada oponen. Y van, é irán y no podrán negarse á ir, en tanto teman mucho á lo que hace perder el cuerpo, y no á lo que hace perder á la vez, el alma y el cuerpo, que es doble tesoro.

—No es cierto que nos matan ó nos hieren sobre el campo de batalla donde nos llevan, se dicen ellos entre sí. Acaso podamos muy bien escapar, y antes más bien regresaremos como triunfadores y recompensados al igual de esos marinos que toda la Rusia festeja en estos momentos, porque se han salvado de los proyectiles japoneses. Y si por el contrario, nos negamos á obedecer, indudablemente que nos encarcelarán, seremos torturados por el hambre, apaleados, conducidos á presidio, y si se quiere, y sin fórmulas de juicio, pasados por las armas.

Y con tales razonamientos y desesperado el corazón, se desprenden, como arrancados, de una existencia amable; abandonan mujeres, abandonan hijos, y parten, como si partieran camino del sepulcro.

LEÓN TOLSTOY.

2º—EN PRO DE LA GUERRA

Nuestros *sabios* predican el amor de la humanidad....Lloran por la sangre que va á derramarse, y gimen, creyendo que esta guerra nos aproximará más á la bestia, y que en consecuencia, estamos volviendo las espaldas á una perfección ideal que soñaban ellos para todos nosotros.

Y ciertamente; la guerra es una gran calamidad; pero también es verdad, que en los razonamientos de nuestros sabios hay una gran parte de error. Por mi parte; creo que hay más altura moral en el hecho de sacrificar la vida por lo que se cree una cosa santa, que en todo el catecismo burgués...Y no se debe siempre preconizar la paz, porque no es en la paz á cualquier precio donde únicamente está el bien. En la guerra puede también encontrarse.

—Pero eso siempre es sangre....siempre sangre, repiten nuestros *sabios*.

Y nosotros decimos: esas son palabras, y nada más! Toda esa gente que tanto se duele de la humanidad, trafica cuanto puede con esa misma humanidad. Sin la guerra, veríamos, quizá, más sangre; porque, creedlo, en ciertos casos, ó mejor, en todos, (si no se trata de guerras civiles), la guerra es un proceso por el cual,—con un *minimum* de sangre vertida,—puede llegarse á la tranquilidad internacional.

Claro es que esto es muy triste; pero ¿qué se hace si así es?

Vale más desenvainar la espada una vez, que sufrir sin término. La paz prolongada hace al hombre más feroz que la guerra. Tal género de paz se puede comprar siempre, y es sabido que produce la atrofia intelectual. Fijémonos, además, que son los explotadores de la humanidad, los que se *engordan* los bolsillos durante una larga paz, y que por esto repiten, á diario, que la paz produce la riqueza. Pero, ¿qué riqueza? La de la décima parte de los hombres infestados por todos los vicios mórbidos que engendra esa riqueza. Semejante minoría trasmite sus gérmenes de corrupción á las otras nueve décimas partes de la humanidad; pero ni con mucho, ni por nada, las enriquecen....

Sí; para algo es útil la guerra: sí, es benéfica y fortifica la humanidad. Tal aserto parece vergonzoso si se piensa de modo especulativo ó teórico; pero en la práctica, se puede demostrar y hacer ver: que la paz, por más bella y fecunda que parezca, debilita, enerva las naciones.

No es de ninguna manera verdad que los combatientes se arrojen unos sobre otros, para matarse, y matarse, no más, ó á lo menos, no es esa su primera intención. Primero que nada: no se olvide que lo que ofrendan es su vida; y es eso, justamente, lo que antes que todo se ha de tener en cuenta, porque nada es tan bello como dar la vida para defender sus hermanos y la patria, ó por lo menos, los intereses de esa patria.

No puede la humanidad vivir sin generosas ideas, y es por eso por lo que ama la guerra.

Mas, esa generosidad desaparece, no existe en los períodos de larga paz. Entonces, sólo se ve indiferencia, cansancio ó fastidio.

Y la ciencia y el arte, ¿cuándo, cuándo florecen? Sin excepción, que en los primeros tiempos que siguen á una guerra. La guerra rejuvenece; la guerra todo lo refresca y rocía, y presta á los pensamientos nuevas y vigorosas fuerzas..... Después de una larga paz, el arte desciende al nivel más bajo. Oh! sí; ¡cómo es cierto que las ideas más bellas son las que se inspiran en las grandezas de la lucha....Hé ahí por qué la humanidad, al comprender que la guerra es un remedio, ama la guerra.

Y finalmente, la guerra ensancha y crece el espíritu de fraternidad que une

CORO: San Francisco y Calle Zamora. — Fotografía de Avril

los pueblos, porque los fuerza á estimarse mutuamente;—y así se demuestra que la fraternidad nace y se vincula en los campos de batalla. Es indudable,—como cualquiera puede observarlo,—que la guerra conduce menos á la maldad, que la paz.....Y si no, dígasenos: ¿hemos odiado nosotros á los Franceses é Ingleses, durante la guerra de Crimea? Ni con el pensamiento, siquiera;—y muy al contrario, fue entonces cuando se nos hicieron conocidos y amigos. Preocupábanos la opinión que pudieran tener ellos de nuestra bravura militar; y como agasajábamos á los que hacíamos prisioneros, y juntos empinábamos las copas, la fraternidad se entronizó y el espíritu caballeresco asentó reales magníficos y duraderos.

Por otra parte: que no nos vengan á hablar de las pérdidas materiales que resultan de una guerra internacional; porque todo el mundo sabe, y es constante, que tras de una guerra tal, por cruda que haya sido, todas las fuerzas renacen. Es como si una lluvia de tempestad hubiera fertilizado, refrescándola, una tierra dura y seca.

DOSTOÏEWSKI.

LA SALA DESIERTA

—

Su ventana está cerrada,
La ventana en que solía
Asomar su faz mi amada
Cuando la tarde moría.

Quiero mi mundo evocar,
Paraíso de quimeras....
Voy lo de adentro á observar
Al través de las vidrieras.

A la sala silenciosa
Dirijo, inquieto, la vista,
Y al ver que todo reposa
Mi corazón se contrista.

En medio á tanto mutismo,
Cómo su ausencia resalta....
Todo está, todo, lo mismo....
¡Ella solamente falta!

Ya truncada estás, historia!
Ensueños, ya sois hüidos!
Cuál llegan á mi memoria
Aromas de tiempos idos!

La silla que se halla al frente,
Muelle parece que aguarda
A la que lloro yo ausente,
Aquélla que tanto tarda.

En la tallada consola
Está abierta la novela
Que leía cuando sola
Pasaba la noche en vela;

Como en aquella doliente
Noche del último adiós,
Cuando besé su alba frente,
Cuando lloramos los dos....

Como en noches de agonía,
Noches de rayos y lluvia,
Cuando en las manos hundía
La hermosa cabeza rubia....

Un ramo casi deshecho
Mis ojos miran allí....
¡El que llevaba en el pecho
La última vez que la ví!....

Parece que ecos de danzas
Cruzan el salón desierto....
El libro de las romanzas
Está sobre el piano abierto;

Y como todo lo abrasa
El sol con sus resplandores,
En el patio de la casa
Secas estarán las flores.

En medio á tanto mutismo,
Cómo su ausencia resalta....
¡Todo está, todo, lo mismo....
Ella solamente falta!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

SOBRE LA PARVA

—

Lugar de la acción : una aldeílla murciana.

Personajes : *Feliciana*, hija de arrendadores, veinte años, blanca, fina, guapísima, de ojos negros y grandes. *Alfonso*, hacendado murciano, de modales distinguidos, joven. *Perete*, veintitrés años, huertano, jornalero. Gente del pueblo.

La escena en la huerta, en medio de una era de trillar. Es la media noche.

Feliciana y Alfonso forman grupo, semitendidos sobre la parva de la éra. Perete llega después. Los mozos, mozas y viejos forman otro grupo á cierta distancia del primero. Colocados en corro, sentados unos, en cuclillas otros, en pie los menos, tendidos los más, juegan á prendas, refieren historias viejas, hablan de la cosecha y discretean sobre noviajos.

FELICIANA (*á Alfonso, que tiene clavados los ojos en ella*).—¿Por qué me mira usted tanto?.....(*Pausa, Alfonso deja escapar un suspiro muy hondo.*) ¿Le pasa algo esta noche?.....

ALFONSO (*incorporándose hacia ella*).—Oye, Feliciana.

FELICIANA.—¿Qué?.....

ALFONSO (*aproximándose á su oído.*) Te miro tanto.....¡porque eres guapísima! (*Feliciana se turba y procura distraer la mirada. Media una larga pausa.*) Dime, Feliciana: ¿Te quiere mucho tu novio?.....

FELICIANA.—Sí.

ALFONSO.—¿Y tú á él?

FELICIANA.—También.....

ALFONSO.—Entonces.....entonces yo estoy aquí demás.

FELICIANA.—¡Señorito! No; usté está en lo suyo.

ALFONSO (*con amargura*).—¡Lo mío!..... ¡Pero qué es lo mío, Feliciana! ¿Estas tierras?.....¿Estos bancales que vosotros cultiváis?.....

FELICIANA.—¿Pero qué más quiere?..... Recoge usted buenas cosechas.....

ALFONSO.—¡Y lo mejor de ellas se lo lleva otro! Eso es lo que tú no has pensado.

FELICIANA (*con jovialidad*).—Bueno. Ya se ve que usted tiene ganas de broma. Lo mejor de las cosechas soy yo. ¿No?.....

ALFONSO.—¡Tú.....tú eres! Y mira: estoy pensando....pensando.....(*resueltamente*) ¿sabes lo que pienso?

FELICIANA (*saliéndole al paso*).—Sí.

ALFONSO.—Bien; mejor. Te lo explicaré, por si acaso. Pienso en que nadie, nadie tiene derecho á llevarse *lo mejor de mi cosecha*, y en que yo no debo seguir consintiendo eso.

FELICIANA.—¿Usté?.....

ALFONSO.—Verás. No te molestes. Ya sabes cuánto te quiero.....y al fin, para todo hay arreglo en este mundo. Hablemos seriamente, sin doble intención, con la verdad. (*Ligera pausa.*) Perete, tu novio, es quien se está aprovechando de lo mejor de mi cosecha. Yo no quiero mal á Perete ni deseo perjudicarle, pero.....

FELICIANA (*le interrumpe recelosa mirando á todos lados con temor*).—¡Por Dios, señorito!.....Si él estuviera oyendo.....No tardará en venir y... ..

ALFONSO.—Bueno. Déjame acabar.....Decía que no le quiero mal; pero como á tí te quiero muy bien, y estas dos cosas están reñidas, busco la manera de que todo se arregle sin perjuicio para nadie. ¿Qué le hace falta á Perete?.....

FELICIANA.—¡Tantas cosas le hacen falta! No tiene más que el jornal.....cuando trabaja.

ALFONSO.—¿Y viviría contento y alegre y satisfecho si tuviera de lo que yo tengo, bancales, casas y huertos?

FELICIANA.—¡Ya lo creo! En eso piensa siempre.

ALFONSO.—Pues ya los tiene.

FELICIANA.—¿Qué?.....

ALFONSO.—Digo que ya los tiene. Mírame bien. Contigo nunca hablo en broma. ¡Te quiero tanto, Feliciana! Digo que yo le daré bancales y huertos; que él será arrendador y se hará rico; que todo eso que él necesita es lo peor de mis haciendas, lo que yo no estime en nada, lo que no puede hacerme dichoso....

FELICIANA.—Pero.....

ALFONSO.—Y tú, Feliciana.....(*pausadamente al oído*) tú ¡para mí! (*Le coge la mano.*)

FELICIANA (*sofocada, temerosa*).—¡Señorito.....suelte.....no.....! ¡Si él nos viera!....

ALFONSO.—¡Y qué! ¡Si tú también me quieres!.....¡Que venga!.....Ya estoy deseando que lo sepa. Me resulta muy duro tener que disimular delante de él. Y se lo vas á decir tú.....

FELICIANA.—¡Yo!

ALFONSO.—O tu padre; lo mismo da. ¿No ganamos todos? El arreglo de este asunto es muy natural. Y Perete será feliz, porque va á tener lo que necesita: ¡tierra, tierra! El vive por la tierra y para la tierra. Tal vez tú no comprendas el resultado de estas cosas, pero tienen un fondo muy equitativo y humano. Es cuestión de sentimientos y causas para estimularlos. Mientras yo sé conmoverme admirándote; mientras puedo vivir de mirarte, de tenerte junto á mí, de respirar á tu lado, de hacerte gozar la vida plenamente, él.....él puede vivir de otro modo.....

FELICIANA (*rindiéndose sin esfuerzo*).—De otro modo.....¿Usté lo piensa así?

ALFONSO.—Como es, Feliciana; así lo pienso. Perete dedica á la tierra todos sus sentidos. Un bancal que haya él cultivado, un par de bueyes robustos y una garbera de trigo, despiertan sus mejores sentimientos y le hacen gozar. Y el bancal, y la garbera, y los bueyes influirán más en su vida que la mujer á quien busque para casarse. La mujer en casa de Perete será un mueble de poca estima. Ya ves el ejemplo en otras familias. Las mujeres viven sometidas á la esclavitud de la huerta. Se casan, y ya siempre se las ve sucias, abandonadas, estropeadas por el duro trabajo de la tierra. Os hacen trabajar, y trabajáis; os dan una carga injusta, y os sometéis resignadas.....

FELICIANA (*con cariño*).—¡Señorito!

ALFONSO.—¡No; no quiero, no quiero que tú corras la misma suerte!.....(*Insinuante, con ternura.*) Y además, por mí.....Hace ya tiempo que hallo muy triste mi casa de Murcia. La vida que mis rentas pueden proporcionarme, me cansa, me fatiga, me aburre, se me hace odiosa; falta allí algo, algo que lleve una alegría franca, natural, hermosa. Tú, tú misma. Por eso vengo á la huerta: por ti, ya lo sabes. (*Pausa.*)

FELICIANA (*emocionada*).—¡Pero y él, señorito?

ALFONSO.—Ya lo he dicho: para él, bancales y casas; lo que quiera. Tú, para mí..... ¡para mí solo, Feliciana!.....(*La estrecha el talle y la besa delicadamente en la boca. Ella se abandona.*)

FELICIANA.—Bueno.....sí.....por Dios..... Yo también le tengo á usté mucho querer..... sí.....

Detrás de un caballón aparece Perete, y se yergue ante ellos. Viene airado, resuelto, con el gesto contraído por la idea del crimen.

FELICIANA (*con espanto*).—¡El!

ALFONSO (*levantándose*).—¡Tú!.....Me alegro.....

PERETE (*esgrime una faca y la hunde en el costado de Alfonso*).—Yo no. A mí ná me alegra en este mundo: ni los bancales, ni las casas.....¡ni las mujeres tampoco, si son como ésta!.....

Alfonso exhala un quejido y se desploma sobre la parva; Feliciana un ¡ay! y se desmaya. Los otros huertanos, horrorizados, se agrupan alrededor de éstos.

VARIAS VOCES.—¡Perete! ¡Perete! ¡Alfonso! ¡Feliciana!

PERETE (*impasible y sombrío*).—Es que el señorito ha besao á Feliciana y ella ha besao al señorito. ¡Decían que pa mí casas y bancales! ¡Que con eso tenía bastante!.....Ya véis cómo no lo entienden.....

El padre de Feliciana se abraza á ella gimiendo. Los demás se alejan á la desbandada, atravesando plantíos. Resuenan alaridos de los que huyen, y ladran los perros de la huerta. Pasan los instantes; van perdiéndose las voces allá lejos, por las primeras casas de la aldea. Vuelve á reinar el augusto silencio de la noche. En la era, la paja se tiñe de sangre, y sólo se oye el gemir angustioso del padre de Feliciana, que la besa dulcemente para reanimarla. Las estrellas del cielo rielan con alegre intensidad sobre el agua bullidora de las acequias.

EMILIO NAVARRO.

PLENILUNIO

—

A Miguel Herrera Mendoza.

La tierra, astro deforme, lenta gira.
Y todo—de los seres á las cosas,
en un singulto de dolor aspira,
hacia divinas playas misteriosas.

—

Pulsa el viento en las cuerdas de una lira
invisible, canciones dolorosas . . .
Yo me asomo al balcón. Todo suspira.
En el jardín también gimen las rosas.

—

Todo llora en la tierra. Y cual ninguna
Sufres en tu prisión—pobre alma mía.—

—

Y ante el duelo infinito que presencio,
impasible al dolor, miré la luna . . .

—

La luna, en plenilunio, parecía,
una estrofa de luz y de silencio.

A. FERNANDEZ GARCIA.

ALBERT SAMAIN

—

A l'aube-tel un chant indolent de Sirène
Son vers a pris son vol plein d'un doux nonchaloir,
Et sur l'étang triste et glacé comme un miroir
Soupire lentement sa frêle cantilène.

On dirait qu'on entend une flûte d' ébène
D' une mélancolie intense et sans espoir;
Puis le roseau s' est tu; le jeune et beau silène
S' en est allé, vers l' au-delâ, parmi le soir....

Dans le jardin, qui se defait de sa couronne,
C'est le bal fou des feuilles mortes de l'automne
Quand la pénombre vient de son pas de velours.

Et la Princesse, en son rêve de rimes d'or,
Gravit les escaliers de marbre de sa tour,
Que nimbe au crépuscule un merveilleux décor.

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra—1902.

CORO: Palacio de Gobierno. — Fotografía de Avril

PROYECTOS EXTRAVAGANTES

—

ASTUCIA DE COCHERO

—

Tiracino, de pie cerca de un coche vacío, mira con atención el reloj alumbrado de la estación del ferrocarril del Sur Este.

¡Ah! Perro cochero que me dijo: «No se mueva de aquí que ya vuelvo. No es más que el tiempo preciso para satisfacer una necesidad....», y sin embargo, no da señales de vida, tan tarde como es ya!....¡Con qué ganas lo plantara yo, á él y á su coche, si fuera fácil, ó por lo menos posible, encontrar en la estación de Lyon, á las tres de la madrugada, un cochero que quiera llevarlo á úno á Levallois por cuarenticinco sueldos, el viaje! Sí, señor, ahí está *el quid*. Sería eso como hallar una *ave raris in terra*..... Desembarcado por el tren de la una y cincuenticinco, he sondeado hasta ahora más de treinta automedontes; y hábilmente,—nótese bien,—tratando de ejercer sobre ellos seducciones que podrían tomarse como irresistibles, les he dicho: A Levallois, señores! No hay más que diez minutos, escasos, y doy cinco sueldos de propina, al llegar.

Pero, ¡qué va! Todos me han visto como gallina que mira sal. Todos me han visto con....

UN PASAJERO, *á quien se le ha hecho tarde.* ¿Está usted desocupado?

TIRACINO, *ardiendo en ira.* ¡Anda! ¡Qué te nazcan plumas, imbécil!

EL PASAJERO.—Perdone usted.—*(Vase.)*

TIRACINO.—.....Con, decía yo, una asombrosa unanimidad. De modo que, desesperado....(Las tres y diez....y este maldito cochero que no aparece), me disponía á ir á tocar á la puerta de un hotel, cuando.....*(Al caballo, que se muestra impacientísimo....*¡tate!.....la casualidad me hizo, ¡voto al chápiro!... poner la mano.....¡caramba! no se estará quieto este bruto, *(sujeta al caballo por el bocado y prosigue su narración)*,... poner la mano sobre el titular de este coche, que aceptó llevarme con toda comodidad á Levallois, mediante cuarenticinco sueldos pagados al contado, bien entendido. «Y no se mueva.....»me dijo.

UU HARAPIENTO, *que pasa.*—No trasnoches, colega.

TIRACINO.—Si repites la frase, te suprimo de un punta-pie las posaderas. «No se mueva de aquí; ya vuelvo. Una necesidad muy corta que hay que satisfacer.» Yo consentí....Hace de eso como veinte minutos, y mi hombre no se ve. ¡Perro cochero!...Pero, ¿qué es lo que puede estar haciendo?....Voy á llegar á casa á una hora loca, insólita. *(Se pone á escudriñar en la oscuridad.)* ¡Como que es aquél que viene allá, allá? *(Pasado poco tiempo, llega el cochero.)* Vamos, es él; él mismo. *(Dirigiéndose al cochero.)* Indudablemente, amigo, que tiempo no le ha faltado. *(Y abriendo la portezuela del coche:)* Bueno, pues, á Levallois; al trote!

EL COCHERO.—Imposible, señor.

TIRACINO.—¡Cómo! ¿Imposible?

EL COCHERO.—Sí, porque yo voy para la cochera, calle de Lyon, en este mismo momento.

TIRACINO *estupefacto y exasperado.*—¿Y no pudo usted decirme eso mismo, un poco más antes?

EL COCHERO, *haciéndose el sencillo.*—No señor; porque en mi ausencia, ¿quién me habría cuidado mi coche?

GEORGES COURTELINE.

PELEA DE GALLOS

—

Nervioso, esbelto, la actitud apuesta,
Fino plumaje y tornasol golilla,
Altivo como un rey de horca y cuchilla
El noble gallo á combatir se apresta.

Llega el rival, y su arrogante cresta
—Que nunca el miedo en el combate humilla—
Orgulloso levanta; mientras brilla
Curva navaja entre sus patas puesta.

Míranse de hito en hito los campeones,
Y esgrimen con furor sus espolones
Hasta que alguno á su enemigo hiere;

Porque de pronto, en púrpura teñido,
A uno de ellos se ve, que, al fin vencido,
Vacila, canta, se desploma... y muere.

RAÚL ARMANDO ESTEVA.

CONFERENCIA SUGESTIVA

—

LA VEJEZ

—¡Hay que concluir con los *viejos!*... han gritado muchas veces, en estos últimos tiempos, gentes cultas que sentían la nostalgia de las costumbres salvajes de ciertas tribus orientales.

El grito lanzado en el Instituto Pasteur por el doctor Metchnikoffes, es más humano y más simpático:

—¡Hay que concluir con la *vejez!*...

Ese fué el tema de su conferencia interesante, cuyos comentarios preocupan profundamente en estos momentos á los hombres de ciencia.

Mr. Metchnikoffes afirma que la *vejez* es una *enfermedad*.

¿Cuál es su origen? El mismo doctor Metchnikoffes lo da á conocer. Es una enfermedad que tiene por causa la atrofia de los órganos, producida por las toxinas y los microbios infecciosos, que con el transcurso del tiempo se van acumulando en el intestino grueso.

—De esta suerte—es M. Metchnikoffes quien habla,—los pájaros, que casi no tienen intestino grueso, ofrecen rarísimos ejemplos de decrepitud, muchísimos menos que los mamíferos.

En apoyo de semejante tesis, el sabio conferenciante mostró á la consideración de sus oyentes el caso de un perro de diez y siete años que presentaba todas las señales de la ancianidad, y lo comparó con un papagayo que contaba setenta y cinco en su hoja de servicios y parecía un *muchacho*.

Los cuervos alcanzan edades inverosímiles.

El doctor Metchnikoffes no se contentó, en su conferencia, con diagnosticar el caso patológico que estudiaba.

—La vejez es una enfermedad, pero una enfermedad curable.....—exclamó, entre la alegría y el regocijo del numeroso público que le escuchaba.—Hay que concluir—añadió—con la ancianidad, con la decrepitud; el hombre, por muchos años que viva, debe vivir siempre joven.

¡Un paso más, y concluiremos también con la muerte!

La terapéutica para curar la vejez, ó, mejor dicho la higiene para evitarla, no es obra de romanos, según la autorizada opinión del hombre ilustre que desde lo alto de la cátedra del Instituto Pasteur ha abierto, ante los ojos de la humanidad asombrada, un horizonte hermoso, lleno de risueñas esperanzas.

Todo el problema consiste en conservar, durante la existencia, completamente limpio, libre de toxinas y de microbios infecciosos, el intestino grueso.

¡Los antisépticos han de resolver la cuestión!

¡El ideal de Fausto!

¡Ah! Pero los pesimistas envenenan todos los asuntos.

No faltan escritores, como Mr. Harduin, que llevados por un escepticismo sin límites, se encaran con el doctor Metchnikoffes para decirle:

—¡Desdichado!.....¿Qué vas á hacer de los hombres si suprimes la vejez? Gracias á ella se sube más de prisa por las escalas de la vida, y los jóvenes no tienen que esperar á que mueran los viejos para alcanzar los sitios que ellos ocupan. En el Ejército, en la Magistratura, en la Administración, en la Industria, en el Comercio, en la Literatura misma, quien logre un puésto se eternizará en él si su juventud es eterna.....Y los que vayan detrás, ¿qué harán?

Si Eugenio Scribe—añaden—hubiera sido siempre joven, hubiese continuado produciendo, y Sardou no habría encontrado teatro donde darse á conocer.

Metchnikoffes debe abandonar el empeño que tan simpático nos parece á los que peinamos canas; los que no se acuerdan del día de mañana, le gritan: *¡la nature fait bien ce qu'elle fait!*

JUAN DE BECON.

UNA LAMPARA ETERNA Y EL DESCUBRIMIENTO DEL RADIO

—

El *Giornale d'Italia*, trae el siguiente artículo, que creemos interesará á nuestros lectores, sobre la historia de una pretendida lámpara perpetua de la que se habló á mediados del siglo XVIII, y que, por algunas de sus propiedades, sobre todo, por la de producir luz y calor sin consumirse, presenta una analogía verdaderamente singular con la nueva substancia, hoy tan discutida.

Una de las figuras más características de aquella época fue, sin duda, Raimondo di Sangro, príncipe de San Severo.

Descendiente de ilustre familia, que probablemente tuvo su origen en el siglo X, nacido en 1710 y muerto en 1771, mostró desde muy joven una gran inclinación para el estudio en general. Gentilhombre de corte, muy querido por Carlos III de Borbón. Mecenas de literatos y artistas, fundó, puede decirse, aquella famosa capilla de San Severo, que ningún extranjero que haya estado en Nápoles, ha dejado de visitar, y que, sobre todo en materia de escultura, es una de las muestras más originales de las últimas exageraciones del «barocco»; también estudió ciencias militares, lenguas orientales é inventó, entre otras cosas, una especie de velocípedo marítimo; pero su vocación decidida eran la física y la química, en cuyo campo hizo infinidad de experimentos. Consiguió resultados verdaderamente sorprendentes para su tiempo, como la coloración de los fuegos pirotécnicos, de los mármoles, de los vidrios, de las piedras preciosas y la falsificación de éstas y la invención de unas curiosas telas impermeables. Tales y tantos fueron los experimentos por él realizados, que llegó á considerársele como brujo, y entre el pueblo todavía se cuenta su muerte diabólica, por haber intentado hacerse inmortal, haciéndose cortar en pedazos por un esclavo suyo, moro, y arreglar en un ataúd, de donde, cumplido un encantamiento debía salir vivo para siempre; pero el moro, traicionándolo y divulgando el secreto antes de tiempo, hizo ineficaz el encantamiento.

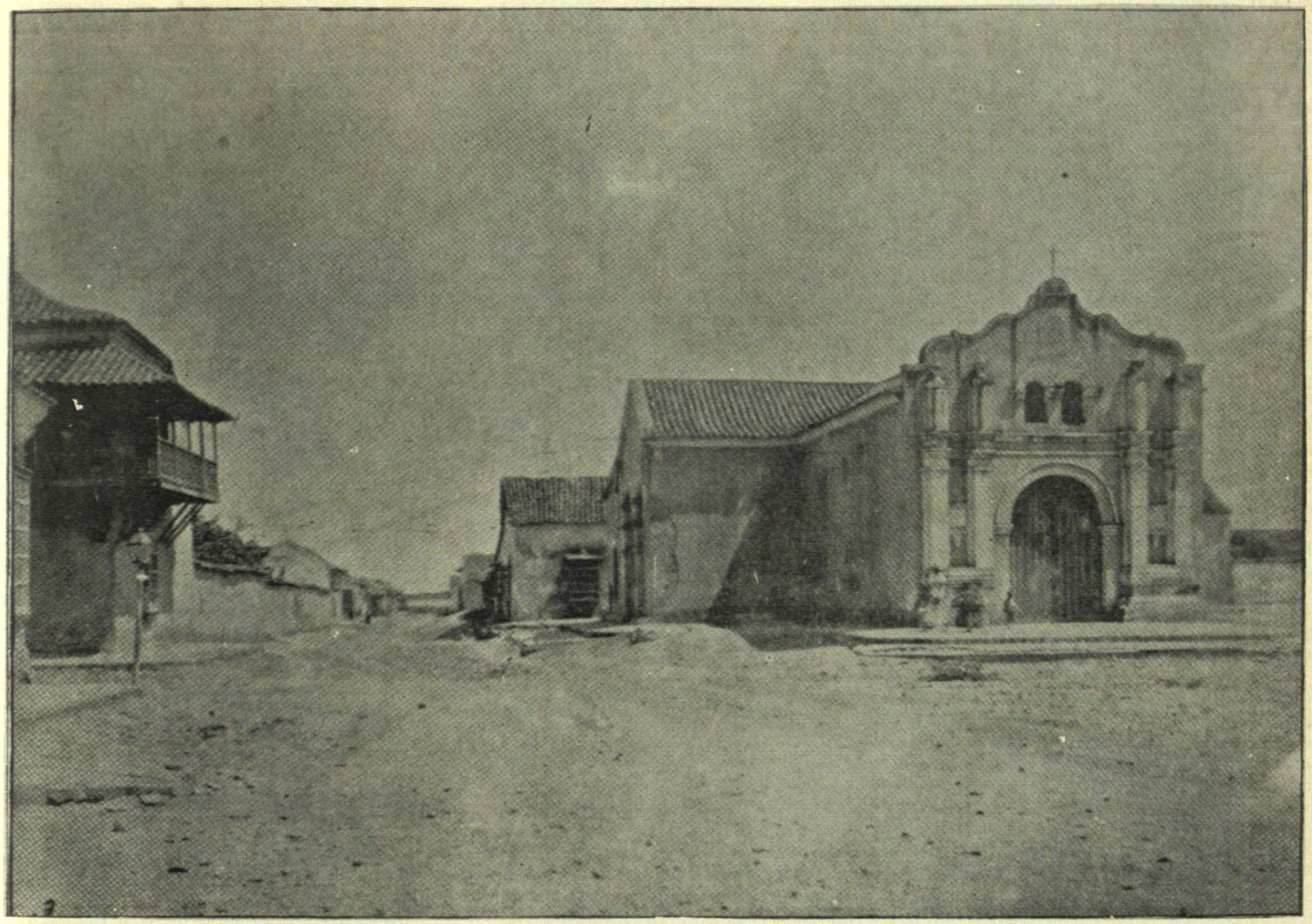
—

Pero, aun dejando al pueblo la leyenda, no deja de ser cierto que Raimondo di Sangro fue un físico y un químico de mérito no común. Fue precisamente haciendo unos experimentos químicos como descubrió la materia de su lámpara perpetua. El mismo escribió una monografía al respecto, publicada en dos partes distintas. La primera es un pequeño volumen en octavo, de noventa y dos páginas, titulado: *Lettres écrites par M. le Prince de S. Severe de Naples à Mons. l'abbé Nollet de l'Académie des sciences à Paris, contenant la relation d'une découverte qu'il a faite par le moyen de quelques experiences chimiques; et l'explication phisique de ses circonstances. Première partie... A Naples, chez Joseph Raimondi, avec approbation.* La segunda, escrita el año siguiente, pero impresa á los dos, es también un volumen octavo, de 141 páginas, titulado: *Dissertation sur une lampe antique, trouvée à Munich en l'année 1753, écrite par M. le Prince de S. Severe pour servir de suite à la première partie de ses lettres à Mons. l'abbé Nollet à Paris, sur une découverte qu'il a faite dans la chimie avec l'explication phisique de ses circonstances... A Naples, MDCCLVI, ches Morelli, avec approbation.*

Dicha monografía, muy rara hoy, es bastante curiosa, y, en su primera parte sobre todo, de agradabilísima lectura. Hay que notar que, de las siete cartas dirigidas al abad Nollet, que fue miembro de la Real Academia de París y maestro de Física del Delfino, las cuatro primeras ya habían sido dirigidas en italiano, por el autor, á su amigo el caballero Giovanni Giraldi, florentino, y publicadas en Florencia en las *Novelle Létterarie*, en 1758.

Empieza el autor por referir cómo, en noviembre de 1753, acercando una lámpara encendida á cierta materia que había preparado para un experimento, esta substancia se encendió, dando una linda llama amarillenta. Sorprendido por el hecho, dejó arder aquella materia durante seis horas; luego la apagó, sin poder conseguir encenderla de nuevo; pero pudo comprobar, con estupor, que nada absolutamente había disminuido su peso. Afortunadamente, tenía él dos tarritos más de aquella materia, semejante en apariencia á la manteca blanda en verano, y pudo encender otro, con tanta satisfacción, que quedó, durante varias horas, observando el curioso fenómeno *avec la complaisance d'un tendre amant, qui contemple le portrait de sa maîtresse;* y después, volvió de vez en cuando á mirarlo, pues - dice él mismo, - *je sentais dans mon cœur un mouvement secret qui me portait à toute heure vers ce nouvel objet de mes amours.* Se explica esto teniendo en cuenta que - según él cuenta - la lámpara milagrosa ardió desde fines de noviembre hasta principios de marzo, sin que la materia que la alimentaba, en nada disminuyese de peso. Refiere, luego, que la lámpara se apagó por un descuido suyo durante los experimentos, y resuelve emplear la poca substancia que le queda en construir dos lámparas destinadas á arder delante de la obra escultora de Sanmartino, el Cristo muerto, que se halla en su capilla, para que todos puedan admirar el maravilloso descubrimiento. No podía preparar nueva cantidad de aquella materia, pues habiéndola elaborado con fin completamente distinto, no había llevado cuenta del tiempo de cosión y del calor que necesitaba para adquirir todas sus propiedades.

Este es el contenido de las primeras cartas; en las últimas, el príncipe de San Severo, después de declarar que la materia que sirve de base para su composición, es extraída principalmente de los huesos del cráneo humano, pasa á discutir las objeciones que podrían hacérsele y á examinar los fenómenos y propiedades que presenta su lámpara, y que son:



CORO: "San Clemente," Templo erigido en el año de 1530. — Fotografía de Avril

no encenderse sino en una cantidad determinada; no consumirse ni disminuir de peso, aun produciendo, como toda llama, luz, humo y calor; no volverse á encender después de apagada; y el movimiento continuo de la llama, cuando su sostén no esté colocado perpendicularmente al suelo. Luego, en la segunda parte de la monografía, el príncipe, dando prueba de gran erudición y profundo conocimiento de la materia, habla de las pretendidas lámparas eternas de la antigüedad, discutiendo las opiniones y las hipótesis de los sabios de todo tiempo, para pasar después al caso particular de la lámpara hallada en Munich, y concluir declarando que la inventada por él es la mejor de todas.

Sin embargo, nadie vió nunca las dos lámparas arder delante del Cristo. Mientras tanto, aun la lámpara perpetua dió origen á otra leyenda sobre Raimondo di Sangro; además, y esto es extraño, nació esa leyenda durante su vida, y personas serias le prestaron fe. Origlia, que escribió en 1753 una buena *Historia dello studio di Napoli*, y se ocupó mucho de los experimentos del príncipe de San Severo, narra que, mientras éste un día estaba ocupado en la preparación de una lámpara perpetua con huesos de cráneo humano, habiendo, por inadvertencia de un ayudante, caído al suelo una parte de aquella substancia, se desarrolló de la misma un humo muy denso que, poco á poco, tomó la forma de un hombre desnudo, de mirada viva y aguda, que se alargó por el cielo raso, desvaneciéndose por fin, mientras un criado moría de miedo y otro huía sin que se le volviese á ver más.

—

Esta es la leyenda. Pero ¿en qué consistía la lámpara perpetua de Raimondo di Sangro? El profesor Palmiere, interrogado Settembrini, según escribe éste en sus *Lezioni di letteratura italiana*, sobre el valor científico de los descubrimientos del Príncipe de San Severo, aun reconociendo su extraordinario talento, declaró que la lámpara perpetua era, sin duda, una fábula ó un engaño.

Hoy que la luz eterna del radio llena al mundo de maravilla, el desmentido del ilustre físico napolitano parecerá tal vez demasiado absoluto: ¡quizá no hayan tenido los esposos Curie un precursor en el original príncipe del siglo XVIII! Es verdad que aquéllos han extraído la milagrosa substancia de un mineral, mientras éste decía haberla obtenido de los huesos del cráneo humano; pero, siendo él un espíritu bromista y gustando ser tenido por brujo, es también probable que se divirtiese en atribuir á la materia (que quién sabe cómo la había encontrado) un origen más apropiado para excitar la fantasía de sus crédulos contemporáneos.

FABIO COLONNA DI STIGLIANO.

EL ABUSO DE LA LECHE Y SUS VICTIMAS

—

En igualdad de circunstancias, la leche ha hecho en la generalidad de los enfermos tantas víctimas, como el abuso del alcohol ó del tabaco en la sociedad actual.—*Doctor* MEUNIER, (de Calais.)

—

La leche que hoy tomamos, no se parece en nada á la que vendían las lecherías hace ya como unos veinticinco ó treinta años. Si en otros tiempos se adulteraba generalmente con agua; si religiosamente se falsificaba de mil maneras y se le henchía con un mundo de microbios, á lo menos podíamos—en aquella época ya lejana,—consolarnos con la idea de que provenía dicha sustancia de una vaca natural, que iba á los campos, que vivía al aire libre y se alimentaba con hierbas de las sabanas y los bosques.

Pero no tenemos hoy ya semejante consuelo; porque la leche conque nos obsequiamos en la hora presente, nos las suministran vacas falsificadas, *vacas artificiales*.

¡Y que no se nos grite: ¡mentira! ¡Paradoja! La vaca artificial existe tan real y efectivamente, que todos pueden verla en carne y hueso en los establos higiénicos y científicos de la mayor parte de las «lecherías modelos.» Y luego, ahí están las estadísticas, para señalarnos de modo evidente su existencia, puesto que nos revelan un hecho positivamente extraordinario; es éste: hace veinte años, más ó menos, se ha duplicado, mejor dicho, triplicado el consumo de leche, en Francia, en tanto que el número de las vacas lecheras perma-

nece casi, casi estacionario. Ha sido, pues, necesario, indispensable, inventar la vaca artificial; porque respecto al lechero, halagado por los pedidos y las ventas, veía en esa materia, un punto de vida ó muerte. Y se inventó, en consecuencia, la vaca artificial.

La vaca artificial, la vaca falsificada es una de las más brillantes conquistas de la zootecnia moderna, ofreciéndonos dicha vaca, —de particular y notable, —la circunstancia de dar veinte, veinticinco y hasta treinta litros diarios de leche, en vez de seis á ocho que rinde la vaca normal. Para fabricar una vaca artificial, la fórmula es muy sencilla; y si parafraseamos lo que á este respecto nos dice M. Diffloth, fácil es resumir el secreto de la fabricación en estas cinco líneas.

Elíjase una vaca flamenca, holandesa, ó schwitz, que se halle acabada por gestaciones múltiples y que haya tenido seis ú ocho partos. Póngasele en un establo caliente y oscuro, y no se le deje salir al campo sino lo menos posible. Hágasele alimentar, sobre todo, con pulpas, desechos ó restos de la cebada que se emplea para hacer cerveza, y una especie de pastel ó torta, que no es más que el residuo de simientes ó frutas exprimidas que dan las fábricas de azúcar, las de aceite y las de destilación. Por supuesto, no hay que inquietarse, si, sometida á ese régimen, la vaca sufre de osteomalacia, si tiene enteritis, si se cubre de eczema, ó se vuelve hidrópica. Todo eso es preciso, para que pueda daros los treinta litros de leche que se necesitan.

Pregunta con mucha gracia el doctor Meunier: «¿Qué era antes indispensable para poder ser lechero? ¡Una vaca y un campo! Y hoy, ¿qué? Una vaca no más, y algunos ahorros para comprar el alimento consabido, con el que ella produzca en mantequilla y queso, el céntuplo de lo que hubiera costado!»

Si bien se fija uno, no puede menos que hallar todo un poema en esa nutrición de las vacas falsificadas; y como el doctor Meunier, que acabamos de citar, relatando sobre esto ciertos hechos que parecen increíbles, ha despertado gran parte del interés general, nos apresuramos, en la ocasión, á reproducir uno cualquiera de los párrafos que ha escrito:

«En ciertas lecherías, dice, alimentan las vacas de la misma manera que á los cerdos. No sólo se les da remolachas conservadas en varios silos, sino que también se les hace comer tortas de residuos, y cosas semejantes, provenientes de las destilaciones y otras empresas similares.

«Otros propietarios, menos escrupulosos todavía, mezclan con los brebajes, patatas averiadas, zanahorias y hasta pan, comprado á ínfimo precio, ya á los mendigos, ya á los desgraciados de las casas de beneficencia. Y sin embargo, tan diferentes productos mezclados con las aguas grasientas é inmundas de los cuarteles, constituye frecuentemente la alimentación común de las vacas y los cerdos.»

Pero digamos también con cabal justicia, que tal manera de proceder es la excepción. Lo que sí nos da casi la regla general, es el secuestro de las vacas en establos calientes, y el régimen de tortas industriales y desperdicios de las fábricas, por todo alimento. No seremos más largos en la divulgación de este punto, porque todo eso está descrito *in extenso* en los tratados de zootecnia y puéstolo en práctica la industria lechera; pero sí no podemos menos que preguntar: cuando una mujer que amamanta su hijo, se sujeta y reduce á una higiene severa y á un régimen alimenticio particular, ¿no se comprende bien lo que puede valer, y lo que contiene la leche industrial de las vacas científicamente falsificadas?

No llevo en mira aterrorizar á mis lectores á quienes les guste la leche, ó que críen sus hijos con biberón. Pero es cierto, con absoluta verdad, que la leche suministrada por esas vacas «industriales», es en la generalidad de los casos, mala, detestable, fatal, y esto, por decir lo menos.

Pocos meses hace, el doctor Daremberg comunicó á la Academia de Medicina haberse declarado en Niza, el día menos pensado, una epidemia de cólera infantil. Hiciéronse las pesquisas debidas; se buscó con el mayor interés el origen del mal, y una luminosa información vino á comprobar: que los niños atacados por la enfermedad, tomaban leche que provenía de vacas alimentadas con restos y desperdicios que compraban los propietarios de establos, en una fábrica de destilación.

Y téngase bien sabido que dista mucho este hecho de ser el exclusivo y único, puesto que, según la estadística que á la vista tenemos, publicada recientemente por el doctor Demme, los niños que se crían con leche industrial, se desarrollan más mal y mueren en mayor número, que los que se crían de cualquier otro modo, aunque no sea éste el método perfecto.

II

Lo que agrava singularmente este estado de cosas, es la desaparición progresiva é inevitable de las lecherías urbanas y sub-urbanas, que sucumben una á una absorbidas por la grande industria lechera, á la cual debemos lo que en términos técnicos se llama: *leche de rebusca*; (*lait de ramassage*).

Y en efecto; la que se bebe en París, así como en los demás centros urbanos, es una leche recogida ó rebuscada á cincuenta leguas á la redonda, lo cual se efectúa de la manera siguiente: Se establece en el campo una «lechería modelo», próxima al ferrocarril. Dicha lechería es el centro de donde parten diariamente, ó dos veces por día, varios coches encargados de buscar y recoger la leche que haya en las quintas de los alrededores. Por de contado, que en repetidas ocasiones no sólo da el dueño la leche de sus vacas, sino también, la que ha podido conseguir y recoger entre sus vecinos. Recogida la leche de esa manera, pasa por las manos de muchos intermediarios, sin contar que hay que trasegarla multitud de veces antes de echarla en los envases propios en que se ha de dirigir por los wagones á París.

Y después de manifiestas tan patentes verdades, ¿habríamos de agregar la muy importante de que todas estas manipulaciones y tánto trasegar la leche, elevan al céntuplo los millones y millares de microbios que hay en ella?

Contra los microbios que pululan en la leche recolectada ó recogida, tenemos la esterilización; y no se puede negar, que la mayor parte de las lecherías á que hemos hecho referencia, se han instalado para servir al público una excelente leche esterilizada. No obstante, si el calor que necesita la esterilización mata los microbios, hace así mismo otra cosa: destruye los fermentos digestivos que existen en la leche pura; modifica profundamente las sustancias albuminóideas, y de un alimento vivo y vivificante, hace una sustancia alimenticia química, desprovista de vida.

En la gran generalidad de los casos, los niños digieren convenientemente este alimento muerto, se conservan bien, y aun se desarrollan con mucha regularidad y prontitud. Pero hay otros, —felizmente muy contados, —en los que produce la leche esterilizada una enfermedad grave, que se cura cuando el médico la reconoce, pero la que mataría como otra cualquiera, si se continúa dando al niño su leche esterilizada.

El doctor Barlow nos ha descrito hace ya años esa enfermedad, que es una especie de escorbuto, pero de diagnóstico tan complicado y difícil, que hoy por hoy es la pesadilla de los médicos. Pido al lector un momento de atención para decir cómo es el proceso, por lo común, que se ve en esta enfermedad.

Un bebé criado con leche esterilizada, según todas las reglas del arte y los mimos del hogar, se pone chillón, gruñón, caprichoso, y da gritos cuando lo tocan ó toman en los brazos. Se llama al médico, quien, al examinar el enfermito, encuéntrale una pierna ó un brazo, ó los dos á un tiempo, paralíticos y excesivamente doloridos. ¿De dónde viene esta parálisis? El niño está grande, está gordo; su estado de nutrición no deja nada que desear, como que se ha alimentado con leche esterilizada, alimento, como se sabe, á cubierto de microbios, ó mejor, exento de ellos. Juzga el médico, que si el niñito sufre de aquella pierna, siente en ella dolores fuertes, etc., y no puede moverla, es porque se halla bajo los punzantes ataques de reumatismo, los que habrán de ceder prontamente con una solución de salicilato de soda.

Prescribe, en seguida, la solución; pero el salicilato de soda no hace bien ninguno, absolutamente ninguno, y el estado del pobre enfermito es cada vez más alarmante. Se enflaquece; no quiere ni pide el biberón. No puede moverse; á ojos vistas se va acabando, y grita y llora más que nunca cuando se acercan á su cama.

En éstas y en aquéllas, recurre la familia á un cirujano para que entre en ayuda ó colaboración del médico; y aquél declara, que la parálisis dolorosa proviene del mal de Pott ó de una coxalgia, y á renglón seguido somete al infeliz bebé á un aparato, y esto, en el caso muy probable de que no le haga una operación. Y van así las cosas, de mal á peor, hasta el día en que la familia tiene la fortuna de dar con un médico que domine el terreno que pisa, quiero decir, que conozca la enfermedad descrita por el doctor Barlow; y como sabe que dolores, parálisis, hemorragia de las encías, y otras, las produce en el niño la leche esterilizada, ordena en el momento suspender esa leche, y dar al enfermo leche de cabra ó de vaca, pero pura, legumbres frescas, carne picada, jugo de naranjas, en suma y para ser breve, prescribe alimentos *vivos*. Y, ¿cuál es el resultado de ese régimen? Que ocho ó quince días después, el rorro está alegre como una gaita; y tanto de su parálisis como de aquellos sus dolores, no quedan ni vestigios. La vuelta á la salud se ve como una verdadera resurrección, y al médico, sagaz y previsor, se le considera como un dios.

A pesar de todo lo que hasta aquí he demostrado, cúmpleme también decir: que debe tenerse en la lista de excepciones esos accidentes provocados por la leche esterilizada, así como que sus víctimas constituyen una minoría ínfima entre los mamones criados con biberón. Más todavía: podría asegurar que, en los momentos actuales, ninguna leche puede compararse con la esterilizada para los niños que no han bebido la vida en las fuentes maternales.

III

Por fortuna, la grande industria lechera no cubre aún con su red, la Francia entera. En muchos campos se llevan todavía las vacas á pastar al aire libre; y ciudades hay, y aldeas también, en que se encuentra leche natural. esto es, verdadera leche. Pero esa leche natural y pura, de las mejores condiciones, ¿puede beberse sin reparo? O más bien: ¿existe algún peligro en tomarla, y hacérsela tomar á los niños, en demasía?

Para poder contestar la pregunta, importa antes de todo, hacer notar un verdadero error que hay en el concepto popular, y error en que incurren hoy y han incurrido desde muy atrás, gran número de médicos.

Hélo aquí: Porque la leche sea un líquido, y como tal, colarse ó introducirse fácilmente, no se ha establecido jamás con claridad y precisión, si debe considerársele como una *bebida*, ó como un *alimento*. Sabe todo el mundo, que en los primeros ocho ó diez meses de la vida, un niño se nutre y provee á las necesidades de un rápido crecimiento, con medio litro, y más tarde, con tres cuartos de litro de leche por día; así como no se ignora, que dos litros de leche constituyen una ración alimenticia sufi-

ciente para un adulto. Todo el mundo sabe esto; y sin embargo, todo el mundo procede, hace y deshace como si la leche no fuera un alimento sino una bebida anodina, una bebida refrigerante.

No citaré sino un hecho, pero el cual prueba que esa manera de pensar y proceder existe real y positivamente.

Hace algunos años ya que médicos y periodistas pusiéronse de acuerdo para gritarnos á los cuatro vientos, que comemos demasiado; que debemos adoptar el régimen vegetariano, porque la carne,—que es comida ó alimento del que siempre abusamos,—nos trae la gota y el reumatismo, la arterio-esclerosis y la nefritis, la dispepsia, eczemas y mil otras enfermedades semejantes. Pero, yo pregunto: ¿Y la leche? Por más líquido que sea, contiene sustancias albuminoideas múltiples, grasas y hasta azúcar y sales minerales. Si penetrado, pues, el público, de las ventajas de la vida sobria, tuviera, á lo menos, la intuición de que la leche es en resumen carne líquida, carne diluida, ¿la tomaría con exageración, (como lo hace), y la tomaría con cualquier motivo, y en la generalidad de las veces, sin motivo ninguno?

Fácil es creer que no.

Disipemos en esta ocasión, por todas, el error conque tanto ha ganado la leche, y digamos claramente: que no es la leche lo que cree una multitud de gente ignara y vana,—una bebida. No; es muy al contrario, un alimento; y no como se quiera, sino alimento completo, el tipo de los alimentos. Y si esto es así, como lo es; si esta noción de la leche-alimento se arraiga bien en nuestro espíritu, no es difícil darse cuenta, que si se abusa de la leche, puede este abuso comprometer la salud.

Es en los niños principalmente entre quienes se reclutan las víctimas de la leche; y gran número de nuestros lectores podrán, á no dudarlo, salir garantes de la exactitud perfecta de esta pequeña pero importante historieta:

Al niñito criado con tetero bajo la dirección del médico, que vigilaba no lo atiborraran de leche, lo destetan al fin. Dánle huevos, potecas de guisantes, sopas, y carne picada ó desmenuzada. Pero también, es menester que el chico beba, y sus padres no conocen más que una bebida: la leche. Si tiene sed después que ha tomado la papilla, se le da leche; si á mitad de comida siente aún sed, dásele otra vez leche; y con seguridad que para la noche le guardan su buena taza de leche. Pero, cuanta más leche bebe el niño, más sed tiene; y es así como se ve, que una criaturita de dos ó tres años pueda ingurgitarse,—considerándola como *bebida*,—un litro, y litro y medio de leche, por día, entre comida y comida.

Este niño, de ese modo alimentado, se encuentra en la misma situación de un adulto al que los excesos de la mesa conducen, como ya hemos visto, á la bradipepsia, de la bradipepsia á la dispepsia, y de la dispepsia á la lienteria, como diría Molière. De hecho, *supra* alimentado el angelito, es un dispéptico más, víctima del culto que tributamos á la leche.

Vésele siempre grande, gordo, alegre, rosadito, con todas las gratas apariencias de la salud; pero sinembargo, tiene sucia la lengua, regüeldos frecuentes, gases, y quizá, crecido un poco el vientre. No obstante, nadie pára mientes en ese estado, hasta que el día menos creíble, se despierta el muchachito con una eczema, ó un prurigo, ó cualquiera otra dermatosis del mismo carácter, y fuerza es llevarlo á un especialista dermatólogo. Sabe muy bien el doctor, que el mejor tratamiento para las afecciones cutáneas, es un régimen alimenticio conveniente; y al inquirir cómo lo han criado, y saber que ha comido tortilla de patatas ó habichüelas tiernas, suprímelo todo en el acto, y pone el niño á leche, y no más que á leche. Por más que se varíen entonces las pomadas, las lociones, los polvos y los tópicos, el mal progresa, aumenta, mientras no llega un facultativo que ha oído hablar de los daños que causa la leche, y permite al niño comer de todo, y no sólo tomar como única bebida, agua destilada, sino agregarle un poco de vino tinto, si no le desagrada.

Un pacífico—en el Extremo Oriente

Y á veces estos males se presentan con aspecto mucho peor. Por muy alegre y rosadito que esté; por grande y gordo que lo veamos, una enteritis aguda ataca á nuestro pequeño dispéctico. Inmediatamente suprime el médico las torticas de papas y las habichuelas; y otra vez, volvemos á tener al niño puesto á leche. Si esto acontece en los meses estivales con sus calores, ó si la leche no es de primera calidad, vendrán bruscamente para la víctima infeliz de las preocupaciones, síntomas de la mayor gravedad, (que el doctor Hutinel ha detallado de manera que asombra), conocidos con el nombre de *cólera seco*. Sube mucho la fiebre; preséntanse las convulsiones, hínchase el vientre, y el enfermito muere á las veinticuatro horas, arrebatado por una verdadera intoxicación que hiere el cerebro y ataca las meninges.

No siempre trae la leche la eczema, ni termina el abuso que de ella se haga, por el cólera seco. Nuestro minúsculo dispectico crece, y lleva como Dios lo ayuda, su dispepsia. Tiene períodos alternativos de buen pasar en la salud, con otros en que lo mortifican diarreas y constipaciones intestinales. Sufre con frecuencia dolores de cabeza, y con no menos, jaquecas y accesos de asma; y sin que se nos tache de exagerados podemos asegurar, que es un artrítico en ciernes, cuya constitución se manifestará más tarde por la diabetes, cálculos hepáticos ó el mal de piedra.

No nos cansamos de repetir que los niños que toman leche sin tasa y medida, pueden caer enfermos de mil maneras, que, por fortuna, ya los médicos empiezan á conocer, á precaver y curar. Nos abstenemos, por consiguiente, de enumerarlas aquí, y sólo agregaremos: que las víctimas que hace la leche son numerosas, mucho más, muchísimo más de lo que generalmente se cree. ¿Qué explicación puede darse á esto? Una sola y muy sencilla: Que por lo común, el público, y un número muy considerable de médicos no comprenden, ó aparentan no comprender, que la leche no es una bebida, sino un alimento, del que no se puede abusar.

IV

Aun entre las personas adultas, la leche no deja de contar sus víctimas, sus desventurados enfermos.

Cuando, —hace ya algunos años—los médicos declararon la guerra al vino, á la cerveza, á la sidra, viéronse multitud de familias en quienes se acostumbraba poner, en el almuerzo y la comida, delante de cada comensal ó convidado, un frasco de leche. Como el agua es insípida, y el agua mineral llamada de mesa no es del gusto de todo el mundo, no se encontró nada mejor, (á menudo con la aprobación del práctico), que reemplazar las bebidas fermentadas con la leche. Y sin exagerar nada en este punto, cabe decir, que mucha gen-

te que se horrorizaría de comerse una alita de pollo además de su porción alimenticia científicamente prescrita, encuentra muy natural introducirse en el estómago, uno ó dos litros de leche todos los días, es decir, el equivalente de un buen beefsteak ó de una respetable tajada de roastbeef.

Es precisamente en esta categoría de gente bien intencionada,—de esa que se asombra de lo que ella llama excesos de la mesa,—en la que debe figurar el señor, que, cuando va al café, no toma sino leche.

No le habléis de cerveza, que está alcoholizada, ó quizá, salicilada, ni de una copita de brandy, que es un veneno: la única *bebida* que admite, es la leche. Y no se da ni la pena de inquirir, de dónde sale esa leche que durante varias horas ha estado hirviendo á fuego lento en la trastienda, junto á una vajilla sucia y grasosa; nada: es leche y eso basta.

Quizá no ha digerido todavía el estómago, los alimentos, inclusive la leche de la anterior comida, y ya se le exige que sobrecargue la digestión con un suplemento de caseína, que es algo muy superior á sus fuerzas. Mas, ese mismo señor que tanto gusta de la leche, no se preocupa en nada ni por nada de la higiene. Motivo por el cual es muy debido, que ese amor irreflexivo por la leche lo conduzca rectamente á la dispepsia, producida, ó mejor dicho, buscada por quien, como él, carga de más su estómago, y se da una alimentación perjudicial.

Y no es esto lo peor, sino que, si para esa dispepsia que principia va á consultar al doctor, es seguro que de nueve veces sobre diez, lo somete al régimen lácteo; porque el catecismo médico considera la leche como un «alimento y medicamento á un mismo tiempo.» No le hará mal la leche al enfermo, y acaso, pueda hacerle bien, si su dispepsia es ácida. Pero si por su desgracia, si de lo que sufre es de apepsia, como diría Molière, ó de hipopepsia, para emplear la terminología moderna; si para hablar como habla todo el mundo, digiere mal porque su jugo gástrico es poco activo y no tiene bastante ácido, entonces es indudable que su dispepsia se agravará, ó por lo menos, será de curación muy dilatada.

Ya hemos visto lo que puede causar la leche cuando se da á los niños que se hallan padeciendo de diarrea; y sin embargo, nada es más corriente que someterlos al régimen lácteo, con el dictamen del médico, ó sin él, tan pronto como se nota cualquier desarreglo intestinal.

Y hanse criado y educado los médicos en tan apasionado culto de la leche, que es para ellos como «mano de santo» para todos los enfermos, y, «ungüento de la Magdalena» que cura todas las enfermedades.

Y si no, dígasenos, ¿cuál es el acceso febril en que el enfermo no quede en el acto sometido á leche, «alimento y medicamento á la vez?» Con la circunstancia agravante que si el paciente no quiere leche; si no la soporta, da lo mismo, porque el práctico hallará en sus libros dos mil y una fórmulas, para que el enfermo acepte el líquido que detesta, olvidando lastimosamente el galeno, que el célebre fisiólogo Pavloff ha demostrado,—y sobre esto hablamos á nuestros lectores hace dos años,—que un alimento que se haya tomado, no sólo con disgusto sino sencillamente sin placer, permanece por horas enteras en el estómago antes de ser digerido, y aún no lo es jamás completamente.

Bien comprenderá cualquiera, después de lo dicho, lo que es en esas condiciones la nutrición de un enfermo reducido por semanas, y hasta por meses, á una leche que no digiere.

Hay todavía una razón más para que, enfermos, ó buenos y sanos, seamos víctimas de la leche. La razón es que nosotros, (los que estamos fuera de la lactancia), no sabemos beber la leche.

El niñito que crían á los pechos, ó con biberón, no se bebe la leche: *la mama*. Desde luego, la leche penetra en su estómago por pequeñísimas cantidades, puesto que el bebé gasta un cuarto de hora, ó veinte minutos para tomar el contenido del tetero. La succión que caracteriza el acto de mamar trae la saliva, y los fermentos digestivos que en ella se encuentran, atacan al punto cada trago de leche antes de que pase al estómago. No hay dificultad en comprender que este primer trabajo de digestión, ayuda de manera poderosa el jugo gástrico, el cual obra con tanta mayor facilidad, cuanto que la leche, al penetrar por pequeñitas cantidades, se coagula en copos menudos. Por todos estos motivos, la leche que el niño *mama*, se digiere fácilmente.

Pero nosotros, ¿quién no lo sabe?, nosotros no mamamos la leche; nos la bebemos, y entra en nuestro estómago sin amalgamarse con la saliva, ni más ni menos, que si la hubiéramos vertido en él con un embudo. Tomada de esta manera, no se coagula en copos menudos, sino forma una masa compacta en que solamente la superficie es la atacada y transformada, de modo eficaz, por el jugo gástrico. Así, pasa incompletamente digerida al intestino, á contentamiento de los microbios peptonizantes, proteolíticos etc., que, con la caseína coagulada, no dejan de fabricar una multitud de venenos más ó menos químicos, en los que los ácidos *conjugados*, *indol*, *scatol*, *amoníaco*, y otros, ocupan digna representación. Si nuestro hígado, si nuestros riñones funcionan con regularidad, tales venenos se eliminarán, se transformarán, y el mal no será muy grande. Mas, lo será, ó podrá ser, el día en que, cansado el hígado, fatigados los riñones, no desempeñen bien sus funciones; y entonces se verá, que á partir de ese instante, se desprende toda una serie de novedades que presenta la intoxicación lenta del organismo por los venenos formados en el intestino.

¡Y cómo pensar, y, cómo creer, que entre diez veces, nueve, tales novedades y tales males, tratarán de combatirse con.....la leche!.....

V

Así estudiada la materia, se encontrará justificado el epígrafe que hemos puesto al frente de este artículo: en igualdad de proporciones, la leche ha ocasionado tantas víctimas, como el alcohol ó el tabaco. Y los que pudieren creer que es sólo una opinión aislada del doctor Meunier, la verían corroborada por la del doctor Guinón, que ha dicho en una publicación hecha en estos días: «Que el *abuso de la leche* acarrea perturbaciones de tal gravedad, que apenas podríamos creerlas, si no las observásemos nosotros mismos.»

Deseamos que nuestros lectores se persuadan que no levantamos nuestra protesta contra la leche, sino contra el abuso que de ella se hace. Para precisar mejor nuestra manera de pensar, diremos en dos palabras: Que la leche es un *alimento* excelente, de primer orden, que puede y debe figurar en nuestra mesa al lado del jigote, (pierna de carnero), del roastbeeff, de las legumbres y ensaladas. Pero también es menester penetrarse bien de esta idea: Que como es la leche un alimento albuminoideo, y de manera ninguna, una bebida higiénica y refrigerante, no se debe tomarla con exceso so pena de exponerse á todas las consecuencias de una alimentación excesiva.

Hé aquí por lo que,—y ésta es nuestra última palabra:—Quisiéramos que en todos los comedores se fijara un cartel con letras de oro, que dijera: NO SE DEBE ABUSAR DE LA LECHE.

DOCTOR R. ROMME.

SUELTOS EDITORIALES

DON CARLOS PUMAR

† en Caracas, el 22 de octubre de 1904.

Una familia honorable, una sociedad distinguida, la prensa, el gremio del trabajo, y la Patria, llevan luto en estos días por la muerte de un padre todo consagración y solicitud, de un jefe de hogar respetable y respetado, de un periodista todo honradez, de un hombre de labor constante y digna y de un ciudadano que, con su actitud en el cumplimiento de sus deberes y en el ejercicio de sus derechos, no produjo jamás sonrojos á la faz de la República.

Una larga y buena amistad nos unió á aquel hombre por más de un título venerable en sus días. Infatigable trabajador, no abandonó el tesón y la labor sino cuando la naturaleza misma le negó ya el vigor, y cuando la lucha sin término y sin premio digno del esfuerzo, le hizo triste y le hirió en el ánimo.

Queda detrás de sí la perpetua credencial de una vida ilustrada por puras acciones de alteza humana, y el ejemplo de una consagración sin desmayos y sin quejas á las imposiciones de su deber como padre y como ciudadano.

Nuestro dolor es íntimo y sincero ante esta huesa que la fatalidad acaba de abrir y con el que acompañamos de todo corazón á la familia Pumar.

OBRA NUEVA

Tenemos que agradecer á nuestro apreciado amigo el señor Emilio J. Maury, Director de la Academia de Bellas Artes, el envío de un reciente libro de literatura: *Obras literarias del doctor don Manuel Fombona Palacio*.

Estas obras están constituidas por los discursos, los artículos en prosa y las poesías del señor Fombona Palacio, á quien siempre llorarán la sociedad, la Patria y las letras.

El libro ha sido editado merced á los cuidados del señor don Ramón Tello Mendoza, actual Gobernador de la Parte Occidental del Distrito Federal, y hombre público que se ha distinguido por sns patrióticos sentimientos en favor de las glorias intelectuales de Venezuela. El bien lo da á conocer en esta ocasión y en la atenta y gallarda dedicatoria que del libro hace á la señora viuda Fombona Palacio, cuando la dice que juzga pagar «deuda de justicia á la memoria del pensador, que consagró á la literatura sus ideas, á la familia sus virtudes, y á la República su patriotismo».

La República y la literatura á su vez, le deberán al señor Tello Mendoza este servicio distinguido y honorable.

AGAR

Es el título de un bello monólogo, del que es autora Polita de Lima, quien lo envía en sentida dedicatoria á la señora Zoila de Castro, diciéndola cómo halló en oasis milagroso la inspiración de sus estrofas, flor de leyenda que lo mismo crece y aroma bajo frondas tamizadas de aljófar, que sobre el seno calcinado del arenal.

La ofrenda viene en sencillo jarrón acariciado por el frescor del afecto y bien oliente al hálito de la tierra nativa.

Gracias á la poetisa por el obsequio que nos ha hecho de un ejemplar de su monólogo.

EL DOLOR Y EL TORRENTE

Otra obra de una cantora venezolana, la señorita Carmen Brigé.

Es una composición que su autora recitó en la velada artístico-literaria que se efectuó en Coro, en el teatro *Armonía*, la noche del 24 de septiembre último, y que la Junta Directiva de la velada ha hecho editar, en homenaje á los merecimientos de la autora.

La señorita Brigé ha destinado el producto de la venta de su obra á la continuación de los trabajos del templo de San Francisco.

Enviamos á la distinguida escritora coriana la protesta de nuestro reconocimiento por su presente.

POR LA MUJER Y POR EL ARTE

Impreso en Cumaná, hemos recibido un opúsculo con el título arriba escrito, y que contiene el discurso pronunciado en el Colegio *Castro* de aquella ciudad por nuestro apreciado amigo y distinguido colaborador el poeta y escritor F. Jiménez Arráiz.

Reciba el autor del folleto la expresión cariñosa de nuestra gratitud por el obsequio que nos ha hecho.

LIBROS RECIBIDOS

DYONISOS

Nuestro apreciado colaborador y compatriota, el joven escritor Pedro César Dominici, nos ha remitido la última obra suya editada en Paris: *Dyonisos*, novela de costumbres griegas. Una elegante y discreta excursión á la patria de la Venus intacta, en los viejos tiempos en que todas las almas acercaban sus alas al tibio amor de sus turíbulos; en los tiempos santos en que todavía la belleza era sacra y se sabía, ella misma, inmortal.

Dominici ha puesto lo más ingenuo de su fe artística en evocar y trasladar, resurtas de los sarcófagos yacentes, las inmortales theorías que fueron séquito de la Invicta, y en las páginas de su novela ondula lento y suave el armonioso rumor que exhalan los sistros y las flautas de la tierra venusina. Ni un dejo de la molicie enfermiza del neo-paganismo, ni una actitud de la brutal mistificación de la vida alta y serena de la ciudad que guardó Palas invulnerable.

Es un libro sano y suave.

Junto con nuestro voto de reconocimiento, reciba el compatriota amigo nuestra congratulación sincera.

SOCIOLOGÍA

René Worms, un sabio sociólogo francés escribe en su reciente libro, *Philosophie des Sciences sociales:* «Se ha podido ver constituirse la historia económica, la historia de la familia, de las costumbres, de la religión, de las artes, de las ciencias y de las letras, del derecho privado y del derecho público. Paralelamente se han organizado la demografía comparada y la geografía social. Pero ninguna de esas investigaciones de un alcance general, ha llegado á apoderarse por completo de su asunto. Aun persisten las obscuridades en sus principios. Las verdaderas *ciencias sociales* son todavía desconocidas. No hay acuerdo completo ni sobre su definición, ni sobre sus límites, ni sobre sus métodos, ni sobre sus relaciones, tanto entre ellas como con sus artes correspondientes».

Y Renonvier, en su última obra, que es toda ella de sociología, *Le personalisme:* «Ante el problema de los fines de la historia, tal como hoy se presenta, el filósofo debe trasladarse con el pensamiento á la época en que el choque y la mezcla de las antiguas naciones y de los imperios europeos, las acciones y las reacciones de las razas, de las lenguas y de las religiones, hayan conducido el mundo social y político á un cierto estado sobre el cual se pueda asentar un juicio más seguro, que el que es posible formular ante la anarquía actual. Y la cuestión entonces consiste en saber cuál es la más probable de las hipótesis respecto de las relaciones mutuas de las naciones, en esa época futura y muy lejana».

Y Greef, en su libro *Las leyes sociológicas*, vertido este año al español, por Umbert: «La sociología abstracta tiene por objeto la investigación y el conocimiento de las leyes generales que resultan de las relaciones de los hombres entre sí, abstracción hecha de las formas originales, variables y transitorias dentro de las cuales esas relaciones se manifiestan en las sociedades particulares, porque éstas pertenecen al dominio reservado de la sociología concreta. Gracias al socialismo y á sus antecesores científicos, continuadores de los enciclopedistas del siglo XVIII y de los fundadores ingleses, holandeses, italianos y de alemanes anteriores, de la estadística, fue posible, hacia mediados del pasado siglo, probar de reconstituir, por medio de materiales recogidos en los diversos órdenes de nuestros conocimientos sociales, una ciencia unificada y coordinada, la Sociología».

Y Adolfo Posada, al dar cuenta de haberse constituido en Londres la *Sociedad de Sociología*, algo así como el Instituto Internacional de Sociología de París: «No se ha determinado aún, y hay para rato, ni el concepto, ni el terreno propio de la sociología; no se ha llegado á un acuerdo respecto del alcance propio de la palabra; todavía está en pleito si ella significa una ciencia particular entre las ciencias sociales, ó una síntesis de éstas, ó bien un «epígrafe» que expresa la serie ó grupo de todas las disciplinas que de algún modo se refieren á la sociedad, á la vida social, al fenómeno social».

Esta tarea, ardua y compleja, la de fundar entre nosotros una cátedra de Sociología, la ha acometido uno de nuestros jóvenes abogados, el doctor Carlos León, miembro de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Central.

A ese efecto, ha sido, ya va para más de un año, nombrado para regir la cátedra respectiva, y ha escrito un texto para esta cátedra, titulado *Elementos de Sociología*, del cual nos ha remitido un ejemplar, precedido de una generosa dedicatoria cuyos términos le sabemos agradecer.

MARIANO RIERA PALMER

Es el nombre de un escritor puertorriqueño, que fue Director y fundador de *La Revista Blanca* y á quien Félix Matos Bernier nos presenta como un poeta «romántico, tierno, soñador, melancólico, sensible, que sonríe ó llora con su musa confidente y con ella juega como un niño y la da un beso apasionado en las bellas horas del ensueño».

Ha sido, además, un resuelto y valiente protector de las letras en Puerto Rico, entusiasta y fervoroso, aunque «no es el combatiente de aguda lanza y escudo de acero, que lucha en el circo de estériles pasiones, sino el paladín de cota dorada que acude al palenque y congrega á sus hermanos para predicar con ellos la vencedora máxima de las ideas del amor y del bien.»

De este escritor y benefactor de las letras borinqueñas hemos recibido tres libros de los cuales es autor, precedidos de finas y atentas dedicatorias que le sabemos agradecer. Los tres libros se titulan: *Cantares*, publicados en 1898; *Rasgos*, en 1903, y *Mis Postales*, en este año.

Tendremos el placer de leer los libros del señor Riera Palmer.

VISIONES DE ESPAÑA

Manuel Ugarte es, como saben nuestros lectores, un joven escritor argentino, que ha ido á Europa á poner todo el rico y fino caudal de su talento y de su fe artística y juvenil al servicio y honra de la América intelectual.

En Paris ha publicado Ugarte libros vibrantes de juventud, de los cuales hemos recibido los correspondientes ejemplares en cada oportunidad y hemos informado en estas mismas columnas.

Ahora ha ido el joven escritor americano á España y de allí nos ha enviado otro libro sobre la Madre Patria. De norte á mediodía la ha recorrido, desde las montañas cántabras hasta las playas mediterráneas, y ha visto,—bajo el glorioso prestigio, ausente en el tiempo de hoy, de la vieja España mística, guerrera y conquistadora,—una nueva España, vigorosa y rejuvenecida, siempre altiva, ruda y tenaz, saliendo paulatinamente, pensativa y fiera, de sus templos y de sus monasterios, para entrarse por las puertas de los industriales, de los círculos artísticos, de las academias sabias, de los modernos coliseos.

Sabe el autor de *Visiones de España* que en esta casa se le aprecia con toda sinceridad y que en ella existe una constante protesta de simpatía por su talento.

GREMIO DE TELEGRAFISTAS VENEZOLANOS

Hemos recibido el siguiente oficio que con gusto publicamos:

«Caracas: 17 de octubre de 1904.

Señor Director de El Cojo Ilustrado.

Apreciable señor:

El día 12 de los corrientes constituyóse la Junta de Administración de la Caja de Ahorros de la Sociedad «Gremio de Telegrafistas Venezolanos» compuesta de los funcionarios siguientes:

Gerente, el suscrito.

Primer Vocal Secretario, Pedro Gerardo Gil.

Segundo Id. Tesorero, Víctor M. Castro.

1º y 2º Suplentes, Manuel Perera y Pablo A. Cartas.

Adjunto al Tesorero: Julio Pellicer.

Inspector Fiscal, Rafael Ramírez Z.

Este es un paso que habla muy alto de los fines progresistas que persigue la institución arriba expresada, y vocero como es de todo pensamiento noble y civilizador, el órgano de publicidad que usted dignamente dirige, me place llevarlo á su conocimiento para que se sirva darle cabida en sus columnas.

De usted atto. s. s.,

Eduardo Ruiz Mirabal.»

NUESTROS GRABADOS

Cuadro de Laura Le Roux

Esta pintura, primoroso pétalo de una rara flor de ingenio, ha dado justo renombre á la artista cuyo pincel ha infundido la vida inmortal de los colores á más de una inspirada concepción.

Poderoso numen artístico la de esta maga de los matices. Las galerías europeas recogerán con legítimo orgullo sus obras admirables; y su nombre, hoy casi célebre, vivirá en el gran libro de oro donde la fama ha inscrito al autor de las *Estanzas*, al inimitable Correggio, y á cuantos han fulgurado como soles en el dilatado firmamento del arte pictórico.

La última taza de leche

Cuanta dulce fruición no experimentará el robusto aldeano al saborear la última taza de riquísimo néctar, suministrada por manos hacendosas y queridas.

La *Tierra de los hielos*, Islandia, oirá las fuertes pisadas del atrevido viajador y de las huellas de sus ferradas botas nada quedará sobre aquellas frías regiones; pero el recuerdo de la última taza de leche, deleitosamente apurada, antes de la partida, acaso sea eterno en la memoria del ausente.

Expresión, vida, sencillez, nada falta en el lienzo de Demonte.

Murmuración

No hay quien ignore, que sepamos, lo que es, lo que vale y lo que puede la murmuración.

Pecadillo casi del uso exclusivo del bello sexo, la murmuración ha picado, desde que el mundo es mundo, en más de una virtud acrisolada, en más de una reputación cuyas manchas, como las de ciertos astros, deberían excusarse.

Es la bola de nieve que crece en su curso: la hablilla comienza lo mismo que susurro de brisa leve, á *sotto vocce;* va y viene como impelida por cierta fuerza misteriosa, y en breve es cosa que pone espanto, que hiela la sangre en las venas..... y que mata con la rápida crueldad del rayo.

El *Gran Galeoto* es la muestra más elocuente de la murmuración; ¿quién no conoce el drama de Echegaray?

Entre mujeres el pecadillo adopta las formas más sutiles y peligrosas: se arrastra sin ruidos, sagazmente, inteligentemente y maneja su triple lengua con la habilidad de un áspid venenoso.

El artista dio cima al asunto con notable acierto. El lienzo es bello y copia con mucha verdad el feo vicio de la murmuración.

Invierno

La tristeza de los días lluviosos, la honda melancolía del pálido Invierno invade campos y montañas y ciudades. También las almas, cual Natura, siéntense saturadas de la intensa melancolía de la Estación de los fríos y de los hielos.

El símbolo es exacto. En la figura que representa al Invierno parece que palpitan todas las profundas tristezas de los días lluviosos.

Venecia

El Palacio Ducal, prodigio de la arquitectura, es una de las maravillas de que se enorgullece la ciudad de las góndolas y del cielo azul.

La fachada occidental de la soberbia construcción mide 75 metros de largo y 71 la meridional. Este palacio se empezó á construir en el año 800. De forma cuadrangular, uno de sus lados se apoya en la iglesia, mientras que los otros tres tienen su fachada á la *Piazzeta*, al mar y por último á las prisiones, con las cuales está enlazado el Palacio por ese terrible puente de los suspiros, echado tan audazmente de un lado á otro entre el cielo y el agua.

A Calendario se debe esta obra maestra, la cual se ha incendiado cinco veces.

Los gansos sabios

La Roma de la decadencia, la imperial ciudad de los fastuosos Césares, agotó todas las voluptuosidades é inventó los más triviales y dulces pasatiempos.

Los gansos amaestrados en más de una ocasión, fueron el regocijo de opulentos patricios, de bellas y elegantes romanas.

Los obligaban á saltar obstáculos, como podrá verse por el grabado que aparece hoy; y la difícil prueba, que ejecutaban con vuelo pesado y grotesco, era acogida siempre con alegres carcajadas.

Curioso y digno de reconstruirse es todo lo que se refiera á los tiempos antiguos del pueblo ilustre de Rómulo.

La vuelta de la romería

El retorno de los peregrinos es el tema que Díaz Olano ha vestido de luz vívida y munificente.

La vuelta de los romeros es asunto digno de los talentos del artista, asunto que han cantado en bellas estrofas exquisitos poetas clásicos.

«Vuelven de la Romería
poblando el azul del cielo
de alegres cantos».....

Dice el bardo. Y así es en efecto.

El lienzo de Díaz Olano reproduce la escena con notable exactitud.

Anthé

La belleza helénica, hecha mármol por Fidias, y líneas y colores por Parrasio, está encarnada en Anthé, flor preciada de los griegos jardines. Una como delicada fragancia se desprende de la maravillosa euritmia de sus formas, y su actitud, serena y poética, hace pensar en castos idilios, en vagas é imprecisas armonías, en ósculos sin mancha.

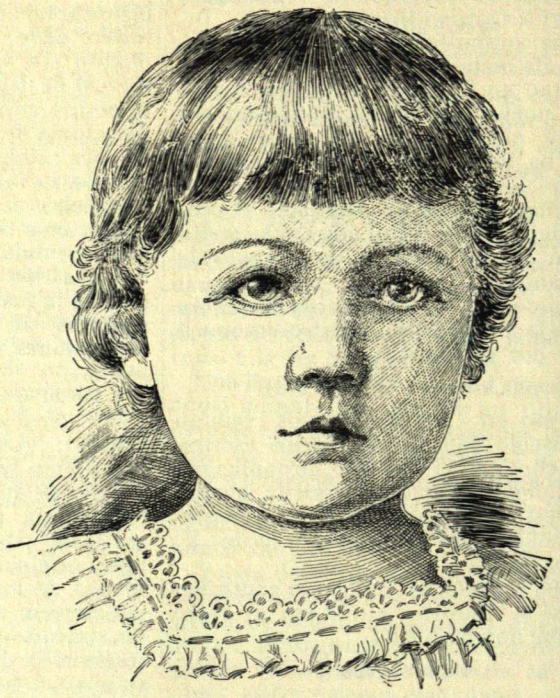
Coro

De la heroica ciudad, cuna gloriosa de Zamora, publicamos en la presente edición algunas vistas cuya interesante perspectiva agradará al lector.

Mucho nos complace en dar á conocer algunos de los edificios y cailes que embellecen la simpática capital falconiana.

El pacífico

Los años y los achaques han enervado sus fuerzas; el fusil en sus manos es un arma inútil; es un pacífico, un espectador y como un niño contempla con mirada inconsciente los desastres del Extremo Oriente.



LA HERMOSA NIÑA RENÉ GONZÁLEZ, que estuvo gravemente afectada por una bronquitis aguda y gracias á la **Emulsión de Scott** se encuentra ya bien.

Como lo más necesario para la vida es la salud, cada cual debe procurar los medios de adquirirla. Los mejores síntomas de una salud perfecta son: buen semblante, robustez y fuerzas. Con la **Emulsión de Scott** se consigue todo ésto, pues es un alimento importantísimo y una medicina heroica que regenera los organismos debilitados, purificando y enriqueciendo la sangre.

Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la excelente preparación denominada Emulsión de Scott, notando que, en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

DR. JUAN N. CAMPOS,
President del Consejo de Salubridad,
en Toluca, México.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

SECCION RECREATIVA

Los "reventadores" y los médicos

En el Congreso de neurología que acaba de tener lugar en Bruselas, los médicos alienistas han creído conveniente dar nombres á ciertas manías que hasta ahora estaban sin bautizar.

La manía, ó si se quiere la costumbre de hacer muchos gestos, se llamará desde ahora *espingomanía;* la de arrastrar los muebles haciendo ruido ha recibido el nombre de *harmoniomanía*, y á la de dar golpes con

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Frasco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pône y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie — 3 Bd St-Denis 18

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS** *Purgativas y Depurativas* del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
Ningun Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

el pie en el suelo se le ha dado el de *trepodomanía*.

La utilidad de esta innovación no es fácil de comprender, á no ser que con tan extraños nombres hayan querido los congresistas asustar á los que tienen dichas manías y corregirlos de este modo. Es posible, por ejemplo, que esos oradores políticos, que todo lo arreglan con exageradas gesticulaciones, procuren ahora ser más moderados para que no se les tache de *espingómanos;* y fácil es también que el temor de oírse llamar *trepodómano* quite á todo el que va al teatro la costumbre de demostrar su impaciencia pateando en el suelo.

HIERRO QUEVENNE Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los paises cálidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fcia G. SÉGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Ya tan popular.—«Siento singular satisfacción—escribe el Dr. A. Ayala, de Caracas—en declarar que la Emulsión de Scott, ya tan popular, une á lo excelente de la preparación sus inagotables cualidades en el raquitismo, la anemia, la escrófula, los catarros crónicos, la tuberculosis, y en todas aquellas circunstancias en que sea necesario administrar un reconstituyente que tenga por base el aceite de hígado de bacalao y los hipofosfitos de cal y de sosa».

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA

Por Felipe Tejera

Avisamos al público que ya está en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª EDICION de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República; y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el fin del siglo XIX.

Materiales para calzado

Son verdaderamente extraños algunos materiales que hoy se emplean para hacer calzado.

La suela de papel está á la orden del día, haciéndose tan fuertes por medio de la presión hidráulica, que tiene la misma resistencia que el cuero de mejor calidad. El mejor papel para este objeto se fabrica de una especie de alga; de manera, que hoy es posible llevar un par de botas hechas de productos marinos, sobre todo si el corte es de piel de foca.

Para caza y pezca nada mejor que las botas de piel de marsopa. Aunque tienen este nombre, la piel de que están hechas no es precisamente de marsopa, sino de beluga, especie de pequeña ballena blanca.

La piel de canguro es otro material que está poniéndose de moda en zapatería: es duradera, cómoda y más resistente que cualquier otro cuero de los que se suelen emplear.

El cordobán, empleado desde hace mucho tiempo para hacer calzado, se hace de piel de caballo, tiene un grano fino y toma mucho brillo.

La piel de cabra es también muy usada para zapatillas, y en otro tiempo, antes de que fuese tan cara como es ahora, las pieles de las varias especies de antílopes del Africa del sur eran muy buscadas por los zapateros más lujosos de Londres para hacer calzado con ellas.

Bautizando con nombres de la guerra

Los aldeanos rusos han dado en la manía de poner á sus hijos nombres de localidades donde se han desarrollado y han de desarrollarse hechos de armas en la guerra actual.

Muchos niños se llaman ahora Arturo, en vez de llamarse Iván ó Nicolás, ú otro de los nombres populares en Rusia.

En Orel se ha bautizado á un muchacho con el nombre de Vladivostok; en Vologda, muchos se han inscripto en el Registro con el de Revitsan.

En Odesa, una pobre mujer quería llamar á dos hijas gemelas Liao-Yang á una, y Kiou-Lien-Chang á otra; pero el pope ó sacerdote se negó á bautizarlas, diciendo que aquéllos eran nombres incomprensibles é imposibles de aplicar á personas cristianas.

Miserias barométricas de la guerra

El continente asiático reserva toda clase de sorpresas, bastantes de ellas desagradables, para los beligerantes europeos. Por ejemplo, la región del Tibet, donde luchan actualmente los ingleses, les obliga, á causa de la gran altitud de su terreno, á acampar á 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, y aun á mayor elevación algunas veces.

Ya puede suponerse lo agradable de la temperatura en tales sitios: ¡de 25° á 30° bajo cero!

Pero estos inconvenientes termométricos se hacen aún más enojosos por los efectos barométricos que los acompañan. Más enrarecido el aire á tales alturas, produce el *mal de montaña*, y siendo menor la presión atmosférica, desciende en algunos grados el punto de ebullición del agua, lo que impide cocer lo suficiente el arroz y las lentejas, que sirven de base á la alimentación de las tropas indias.

De aquí las indigestiones constantes, á veces causas de enfermedad, y que por lo menos debilitan á los soldados, por darles una alimentación insuficiente.

Los oficiales ingleses también sufren, en la preparación de su té, los efectos de esta débil

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **Vino Nourry** *reemplaza con ventaja el Aceite de Higado de Bacalao.*

Excita el apetito *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS
619

F. COMAR & FILS
PARIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**, las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

MAIZ-ORIZA

CONDE HNOS.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las **Maizenas** conocidas.

Para **postres, cremas** y **atoles,** no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa **no tiene rival.**

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, Nº 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,
Carlos Orta Ibarra.

presión barométrica, que no permite conseguir la ebullición en el grado de temperatura necesario para obtener una infusión confortable.....á menos que se le adicione una buena dosis de wisky ó se le sustituya con champagne, medio seguro para burlarse del barómetro.

Cómo nos morimos

LAS FASES SUCESIVAS DE LA AGONÍA

Los célebres investigadores N. Vaschide y Cl. Vurpas acaban de dar cuenta del resultado de las observaciones que durante largo tiempo han venido haciendo en multitud de agonizantes, para estudir cómo se presenta y cómo se realiza la muerte.

Resulta de dichas investigaciones que es posible distinguir tres grandes fases en la disolución final del organismo. Consiste la primera y se manifiesta en las modificaciones vaso-motoras, respiratorias y circulatorias, que se asemejan sensiblemente á la perturbación que se observa en los animales que tienen destruída la corteza cerebral.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Estas perturbaciones vaso-motoras terminan con frecuencia en una parálisis vaso-motriz, que suele preceder con bastante anticipación á lós cambios consecutivos que caracterizan la agonía y la muerte.

Se manifiestan en la segunda fase una actividad bulbar típica y perturbaciones en la coordinación, que recuerdan ciertas afecciones de la médula.

Por último, la tercera fase se halla caracterizada por la aparición de estertores respiratorios y por una disminución general de la vitalidad.

Entonces la continuación de la vida en el organismo parece ser debida, en gran parte, á la vida intrínseca del corazón y á su fuerza impulsiva.

Puede decirse que en realidad ha cesado la vida, y si continúa moviéndose el corazón lo hace mecánicamente, y gracias á su acción sobre el frénico se efectúa la respiración, bien bajo una forma puramente superficial ó por inspiraciones profundas y poco numerosas.

En resumen: Vaschide y Vurpas afirman que se muere por etapas. Primero se presenta el agotamiento de las facultades mentales, y desaparecen los fenómenos psico-fisiológicos que constituyen la personalidad.

Es la parte misericordiosa de la muerte, la que en la mayoría de los casos no permite al enfermo asistir con plena conciencia á su propia agonía física.

Acompañan casi ó siguen á estos fenómenos la agonía del bulbo, que es tanto más lenta y variada cuanto más experimenten los enfermos la influencia de enfermedades infecciosas, ó cuanto más emocionados se encuentren por timidez natural ó por el temor á la muerte, emoción que tiene una fisonomía muy especial bajo el punto de vista psico-fisiológico.

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes

Teléfono 686 CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Sürtido más completo

*

Garantía absoluta

*

Trato más esmerado

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

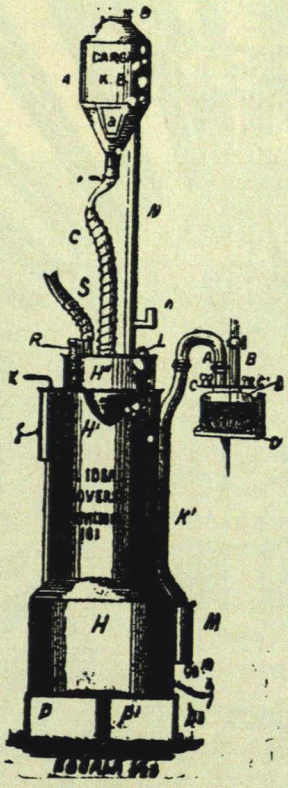
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á $ 17 los kilos 100 netos—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á caida de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Panadería Solfs—General Quintero—Dr. Rivero Saidivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados

Carga de k 1 á k 50 — Valor: de $ 10 á $ 250

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIFLEMATICO • DEL Dr GUILLIÉ •

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumastismos*, *Fiebres Palúdicas y Perniciosas*, la *Disentería*, la *Grippe ó Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombrices* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.

Rehúsese todo antiflemático que no lleve la Firma **Paul GAGE**

Depósito General, Dr **Paul GAGE Hijo**, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris

y en todas las farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO

SOLUCION TITULADA

Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS

para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande Bs. 2,50

Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos

De venta en los principales establecimientos de la República

La tercera y última etapa es la muerte del corazón, pero muerte que es siempre lenta, agonizante.

El corazón se defiende por sí mismo en medio del organismo empobrecido por todos conceptos y lleno de pérdidas; representa la fuente suprema de la vida y, en este concepto, nos indica el camino que pudiera seguirse para llegar al conocimiento de todo un mundo de fenómenos fisiológicos, desconocidos y poco estudiados aun en los animales, donde tan fácil es la experimentación, y en los que puede renovarse á capricho el caso estudiado, repitiendo la observación cuantas veces fuera preciso.

Se prohibe decir "mamá"

En Alemania se ha estado sosteniendo una larga y enojosa discusión sobre las palabras que los niños deben emplear para llamar á sus padres. Los buenos patriotas querían que las palabras papá y mamá se desterrasen, por haber sido tomadas del francés, y que no se permitiese decir á los niños más que *vater* (padre) y *mutter* (madre). Pero un filólogo menos apasionado ha dicho que esto es un absurdo, afirmando que *mamá* es probablemente la palabra más antigua, y que sin duda se empleaba ya miles de años antes de que existiese el idioma francés. Esta palabra, en efecto, se encuentra en casi todas las lenguas habladas en Asia y Africa.

La Luna es un trozo de la Tierra

Un sabio americano, Mr. Pickering, profesor de Astronomía en la Universidad de Harvard, acaba de darnos una nueva teoría de la Luna.

Según él, el astro de la noche sería, no sólo un satélite de la Tierra, sino una parte de nuestro planeta, desprendida á causa de un cataclismo, y la depresión considerable que hoy lleva el Océano Pacífico, debería considerarse como la cicatriz que había quedado por el desprendimiento del cuer-

po lunar. La Luna, desprendida de la Tierra en fusión, había sido lanzada al espacio como una gigantesca bala de cañón.

La ruptura habría determinado la separación de la América y el Asia, que no formarían al principio más que un solo y extenso continente, debiéndose el Atlántico al mismo cataclismo.

Si hemos de creer á Mr. Pickering, la Luna nos reserva aún nuevas sorpresas.

Llegaría un momento en que, no solamente desaparecería la desigualdad de los movimientos lunares, sino que las fases mismas cesarían, apareciendo inmóvil la Luna en el cielo.

Se sabe que desde Newton hasta Airy, Newcomb y otros, la ciencia no ha establecido una teoría completa de la Luna. La del profesor Pickering, no resolverá quizás el problema, pero es ingeniosa y digna de citarse.

Varia

El diapasón se usa ahora para el diagnóstico de las fracturas, sobre todo tratándose de huesos largos. El sonido del diapasón, producido en un extremo del hueso fracturado y trasmitido á lo largo del mismo, se recibe en el otro extremo por medio de un estetóscopo. Si el sonido no se distingue bien, es señal de que hay rotura.

Cuando un ruso muere, se le entierra con un papel entre las manos, en el cual van escritos su nombre y una oración por su alma.

En el Japón los sueldos de los jornaleros agrícolas son muy pequeños: los hombres cobran 1,14 bolívares y las mujeres 76 céntimos.